Manuel Longares

Las cuatro esquinas

Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

MANUEL LONGARES

Las cuatro esquinas

Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

Propuesta

El hombre que cumple setenta años cuando se escribe este prólogo –diciembre de 2010–, nació bajo una dictadura y no conoció la democracia hasta que fue adulto, con lo que se ha pasado media vida añorando la libertad y la otra media temeroso de perderla. Nada de lo que hoy mira o escucha le recuerda las privaciones y la feroz represión de sus años mozos, hasta tal punto las hizo olvidar la evolución política posterior. Y ahora que la prosperidad se asienta en su país, sólo lamenta que, por ser viejo, le quede poco tiempo de disfrutarla.

Por mucho que se empeñe, este setentón, que diría Mesonero Romanos, no es el protagonista del libro. Sus ciclos vitales –niñez, adolescencia, madurez y ancianidad– han coincidido con unas etapas históricas y son éstas las que prevalecen. Nuestro hombre fue testigo de acontecimientos, pero no nos interesan sus impresiones. La Historia le quita la importancia que él se concede. Este libro no es una biografía, el septuagenario no escribe sus memorias. Le dolerá saber que es el pretexto para que su época se pronuncie. Así de crudo.

Cuatro periodos concretos de esta era –la infancia en 1940, la juventud en 1960, la madurez en 1980 y la vejez en 2000–, proporcionan argumento y atmósfera a los cuatro relatos de este libro. En el primero, los personajes son los súbditos de la posguerra; en el segundo, los jóvenes que intuyen los vientos del cambio; en el tercero, las víctimas y los verdugos de la dictadura en su adaptación a la democracia y, en el cuarto, unos ancianos preocupados por el más allá, ahora que la subsistencia no es problema acuciante. Pero, igual rango que estos personajes, cobran en el relato de 1940 la miseria, en el de 1960 la ingenuidad, en el de 1980 la perfidia y en el de 2000 la trascendencia.

El principal de Eguílaz

Cuando tocan a diana en el cuartel del Conde Duque, los enfrentados en la guerra civil se cruzan en la glorieta de Bilbao. Los vencidos se trasladan en metro al andamio de Tetuán o a la fábrica del Puente de Vallecas y los vencedores, después de un paseo triunfal por los bulevares de Alberto Aguilera y Carranza, aparcan el coche en la bodega de la calle Churruca. Ahí coinciden con los redactores del diario Arriba que traen desde la vecina calle Larra el periódico recién impreso. «En España empieza a amanecer», admite uno de ellos apuntando al cielo opaco. Hoy es veintidós de noviembre de mil novecientos cuarenta y tantos, festividad de santa Cecilia, patrona de los músicos. Un día frío y con niebla para el que pasa en capilla sus últimas horas de vida y para el Generalísimo del palacio del Pardo que le condenó a muerte sin que le temblara el pulso.

Tímidamente despunta la aurora por el levante madrileño. Pero en el periódico que lleva fecha de hoy, las noticias son de ayer: cerca de la bodega de Churruca, a la puerta del teatro Martín de la calle Santa Brígida, un legionario abofeteó a un mendigo por haber mirado sin respeto a la dama que le acompañaba. La discusión atrajo a la policía que confiscó al indigente su cartilla de racionamiento. Y en la cárcel lo mantendrá mientras esa mujer actúe de corista en el mismo lugar de los hechos, en funciones de tarde y noche y con su galán en la primera fila de butacas.

Comentando la insolencia del mendigo salen unos paisanos de la bodega de Churruca para tomar la espuela en la plaza de Olavide. Entre bravatas, salvan el bulevar dormido de Sagasta y suben por la calle Eguílaz, donde en un edificio de la acera de los impares, con cuatro plantas correspondientes a los pisos bajo, entresuelo, principal y primero, la pareja de ancianos del principal se sobresalta al oírlos. ¿Vienen por ellos? Sus voces les provocan la misma angustia que las campanadas del reloj del comedor cuando señalan la hora de ejecutar a los vencidos. Entonces Salvia y Pruden acarician el retrato del ahijado que está en la mesilla.

Ni los fanfarrones ni la catarata de fusilamientos inquietan a los demás vecinos de este inmueble –con gas en cada piso, pero sin ascensor ni portero–, que duermen con la placidez de los que no están amenazados por los vencedores de la guerra. Ni la viuda del primero ni la inválida del bajo ni el jefe de casa que vive en el entresuelo se asustan de los tiros de gracia en cárceles y cuarteles y de los himnos cantados por los señoritos del automóvil en la bodega de la calle Churruca.

Se alejan los bravucones por las calles de Luchana y Trafalgar y el matrimonio del principal, ya más tranquilo, asiste desde la cama al desperezamiento de su casa. Moncha, la criada, abandona el trastero donde duerme, se arregla en el aseo y distribuye sobre la mesa camilla

de la cocina cucharillas y tazas, el plato de loza con las rebanadas de pan de centeno y los vasos para la leche que, desde la vaquería de la calle Malasaña, se reparte en borrico por el barrio y a hombros de un mozo por los pisos. Con el líquido de la cántara Moncha llena la jarra que deposita en la fresquera y de ella extrae cada mañana la medida indicada en el cazo de aluminio donde esta noche se ablandaron en agua las legumbres previstas para el almuerzo.

La fresquera da al patio interior del edificio, lo mismo que el cuarto del huésped, quien también se desvela con los movimientos madrugadores de la criada. Basta abrir el grifo de la pila por un tiempo tan corto como el de llenar un vaso o rescatar las cucharillas del cajón del aparador para sentir el chasquido de la lamparita en su habitación y el rebote del somier. Con una tos de más aparece Cuenca, vestido de calle y con la toalla en la mano derecha. Nunca le ha visto Moncha en camiseta, bata o pijama, como a los pupilos del Hotel Regalón en la Red de San Luis, donde servía antes, porque a diferencia de aquellos que exhibían su torso desnudo por el hotel, Cuenca va al lavabo con el mismo traje con el que, ya aseado, vuelve a su habitación.

Cuenca se despierta con las gallinas y se acuesta antes del toque de silencio en el cuartel del Conde Duque. Durante la jornada anda por el barrio con todo tipo de gente y negocio, en una actividad infatigable de correveidile. Al poco de finalizar la guerra, por desavenencias con sus superiores del obispado de Madrid-Alcalá, rompió y quemó papeles en su cuarto y barrió las cenizas sin consentir que Moncha le ayudase. Ahora, cuando regresa del aseo, abre su ventana al patio, todavía sin ruido ni luces, cuelga la toalla del tendedero y, arrodillándose en el suelo, reza maitines.

Su oración se enreda en la niebla mientras los parroquianos desalojan la bodega de la calle Churruca: los señoritos prolongan la jarana por algún tablado flamenco de la cuesta de las Perdices y los redactores de Arriba curiosean el kiosco de Germán en la glorieta de Bilbao, donde otros periódicos de la mañana conviven con novelas del oeste escritas por seudónimos yanquis. Después bajarán por Fuencarral y unos repostarán en la churrería de Barceló y otros en la panadería de Divino Pastor, que abastece de bollos suizos a las monjas de María Inmaculada, de la misma calle.

Al alba, los juerguistas de buena familia van en taxi desde las salas de fiestas a los pisos de las entretenidas. Bajo tierra circulan los hacinados en vagones de metro que, al apearse en cada estación, se desparraman por el andén como la espuma de champán. Y por la superficie, montan gratis en la grupa de los tranvías caraduras o pobres de solemnidad, que no se librarán de la multa del guardia de tráfico o del saco de arena que vaciará en sus cabezas el cobrador del

vehículo para escarmiento y ejemplo.

A la misma hora, por las calles húmedas de relente y niebla, desfilan sin acompañamiento de banda ni expectación de la muchedumbre los carretones de los traperos que, desde Cuatro Caminos o más allá, descienden por García Morato a Chamberí y por la rampa de Luchana a la glorieta de Bilbao, donde muestran a los periodistas de Arriba el ramalazo aldeano de la nación imperial. Los adoquines de la calzada imponen el balanceo a los carromatos, un cansancio a las caballerías que los arrastran y el silencio al somnoliento del pescante que, arropado en un capote y fumando un cigarro, sostiene las riendas junto al chaval con el perrillo.

La procesión desemboca por Fuencarral en la Gran Vía cosmopolita donde los antros de diversión aportan el mayor desperdicio. Y, respaldada por las primeras luces del día, sigue por la plaza de España a la estación del Norte y por la Glorieta de San Vicente recala en el río Manzanares que en sus márgenes, más generosos que su corriente, ofrece alguna camiseta, una pieza de gasógeno, un abanico sin varillas o la banasta olvidada por los contrabandistas al advertir aduaneros en el puente de Praga.

También publica Arriba que a orilla del aprendiz de río se halló un cadáver. Los señoritos del automóvil eligen para sus escarmientos las tapias de los cementerios o los terraplenes de Carabanchel y los traperos excluyen de su recolección al espatarrado con un boquete en la frente y sangre en el torso. Como un ajuste de cuentas define el periódico las represalias particulares y a través de un comunicado oficial difunde el cumplimiento de las sentencias de muerte.

Cuando el reloj del comedor marca el momento de las ejecuciones, Salvia y Pruden besan la foto de su ahijado en el portarretratos de la mesilla y enlazan las manos hasta que el sonido de la caravana de los traperos –anunciando que ya viene el día, ya viene madre– alivia el miedo de los que, como ellos, son familiares de los encausados; el miedo al allanamiento de morada, la detención, la paliza y la peregrinación por las prisiones de España, ese miedo a la noche de posguerra donde dicen que la luna tiene amores con un calé.

* * *

Mediada la mañana, y ya con restricciones de luz, Moncha maneja el plumero y la bayeta por la zona noble del piso, ventilada por el balcón de la calle Eguílaz. A la derecha del pasillo que lleva al balcón, el comedor con su sonoro reloj de pared; y a la izquierda, el gabinete del piano y el dormitorio del matrimonio. En invierno la vida se hace al calor del fogón. Pero esta tarde los invitados conmemorarán en el comedor la festividad de santa Cecilia y, mientras Moncha lo limpia a

fondo, Salvia revisa las cuentas de la casa.

Abrigado en el batín, Pruden cierra la puerta de la cocina a la corriente del balcón abierto. En la tibieza del fogón, Salvia murmura un lenguaje de cifra que parece de masones y que Pruden no traduce ni aclara porque antes de la guerra perdió las cuerdas vocales en una operación de laringe. Desde entonces, Salvia interpreta su pensamiento y eso convierte una charla con este matrimonio en algo tan premioso como la cocción de las legumbres. Por celo patriótico el jefe de casa quiso averiguar lo que escondía Pruden en el silencio de su garganta y, después de una indagación exhaustiva de la que sólo extrajo alguna tos, se rindió a su aptitud para guardar confidencias.

Salvia y Pruden deberían sacar partido de las contrariedades, como esa pareja amiga que formaba el dúo gracioso de muchas zarzuelas y revistas hasta que se les prohibió cantar Pénjamo o Tengo una vaca lechera y tuvieron que dedicarse a vender semillas y plantas de jardín en su chalecito de Chamartín de la Rosa. Pero Pruden y Salvia prefieren vivir con estrecheces a alterar sus costumbres. La necesidad de ahorrar para la operación que rehabilitaría a Pruden –algo que debaten los profanos y a lo que da largas el otorrino de la calle Alburquerque– es la excusa para demorar el abono del alquiler y los pagos a los tenderos del mercado de Barceló y a los comercios del entorno.

Salvia y Pruden pasan semanas atrincherados en el principal de Eguílaz para que no les reclamen por las cuatro esquinas de su barrio un dinero que no tienen. Sus vecinos del bajo, entresuelo y primero recelan: ¿qué ocultan esos, que él no dice nada y ella habla en morse? Cuenca propuso a Salvia y Pruden que, para disipar esa desconfianza, fueran un domingo a la misa de mayor audiencia. Él los acompañó por la calle Nicasio Gallego, que arranca de su portal, al santuario del Perpetuo Socorro, que está en la calle Manuel Silvela. Pero no encontraron asiento y tuvieron que retirarse, muy cansados, antes de que acabara la ceremonia.

¿Hernias, prurito, eczemas? Tras la excursión al santuario de Manuel Silvela, Salvia y Pruden prefieren seguir por la radio la misa de los enfermos. Cuenca expuso al jefe de casa que los inquilinos del principal, si bien no salen de casa para sus deberes religiosos, tampoco van a los bares de Cardenal Cisneros, ni a las revistas del teatro Martín, ni a los espectáculos de zarzuela que monta en el teatro Fuencarral su entrañable convecino, el maestro Sorozábal. «La calle estropea la ropa», alegó Cuenca en defensa de la pareja de ancianos. Y el jefe de casa rebatió: «No serán tan pobres cuando me dieron pasteles de Somosierra.»

Cuenca paga su realquiler con regalos e influencias –un día subió un saco de patatas a sus anfitriones y el jefe de casa lo requisó– y

Moncha no recibe sueldo por sus servicios ya que con la comida y la cama se considera compensada. Ahora, tras aviar el comedor y arrimar al fogón el cazo de legumbres, sale del piso cuando los soldados del cuartel del Conde Duque regresan de la instrucción al ritmo de los pasodobles de la banda. Moncha tantea con las zapatillas los escalones de madera añorando la agilidad de Cuenca, que brinca por los peldaños como un pajarito, sin apenas ruido.

Desde la mirilla del entresuelo, el jefe de casa la estudia: Moncha no es alta ni tiene cuerpo ni talle, ya no es joven, mas tampoco vieja. ¿Será pariente de sus amos? ¿Pero cómo averiguarlo si él no habla? Al paso de Moncha, canta la inválida del piso inferior: «El trece de mayo / en Cova de Iría / bajó de los cielos / la Virgen María». ¿Es casualidad o intencionado? Con el capacho en una mano y el monedero con telarañas en la otra, Moncha renquea por Eguílaz como la caballería de los traperos, sortea los coches del bulevar de Sagasta, camina por Larra con la ocarina del afilador en sus oídos, atraviesa Apodaca –una calle que rehuyó durante un tiempo– y a la entrada del mercado de Barceló confirma la premonición de la inválida de Eguílaz: Cuenca está ahí, charlando con el vendedor de boniatos.

Algo va a pasar, porque las oraciones de Cuenca atraen fenómenos sobrenaturales. Con la obsesión de que la vigilan entra en el mercado, donde tullidos y mutilados de la guerra, hábitos nazarenos, azules de falange y sotanas y tocas se resguardan del frío. Bruscamente afronta la mirada que agobia su espalda, mas para su desencanto, es el lotero cojo, un inofensivo. Moncha no conversa con los vendedores de los puestos, formula el pedido y si no tienen lo que quiere no discute. Mejor desapercibida que denunciada.

Ya se marchaba con el capacho vacío, cuando se cumple el presagio y la Virgen se le presenta con el rosario en las manos y a dos palmos del suelo. Podría ser la de Lourdes o la de Fátima que cantaba la inválida del bajo, pero también la de los Dolores de la parroquia vecina de San Bernardo. En las primeras apariciones, Moncha caía de rodillas como si la visión la cegase y todos pensaban que se trataba de una debilidad por falta de alimento. Ahora disimula tan bien sus contactos con la reluciente señora de las alturas que nadie se extraña de verla de pie y un poco pálida por el ahogo de respirar deprisa.

La Virgen huele a boniato y no da los buenos días ni sonríe, tampoco pega alas en la espalda de Moncha ni surte el capacho con las demandas inatendidas de Salvia; la Virgen nunca dice o hace algo digno de publicarse en el Arriba o que prevenga a las autoridades contra el enemigo cautivo y desarmado desde mil novecientos treinta y nueve. Pero, a diferencia de Pruden, la Virgen puede recuperar el habla sin pasar por el quirófano e inspirar una encíclica al papa Pío XII sobre la carestía de la vida.

Para prevenir esa hipótesis, Cuenca corre hacia Moncha a la velocidad del caballo blanco de santiago y traza en su frente el garabato de santiguarse, que es más eficaz para quitar las figuraciones que un potingue de farmacia. Como si también se aplicaran a la Virgen las restricciones eléctricas, el fluido divino se evapora. Con la agilidad con que Cuenca salta los peldaños de Eguílaz regresó al cielo la Virgen sin haber convertido el Museo Municipal en oratorio ni llagar a Moncha con los estigmas de su colega Goreti. El divino tránsito, a la manera de los aviones, levanta una estela que hace tambalearse a Moncha; pero Cuenca la invita a reemprender camino con un golpecito en el hombro, igual que si diera cuerda a un juguete.

Al son de la ocarina y con el olor del carro de boniatos, Moncha sale del mercado y al cruzar la calle prohibida de Apodaca recuerda su incidente en la mercería del número once, donde también cogían los puntos a las medias. Detrás del mostrador, Candi le negaba dos carretes de hilo blanco. Preguntaba: «¿Te fían en el mercado? –y los retenía con su única mano, la otra se la quitó un obús de los nacionales–. «Pues si no te fían en el mercado –deducía Candi del silencio de Moncha–, ¿por qué voy a fiarte yo?» En un descuido de Candi, Moncha se fue de la tienda con los carretes. El ciego Genaro, que se instala en la calle Mejía Lequerica con los cupones prendidos del jersey, recitó con su tono de pregonero de los iguales: «En esa casa de Eguílaz deben morirse de hambre, se calientan con el aliento y sin trampas en el contador.»

* * *

Hace meses, los inquilinos del edificio de Eguílaz autorizaron a Salvia a dar clases de música en su piso del principal –no más de una hora ni en festivos– para garantizarse el cobro de los recibos pendientes y futuros. Salvia abandonó su carrera al casarse y la inesperada invalidez de Pruden le hizo lamentarlo. ¡Cuántas privaciones se habría ahorrado este matrimonio si ella se hubiera mantenido activa! Hoy, ya no puede opositar a cátedra del Conservatorio ni a la plantilla de una Sinfónica, pero sí dar clases particulares. Con dinero de Consuelito Totovía, la directora del Hotel Regalón, contrató un piano en la Corredera Alta de San Pablo, lo colocó en el gabinete anejo a su dormitorio y ahí recibe en días laborables alternos a sus dos primeros alumnos: Lincita, la hija de Consuelito, que cursa segundo de solfeo, y Edu, un principiante.

Cuenca ha conocido al padre de Edu en la tertulia de los inventores que se reúne en el café Comercial de la glorieta de Bilbao. El padre de Edu ha patentado el café de bellota, el muñón de aire y el braguero de miel y medita aprovechar para los embalses del Generalísimo la

electricidad de los felinos. De noche da forma a sus fantasías ya que por el día lleva la contabilidad de una oficina del Hogar del Empleado y a cualquier hora pone inyecciones a domicilio. Alguien podía preguntarle cuándo duerme y no se tomará en serio su respuesta, porque si la humanidad necesita del sueño para mover el universo, el padre de Edu descansa al oír cantar a su mujer.

En el cuarto de estar de la familia de Edu se enciende el armatoste de la radio y la mano experta indaga en el dial: Bucarest, Pernambuco, Marsella, Génova... Entre interferencias y lenguas extrañas, brota el sonido buscado. Es la cuerda de la orquesta en el inicio de algún fragmento de ópera. Y cuando el invisible director da la entrada al solista, la suave voz de la esposa, que repite la letra o la tararea, apacigua mejor que un parche medicinal a su marido, que no sólo repone fuerzas con una cabezadita durante la pieza, sino que arranca de su sensibilidad estimulada –y no hay vergüenza en reconocerlo delante de Edu– una furtiva lágrima.

El padre de Edu quería que su hijo aprendiese música y Cuenca le habló de las clases de Salvia. Los padres de Edu se llaman Mercedes y Eduardo, igual que los personajes del serial de moda de Radio Madrid, y para conocer a la profesora de Edu acudieron al principal de Eguílaz como si fueran a una audiencia del Generalísimo: la estola perfumada de Mercedes y el sombrero de Jorge Negrete que lucía Eduardo maravillaron a los niños de la vecindad, sentados en el escalón de entrada al edificio. «Del Pekan y la Dalia –gritó la inválida del bajo, devota de la publicidad radiofónica–, ¡vaya un postín!» Para recibir a los padres de su alumno, Salvia buscó el camafeo con el retrato del ahijado y Pruden se protegió del catarro otoñal con un pañuelo de cuello. Cuenca iba tan arreglado como siempre y Moncha tuvo que servir la mesa con una rebeca de Salvia que le quedaba larga.

Encaramada a sus tacones, Mercedes subió los peldaños de madera sin quejarse, pero cuando se detuvo en el rellano del entresuelo suplicó a su marido: «A ver qué inventas.» Prendido de la mirilla, el jefe de casa se turbó con la promesa de Eduardo de perfeccionar el santo cíngulo. ¿Se refería al que oprime la carne de los que visten hábito por dios y por españa o a ese cinturón eléctrico del que se lee en los periódicos que, al activar la circulación de la sangre, cura la impotencia sexual y permite a quien no es deportista alzar piedras como si fueran plumas?

Mediada la visita, Mercedes y Eduardo aplaudieron la aparición de Moncha con una bandeja de galletas maría de los ultramarinos Peláez. La viuda del primero protestó del barullo golpeando el suelo con la contera del bastón. Mercedes confesó que durante mucho tiempo deseó relacionarse con personas de nivel artístico; y hoy, que satisfacía su anhelo con el matrimonio del principal de Eguílaz, se sentía tan

contenta como si le hubieran regalado entradas para los conciertos de la Orquesta Nacional en el Palacio de la Música, el único sitio de Madrid, dice Consuelito Totovía, donde se ven abrigos de piel.

Mercedes y Eduardo se consideraban melómanos y estaban empeñados en que su chico adquiriese los conocimientos que ellos no tenían y, en consecuencia, los horizontes de grandeza que atribuían al saber académico. «Distinción, cultura y modales –apuntó Mercedes ciñéndose la estola– es nuestra santísima trinidad en la vida.» La tos de Cuenca tapó la irreverencia y Eduardo salió al quite con una reflexión que habría irritado al jefe de casa: «Se puede ser alguien sin conquistar imperios.» No se extrañó Cuenca de que las manos de Salvia y Pruden se juntaran como cuando evocan a su ahijado a la hora de las ejecuciones capitales. Eduardo concluyó: «El único invento que vale la pena patentar es la felicidad.»

Convinieron en repetir la reunión, pero no fijaron fecha: Salvia dependía de la operación quirúrgica de Pruden, Eduardo de amarrar el santo cíngulo y Cuenca de sus relaciones con el obispado de Madrid-Alcalá. En la próxima cita Mercedes se ofreció a cantar ópera, zarzuela o lieder. Salvia la acompañaría al piano y con unos pocos ensayos tendrían suficiente porque estaban tan compenetradas que actuarían de memoria, al estilo de aquel director que dejó sola a la orquesta interpretar el Septimino y todo el patio de butacas llevó el compás con la mano. «La mano de Arbós», precisó Salvia en una de sus frases para enterados mientras traspasaba sus ojos la melancolía del atardecer.

Edu empezó las clases de Salvia cuando terminaron las de su colegio por las vacaciones de verano. A media tarde, en que remitía el sofoco, se plantaba en el piso de la calle Eguílaz con su madre, ya sin estola ni tacones, aunque con el afán de desembarazar de secretos a Pruden: Él y Salvia, ¿tenían familia? ¿Era Cuenca pariente suyo? ¿Tenían difuntos de la guerra? ¿Y gente presa o en el exilio? Tan incisiva en su interrogatorio como el jefe de casa con los desafectos, tarareaba las escalas que solfeaba su hijo y reclamaba continuamente la atención de Pruden, que ignoraba los apremios de Mercedes como si además de mudo estuviese sordo.

La salita del piano, que está separada del dormitorio del matrimonio por un cortinaje grueso, no se aislaba del comedor por una mampara o un biombo, de modo que Salvia daba clase a la vista de los aprisionados en las sillas incómodas de corto asiento y respaldo alto. Salvia, sentada en un taburete, pulsaba las teclas y cantaba las notas. A su derecha, Edu, de pie, marcaba y también cantaba la partitura expuesta en el atril. Y los testigos aguantaban la lección durante una hora al aire libre del balcón abierto.

Cansada de no ser correspondida por Pruden, Mercedes anunció que en adelante su criada vendría con Edu. Salvia se planteó en qué

parte de su casa la colocaría. Descartó el comedor, porque era improcedente sentarla donde Mercedes estuvo con Pruden, y se inclinó por la cocina, territorio de la servidumbre al fin y al cabo.

Salvia imaginó a Moncha y a la criada de Mercedes en la mesa camilla a la mitad de la tarde –cuando arrían bandera en el cuartel del Conde Duque y aún no se piensa en la cena–, quitando las hebras de las judías verdes o las piedras de las lentejas. La estampa tenía un aire bucólico, schumanniano. Pensó que la novedad no debía alterar la costumbre de Moncha de coser a la luz del patio. Pero Moncha hacía sola esa tarea, y no junto a una desconocida. Y ahí inició Salvia su cadena de errores.

* * *

Al primer timbrazo siguió otro más exigente y, como Moncha no abría la puerta, lo hizo Salvia. En la sombra del rellano la criada de Mercedes se mostraba tan aparatosa como su señora. Su nombre –Vicenta–, emitido con altanería, alertó al inquisidor del entresuelo y recordó a la inválida del bajo un anuncio de la guía comercial de la radio: «Vengo a pedir la mano de su hija /¿con guante o sin guante?» Salvia se apresuró a introducirla en casa y llamó a Moncha para que le hiciese compañía. Pero Moncha no respondió al requerimiento de Salvia, que comunicó su perplejidad a Vicenta: «Siempre avisa antes de salir.»

No estaba Cuenca para suplirla y no era lógico que Pruden entretuviera a la criada cuando había rehuido a la señora. Así que, durante la hora de solfeo, Vicenta estuvo sola en la mesa camilla de la cocina, arrullada por los rumores del patio. Recibía las notas del piano y el cantar del alumno como los ubicados en el paraíso del teatro o en las localidades de visión reducida. Por lo que, cuando Edu y Salvia terminaron la clase, la cara de Vicenta acusaba la contrariedad de no haber sido atendida conforme a su rango y, en vez de comportarse solícita con el niño y la profesora, exhibió morrito.

Su despecho carecía de fundamento porque cobraba por estar ocupada la jornada completa, y de no ir con Edu al principal de Eguílaz –donde permanecía una hora mano sobre mano–, habría desempeñado misiones menos cómodas. Pero Mercedes había llenado de pájaros la cabeza de su sirvienta. Y si ya resultaba raro que dos personas de diferente cuna, como Vicenta y Mercedes, compartieran un aire de familia, mucho más extravagante era que una advenediza como Salvia considerara a Vicenta la embajadora de su ama y no la que esa misma mañana fregaba suelos de rodillas.

Salvia equiparó a la criada de Mercedes con cualquier visita que recibieran ella y Pruden –y no con las relacionadas con el servicio de

la casa, como el lechero o el cartero–. Intuyó que su descortesía de anfitriona manchaba su fama de hospitalaria y, aunque culpó del problema a Moncha, se arrepintió de haber delegado en ella una cuestión de protocolo. Para hacerse perdonar alargó su conversación con Vicenta un poco más de lo que aconseja la urbanidad. Y ahí recibió la penitencia a su pecado.

Quiso ser simpática y se la recibió de uñas. Su charla, deliberadamente insustancial para mantener en su sitio a la criada, fue desactivada por dos informaciones de peso. La primera, que Vicenta y Moncha fueron compañeras de trabajo: «En el Hotel de la Red de San Luis», precisó Vicenta. Todo lo relacionado con la guerra civil aterraba a Salvia, por lo que entendió como una fuga la ausencia injustificada de Moncha. Para ganar tiempo instó a Vicenta a no confundir nombres ni lugares. ¿Se refería al Hotel Regalón incautado por los rojos o al liberado por los nacionales? ¿Fue su jefa la horda marxista o Consuelito Totovía? El aplomo de su interlocutora abocó a Salvia a una pregunta capciosa: «¿Ella y tú tenéis fotos juntas?», como si le reclamara una acreditación.

Y para que no incomodara más con ese asunto, monologó en el lenguaje de morse mientras la encaminaba a la salida. Pero ya en el rellano, sobre el que seguramente polarizaban su curiosidad la viuda del primero, la inválida del bajo y el jefe del entresuelo, Vicenta cortó los jugueteos de Salvia reanudando la conversación por donde dolía: «La adoraban los milicianos», aseguró. No era el sitio más discreto para formularlo y Vicenta, vengada ya de Moncha, sonrió compasivamente a Salvia, como si callara un memorial más completo que quizá almacenasen los depuradores del Régimen. «Ella tiene fotos –añadió–, si no las ha roto.»

Y ante el desconcierto de Salvia, Vicenta y Edu se perdieron por los escalones de madera hacia la calle. «Okal, okal es lenitivo del dolor», mascullaba la inválida del bajo. Salvia sabía que la Moncha que entró a servir en su casa después de hacerlo en el Hotel Regalón de Consuelito Totovía, no se había significado durante la guerra ni fue depurada después. Mas, si prosperaba el infundio de Vicenta, ¿tendrían que prescindir de Moncha? Salvia no temía tanto la animadversión de sus vecinos como el pánico de su esposo a la policía del Caudillo. Si purgaban aún el antecedente de su ahijado, ¿les convenía vivir con irregulares como Moncha y Cuenca?

Pensativa cerró la puerta del piso y, casi simultáneamente, oyó abrir la del trastero. Con cautela Moncha asomó la cabeza y luego el cuerpo. Durante una hora había permanecido agarrotada en su habitación, sin estornudar ni toser ni cambiar de postura para que no la sintiese su compañera. Ya no estaba Vicenta, pero Moncha no dio explicaciones de su conducta: pasó una bayeta por la silla usada, la

arrimó a la mesa camilla y volvió a su cuarto sin consideración al rostro descompuesto de Salvia.

Llegó la clase siguiente sin que Salvia hubiese hablado con Moncha y Consuelito Totovía. Tampoco se le había ocurrido un sitio mejor que la cocina para la criada de Mercedes. Se propuso obsequiarla con galletas y distraerla con algún libro de estampas. Pero esa tarde Vicenta no aceptó la hospitalidad de Salvia. Anunció que recogería a Edu cuando finalizara la clase de música y escapó de aquel matrimonio rancio y de su torva sirvienta pisando con tal brío los peldaños que el jefe de casa se figuró desde la mirilla de su piso que bajaba por las escaleras una manada de toros.

Iba desatada, magnífica. «¿A dónde vas estudiante? / A la calle Almirante / No me digas más / vas a Duramás», recitó la inválida del bajo. Los niños sentados en el escalón principal del edificio la admiraron. «Volverá a reír la primavera / que por cielo, tierra y mar se espera», tarareó Vicenta en el deslumbrante fuego de la tarde. En un portal de la calle Luchana se ajustó las medias, se echó colonia y, porque se sabía de memoria, se retocó a ciegas. Como una estrella del celuloide cruzó por el kiosco de periódicos de Germán y entre miradas masculinas de deseo avanzó por la calle Fuencarral, donde en la cola del cine Bilbao le aguardaba Afín.

Pequeño y moreno, de pelo rizado, con granos, lunares y unas arrugas desproporcionadas para sus treinta años de edad, Afín sobresalía en la cola por la intimidación del uniforme de falangista. Por su aspecto aplomado y fornido parecía mayor, con las manazas acostumbradas al trasiego de las cántaras de leche en su vaquería de la calle Malasaña. Un empaque de matón de barrio que acogió sin un piropo el deliberado contoneo de Vicenta.

En la cola del cine Bilbao predominaban los enamorados que rozaban con los labios la melena o la sien de su pareja mientras miraban las acacias. Con la camisa azul de falangista Afín podía permitirse todo género de efusiones y prohibir las de los demás, pero aquella tarde ni por cortesía besó las mejillas de Vicenta. Otras veces ambos preferían perderse, antes que en el cine Bilbao, en los desmontes de Vallehermoso, donde la mano desabrida de Vicenta, con ciencia adquirida en establos, le aliviaba en su pañuelo de caballero. Pero hoy Vicenta apenas disponía de una hora libre, así que en el despacho de las cuentas de la vaquería de Malasaña se sentaron frente a frente después de cerrar la puerta con llave.

* * *

Vicenta esperaba una recompensa por su delación, tal vez alguna medalla, pero no que Afín dedujera: «Si pasasteis la guerra juntas, eres

tan roja como ella». Y aunque Vicenta se brindó a aclararlo, Afín ni le agradeció los servicios prestados ni la convocó a nuevas sesiones en la vaquería o en Vallehermoso, por lo que dos tardes después de aquella experiencia Vicenta volvió con Edu al principal de Eguílaz, a riesgo de encontrarse con su denunciada. Pero Moncha tampoco se dejó ver y Vicenta siguió la clase desde la cocina, donde en esta ocasión había sobre la camilla un plato de loza con galletas. En su larga hora inactiva, imaginó a Moncha bajando entre policías los escalones que ella había subido con Edu.

Puesto que no podía recurrir a Afín, intentó explicarse con Mercedes. «No sabe la señora dónde estudia música su hijo», empezó. Mercedes, que daba la vuelta a un pantalón de Eduardo en la máquina de coser, se aburrió pronto de la retahíla de Vicenta. «Cuida de que no se peguen las lentejas», la cortó. Vicenta interpretó que se aplazaba su confidencia a la noche, cuando regresara Eduardo. A la noche Eduardo instruyó a su hijo en volcanes y diplodocus y los esposos, en vez de enchufar la radio y cantar ópera, se retiraron al dormitorio. No imaginaba Vicenta el sesgo que iban a adoptar sus revelaciones sobre Moncha.

A la hora de los fusilamientos matinales, y aún sin preparar los desayunos, Mercedes le comunicó el despido inmediato y sin informes. Sorprendida de que se le pudiera hacer esto, Vicenta encerró sus cosas en la maleta y se dirigió a la vaquería de Malasaña para denunciar a sus señoritos, pero Afín no la tomó en serio por sus antecedentes de tibieza patriótica. Como el judío errante se la vio ese día preguntando en la panadería de Divino Pastor y en la churrería de Barceló si sabían de alguna casa donde servir. Quemaba el asfalto la planta del pie, los botijos sudaban a la sombra y ardían los interiores de los edificios aunque se arqueara en los balcones la verde persiana de Salinas.

Charlaba Cuenca con la vendedora de polos helados en la esquina de Carranza, cuando quebró la siesta del barrio el chirrido del tranvía, los gritos del testigo y el desgarrado dolor de la accidentada. Cuenca corrió a rescatarla de los raíles y con otros transeúntes la depositaron en la misma acera donde hace años la mutiló un obús de los nacionales. Cuenca reconoció en la atropellada a la mercera Candi porque le faltaba una mano. Unos camilleros la trasladaron a la casa de socorro entre mirones consternados, después de que Cuenca hiciera sobre su frente el signo que borraba a Moncha la visión de la Virgen. A su lado, Eduardo sugería instalar topes en la delantera de los tranvías para evitar desgracias semejantes.

Mientras los barrenderos echaban serrín sobre el pavimento, Cuenca y Eduardo regresaron al Comercial, donde el ventilador refrescaba el ingenio de los inventores. Pero antes de entrar en el café, y como un modo de recuperar la normalidad, Eduardo le encargó

transmitiera a Salvia y Pruden que había puesto en la calle a Vicenta, por lo que Mercedes volvería a clase con Edu. «Esa Vicenta –aclaró Eduardo–, si se muerde la lengua se envenena.» «Por aquí la tienes –dijo Cuenca–, pidiendo trabajo por amor de Dios.» Pero no fue el despido de Vicenta la noticia que Cuenca trajo por la noche a Salvia y Pruden: «Afirman en el dispensario –anunció sobre Candi– que a mañana no llega». Salvia, Pruden y Cuenca se arrodillaron en la cocina a rezar por la atropellada, pero no Moncha.

Al día siguiente, una corbata de luto ceñía el candado de la mercería y Moncha paseó por la calle Apodaca con la alegría de la libertad reconquistada. «Ya no te reclamará los carretes», le reprochó el ciego Gerardo. Moncha se sintió favorecida por la Virgen: de una tacada, le había librado de la deuda con Candi y del asedio de Vicenta que, a pocos metros de allí y con el orgullo por los suelos, suplicaba en la vaquería de Malasaña la caridad de un vaso de leche. Se la dieron sin hervir ni colar, Vicenta lloró antes y después de beberla, afirmó haber pasado la noche en el metro de Bilbao con tísicos y contagiosos y, cuando se recluyó con Afín en el despacho de las cuentas, le proporcionó con sus manos la felicidad que no le había dado de palabra. «Me desaguas», exhaló Afín.

Poco después Moncha regresaba del mercado con el capacho vacío y cuando cavilaba en lo que echaría al puchero trepó por los peldaños del edificio el aviso del repartidor de leche. Moncha tomó la jarra de la fresquera y en un gesto de rutina antes de abrir la puerta comprobó a través de la mirilla. Pero en el rellano no estaba el mozo del borrico, sino Afín. «Hoy no queremos», dijo Moncha, barruntando que Vicenta habría azuzado contra ella al falangista. Y en efecto, Afín no se conformó con la negativa de Moncha. Ante el estruendo de timbrazos, la viuda del primero golpeó el piso con el bastón y también se encorajinó el jefe de casa. Moncha se refugió en la cocina con sus señores. «¿Qué escándalo es este?», palideció Salvia. «El lechero –explicó Moncha–, que como no le hacemos pedido, protesta.» Pruden y Salvia juntaron las manos con rostro desencajado. «Roja, abre –bramaba Afín–, que traigo expresiones de tu amiga.»

A partir de ese incidente, Salvia decidió abastecerse en los ultramarinos Peláez. No volvió el mozo del borrico al principal de Eguílaz y fue Moncha la que transportó la jarra de leche, vacía o llena, por las calles amodorradas del barrio. Cuenca se la encontró más de una vez mientras intentaba recomponer las relaciones del matrimonio veterano con el falangista de la vaquería de Malasaña, de donde ya no se movía la maleta de Vicenta. Aquel verano, durante la clase de solfeo de Edu, Mercedes reanudó sus interrogatorios. Agradecido por haber despedido a la chismosa de Vicenta, Pruden respondía de buena gana y Mercedes, aunque no entendía sus gruñidos, apreciaba su

disposición. Con eso, recobró impulso la idea del recital de música y Salvia prometió a Mercedes: «En noviembre, conmemoraremos santa Cecilia.»

En septiembre, la mercería de Apodaca once se convirtió en una pollería. A cada cupón que vendía en Mejía Lequerica, Genaro postulaba a Candi para beata y santa. Instada por las oraciones de Cuenca, la Virgen empezó a acudir al principal de Eguílaz. Pruden notaba algo análogo al vuelo de un moscardón cuando aterrizaba, pero el jefe del entresuelo ni se enteraba por más que fatigaba la mirilla. La Virgen olía a los boniatos del mercado de Barceló y no hablaba ni sonreía.

Aquel día la Virgen se emplazó junto a la bodega de Churruca, y como era raro encontrarla en un recinto de borrachos y camorristas, Moncha alertó a Cuenca con el pensamiento. Reparó en que la Virgen no permanecía quieta, como siempre, sino que avanzaba a su encuentro agitando los brazos. Moncha no podía aspirar a mayor premio que recibirla en los suyos. Al contacto de los cuerpos cayó la jarra de leche y, despabilada por el estrépito de cristales, advirtió Moncha en la Virgen el rostro de aquella Vicenta del Hotel Regalón, que ahora la escupía y la zarandeaba como a un títere y la tiraba del pelo y la pisoteaba antes de esfumarse amenazando: «Roja, te voy a rapar al cero.»

De allí a la vaquería había un trecho por el que Vicenta desfiló altiva mientras Moncha regresaba a Eguílaz desengañada de sus iluminaciones. Ascendía los primeros peldaños con el cuerpo tronzado sin saber qué diría a Salvia sobre la jarra rota, cuando apareció Cuenca como el redentor de causas perdidas. Trazando en su frente el garabato de santiguarse, proclamó: «A dios pongo por testigo de tu padecer.» Con esa prosopopeya hablaban las novelas del kiosco de Germán y las películas del cine Bilbao, pero no el padre Venancio Marcos por radio Madrid. Inmediatamente Cuenca bajó la calle Eguílaz a la velocidad del caballo blanco de santiago, cruzó como una exhalación la glorieta de Bilbao y entró en la vaquería de Malasaña con hambre y sed de justicia.»¿Se le ha perdido algo, parroquiano?», le saludó Vicenta desde el mostrador.

Crujieron las escaleras y Moncha abrió la puerta creyendo que Cuenca retornaba de la vaquería. Pero en el rellano no estaba él, sino el mozo del borrico con la cántara. «Me manda Cuenca», anunció el mozo, y a Moncha le desarboló la generosidad de aquel huésped que, a diferencia de cualquier varón, estaba pendiente de ella y nunca se propasaba. «Yo tan poca cosa –reconocía–, y él un santo.» Tragándose las lágrimas buscó un recipiente por la cocina y encontró el cazo de aluminio. Se lo tendió al mozo, que lo tomó de sus manos, lo depositó en el suelo y con delicadeza volcó la cántara hasta llenarlo sin

derramar una gota. Luego lo agarró a pulso y reiterando: «Es una orden», lo transportó con mimo a la fresquera. Y cuando remató el servicio no reclamó dinero, sino que se retiró sin dar la espalda a Moncha, apenado de saberla afligida.

* * *

Meses después de estos sucesos, la niebla que inauguró esta festividad de santa Cecilia de mil novecientos cuarenta y tantos se adensa al caer la tarde. Moncha, que salió del principal de Eguílaz con la orden de recoger paquetes de comida en el Hotel Regalón, se detiene en el cruce de Fuencarral con Pérez Galdós, incapaz de continuar camino. Solicita el auxilio de Cuenca, pero la voz no sale de su garganta. Tampoco coopera la Virgen, si bien Moncha la disculpa: cuando la niebla tapa la tierra, fastidia abandonar el cielo.

Impaciente por su tardanza, la directora del Hotel Regalón da vueltas a los anillos de sus dedos, que destellan una luminosidad intolerable para esta época de restricciones. Con los anillos fosforescentes, las manos de Consuelito Totovía parecen linternas. «Me guiarán en la niebla», piensa a la puerta del Hotel. Consulta el reloj y, renegando de Moncha, llama a su hija Lincita, que salta a la comba mientras repite las notas que solfeará en la fiesta de su profesora. Cargadas de paquetes, madre e hija toman un taxi. Sin la ayuda de Moncha costará subir ese peso al principal de Eguílaz.

«Taxi, a la Brasileña», dice el anuncio en la calle Fuencarral. De la niebla surge la figura que el taxi no atropella de milagro. Varada por sus alucinaciones, Moncha no reacciona al bocinazo ni al improperio del conductor y debe ser Lincita la que salga del coche a rescatarla. Sentada en el transportín, Moncha pondera el cuajo de la Virgen para curiosear escaparates en un día tan desapacible. Lincita se embebe en el cuento de hadas de Moncha, pero su madre la desengaña: «La guerra trastorna a la gente», dice sacando fulgores de los anillos.

Con el taxi a marcha lenta, unos golfos lo torean con sus chaquetas. En la boca del metro de Tribunal, dos hombres se enzarzan a puñetazos y la castañera teme que le tiren el puesto. Los guardias conducen a comisaría a una cigarrera mientras su cómplice arrastra un saco de pitillos elaborados que va perdiendo en su huida hacia la glorieta de Bilbao. El niño que mendiga en los billares los recoge y trata de venderlos a los curiosos del faquir de Cachemira, tumbado entre Fuencarral y Luchana, a la altura de Yucatán.

El faquir no está en trance sino calentándose a través de la rejilla del metro, revela Cuenca a Lincita en el portal de Eguílaz, donde las esperaba para subir los paquetes. «Dirán que no hay dinero –protesta la inválida del bajo–, lo que no hay es vergüenza.» El jefe de casa se

dispone a requisar el género. Mas, deslumbrado por los resplandores de Consuelito Totovía, suspende su acción y se apunta al festejo del principal, donde los reciben Salvia y Pruden, ella con el camafeo del ahijado y Pruden con pañuelo al cuello. Ya están en el piso Mercedes, Eduardo y Edu. Y junto al balcón, la pareja de jardineros de Chamartín de la Rosa que fueron artistas cómicos, de la escuela de Ramper.

Sobre la mesa del comedor se desembalan las viandas. Moncha proporciona platos, Cuenca, vasos. El jefe del entresuelo sondea si la reunión cuenta con autorización gubernativa. Eduardo le ofrece vino y el agasajado se delata: «¿Cura el santo cíngulo la impotencia?». «Ay, chiquinín, con esas estamos?», le reconviene Consuelito Totovía. Cuenca aplaca con unas confituras la irritación de la viuda del primero por el barullo de gentes y voces. Y mientras los adultos prueban aceitunas aderezadas, Lincita enseña a Edu a tocar La chocolatera en el piano de Salvia, donde ambos se forman para concertistas de elite.

Salvia propone que el concierto preceda al banquete, pero los reunidos sacian su hambre atrasada con los embutidos de frutas y el queso de almendras. El jefe de casa exige racionar la mercancía y Eduardo se apresta a elaborar una tortilla sin huevos. Expeditivamente Salvia convoca a sus alumnos. Lincita solfea Patinadores y Edu, Canción india. Ya sin rastro de comida sobre el mantel, Mercedes y Salvia abordan números de Bohème y Traviata. De propina, la zambra de Las hijas del Zebedeo y como colofón, la antigua pareja de cómicos que ahora cultiva plantas en Chamartín de la Rosa baila el charlestón del Uruguay.

Termina el recital y los comensales, ahítos del banquete de sucedáneos, evocan a tantos amigos que también tienen a la música por consuelo de su infortunio, pero que en esta noche de santa Cecilia no están, como ellos, bajo techo y a resguardo de las ráfagas de viento y lluvia, sino dirigiéndose por calles empapadas de niebla a ese edificio donde ha de celebrarse un concierto, y en fila india y arrimados a sus paredes, como si fueran a fusilarlos, permanecerán hasta la mañana siguiente, en que su sacrificio será recompensado cuando la mano cálida de la taquillera deslice en sus amoratados dedos una localidad.

Pues bien, cuenta Mercedes, a uno de esos incondicionales a los que les daba igual colgarse del techo de la sala con tal de garantizarse dos horas de música en estos tiempos desoladores, solían asignarle una butaca enfrentada a una de las columnas del recinto, por lo que asistía de pie al espectáculo, ya que sentado no lo captaba. Y al vislumbrar a intervalos y desde la lejanía el discurrir de la orquesta, le penetraba su virus a la manera de la saeta al mártir sebastián y el público conectaba

más con sus contorsiones que con el braceo académico del director. Era éste un hombre serio, que transmitía su sobriedad no sólo a los profesores a sus órdenes, sino a la plantilla de subalternos que muy tangencialmente se relacionaba con él, como acomodadores, camareros del foyer e incluso el jefe de clac. Y fue el más viejo de ellos, un tipo con un arsenal de chistes sobre violas, quien, con el debido respeto, le sugirió cambiar de registro ya que influía menos en su auditorio que el melómano de referencia. Meditó en ello el director, y al tener entre las propuestas de programación el archifamoso concierto en Re mayor de Beethoven, designó para interpretarlo a un violinista de garantía, aunque temperamental y bastante saltarín.

Todo fue bien en los ensayos –continúa Salvia– porque el director brincaba en su parcela y el violinista en la suya como marionetas sostenidas por un tramoyista, y aunque apenas les separaban dos pasos, ninguno invadía la esfera del otro. Pero en una de sus primeras actuaciones públicas, y acaso por estar poco rodados, coincidieron en el primer tutti con un cabezazo de campeonato que dejó al violinista sin instrumento y al director sin batuta y a la orquesta en la duda de si continuar contra viento y marea o auxiliar a los lastimados. Pero como el músico de raza daría la vida por su arte, la orquesta siguió tocando con el concertino de solista y el público se conmovió tanto con ese rasgo de no interrumpir la pieza para socorrer a los maltrechos –y eso prueba que el melómano es, en puridad, insensible–, que sus bravos y clamores acallaron los pateos y rechiflas que merecían aquellos intérpretes que entraban a destiempo o desafinaban por no depositar su atención en la partitura sino en quien, sentado con las piernas abiertas, se frotaba el punto del chichón donde le marcó su impronta el violinista, que gateaba tras su stradivarius...

«Pues por mí –masculla el jefe de casa–, que le vayan dando al concierto en Re». «No digas barbaridades, chiquinín», le reprocha Consuelito Totovía. Saliendo del sueño que le provocó la interpretación de su esposa, Eduardo corrobora: «No se puede decir eso del concierto en Re». «Ni de ninguna composición», ataja Mercedes. «Pero particularmente del concierto en Re –insiste Eduardo–, porque cuando lo escuchas te lleva al cielo». «Pues para ir al cielo –apuesta Salvia–, yo prefiero a Menuhin tocando Bruch». Entonces su marido lanza un lamento que pica la curiosidad de todos. «No le entiendo, Pruden», dice Mercedes, y el jefe de casa conmina a Pruden: «¿Es usted adicto o de la cáscara amarga?». «¡Qué brusco eres, chiquinín!», critica Consuelito Totovía, y Pruden, sin amedrentarse, susurra «lllson», y como Salvia no lo traduce, Pruden reitera «lllson». «¿Qué es eso?», pregunta Eduardo; «lllson», afirma Pruden, y Mercedes menea la estola: «Sigo sin entenderle, Pruden». Al fin Salvia bate palmas y desvela el acertijo a sus invitados: «Pruden apuesta por

Mendelhsson», y Pruden asiente «lllson», y todos paladean el término «Mendelhsson», menos el jefe de casa, porque menudo nombrecito...

En este ambiente dicharachero, Cuenca se pone en pie, golpea con una cucharilla su vaso y adoctrina con retórica de ley: «Amigos, amigos todos, no tengo más remedio que sumarme al pronunciamiento de nuestro anfitrión y proclamar la verdad más verdadera de todas las verdades que hayáis oído o vayáis a oír en el resto de vuestra vida, porque pese a quien pese y dígalo Agamenón o su porquero, de todos los conciertos para violín y orquesta que se han escrito y vayan a escribirse en este perro mundo para deleite de esa legión de sensibles a los que se refirieron nuestras amigas Salvia y Mercedes, únicamente el concierto para violín y cuerda de Mendelhsson, es decir, el Concierto número 2 en Mi menor opus 64 de Felix Mendelhsson Bartholdy, atendedme bien, merece ser llamado por antonomasia el concierto.»

Curva su brazo izquierdo para acoger el violín imaginario, pulsa el arco con la mano derecha y cuando murmura el cantabile del andante para que en esta atmósfera de ensueño lo suscriban todos –e incluso la garganta castrada de Pruden se esforzará en dar la nota–, los aguafiestas de Chamartín de la Rosa que fueron cómicos de la legua, discrepan desde el rincón del balcón: «¿Y el concierto de Tchaikovski?». El jefe de casa se encalabrina al oír el término, por un reflejo patriótico que Consuelito Totovía encauza: «No te sulfures, chiquinín, que ese ruso murió antes de la División Azul». Los jardineros rezongan: «¿Por ser ruso es malo?»; y el jefe de casa coincide con el Cuñadísimo del general del Pardo: «Si es ruso, es culpable.»

* * *

Un timbrazo y Pruden se inquieta, porque para una visita no son horas y para un recadero queda fuera de turno, así que Salvia abandona la tertulia del comedor para despejar la incógnita y en las tinieblas del pasillo siente abrir la puerta de la calle. Si es una equivocación o un vendedor o un pobre, Moncha lo despedirá con cortesía, pero en esta ocasión entabla diálogo, un estira y afloja y, de repente, la carrera a la cocina, una silla que vuelca, el portazo del trastero y el vozarrón masculino: «Se me escapó la cabrona.»

En la cocina oscura se identifica Vicenta: «¿Me recuerda?». Tiembla la mano de Salvia al palpar su camafeo con el retrato del ahijado. «Qué rebelde es Moncha», continúa Vicenta con una risa que ha debido impresionar a los invitados en el comedor. A tientas Salvia coloca la palmatoria en el centro de la mesa camilla y cuando busca fósforos se adelanta Afín con muñeca enérgica. «La invitamos a dar un

paseo –explica Vicenta– y nos lo desprecia.»

Ahora Vicenta está mano a mano con Salvia en la mesa camilla donde la dejaban sola durante las clases de Edu. Afín monta guardia en el refugio de Moncha. Salvia explica a los invasores que no son horas de estar al relente, sino de acostarse y dormir, porque ya tocaron silencio en el cuartel del Conde Duque. Pero Vicenta no enmudece ni ante el Caudillo: «Moncha no pasará frío porque traemos coche.»

Retumba el puñetazo de Afín a la puerta del trastero. Quizá lo oyeron los reunidos en el comedor y por curiosidad se acerquen a la cocina. Afín repite el golpe y se impacienta con la manija de la puerta. «Música, maestro», jalea Vicenta a su forzudo. Del trastero no salen quejas, protestas o súplicas.

Los invitados han abierto el balcón del comedor y con la corriente de aire gélido viene por el pasillo un hombre. Su voz lo delata aunque la palmatoria no lo desvele. «Voy donde vayáis», anuncia Cuenca en la cocina, y entra en su cuarto a «vestirse de gala», como ha prometido. Afín aplica sus labios a la cerradura del trastero: «Santita –vocea inflexible–, será mejor que salgas por las buenas.»

Confiando en la diplomacia de Cuenca, Salvia regresa al comedor. A la luz del quinqué colocado encima del piano, la conmemoración de santa Cecilia sigue su curso: Lincita y Edu juegan al parchís, Pruden atiende a los jardineros de Chamartín y Eduardo y Mercedes debaten con el jefe de casa sobre el santo cíngulo. Nadie parece preocupado por lo que sucede al otro extremo del piso, hasta el punto de que Salvia vuelve la cabeza a la cocina por si vivió una pesadilla. Consuelito Totovía se la lleva al balcón: «Mira los coches.» A través de la niebla Salvia distingue dos vehículos y un grupo de hombres. «Tú no te signifiques», la recomienda Consuelito Totovía.

Afín tumba la puerta del trastero y Moncha, que rezaba de rodillas, se parapeta en la cama. Afín la atrapa y arrastra hasta el trono de Vicenta. Cuenca sale de su habitación y se interpone entre Vicenta y su víctima. En el suelo Moncha mueve la cabeza como si buscara aire, repta hacia Cuenca y besa el borde de su sotana. «¿Y la Señora?», pregunta. Cuenca no responde, pone en pie a Moncha y dibuja en su frente el signo de la cruz. «Tu destino es el mío», le promete con la gallardía de los héroes del cine Bilbao. Y con el gesto de cuando pulsaba el violín imaginario, la abraza por los hombros. Moncha reclina la cabeza en su pecho y así abandonan la cocina.

Desde la entrada del comedor, los invitados asisten sin decir palabra a la expulsión de Cuenca y Moncha. Vicenta va detrás y Afín de cierre. Corre a despedirlos el jefe de casa: «¿Habrá matarile?». Afín contesta: «Es santa y mártir». Ríe el jefe de casa: «Pues que le vayan dando suplicio». Afín fantasea: «Eguílaz será Fátima y aquí estará el

altar mayor». La procesión llega al bajo, donde la inválida anticipa la sentencia de Moncha: «Pelona, sin pelo, cuatro pelos que tenías los vendiste de estraperlo». Asomados al balcón, los invitados presencian la salida del grupo. El religioso y la criada ocupan el asiento trasero de un coche. Afín y Vicenta montan en el otro. Parten los automóviles y la calle se vacía.

No comentan el incidente los invitados del comedor, los niños vuelven a tocar el piano, los adultos charlan de otras cosas. En el territorio de la cocina, Consuelito Totovía y Salvia encajan la puerta derribada y el trastero recupera su aspecto. En la pared cuelga de un clavo el capacho de la compra; en la mesilla hay una estampa de la virgen de Murillo. Apresando en sus manos luminosas un carrete, mediado, de hilo blanco, Consuelito Totovía promete: «Mañana te mando chica». La seleccionará entre los trabajadores del Hotel Regalón. «Mientras yo viva –enfatiza Consuelito–, no te faltará de nada.» Salvia solloza en el hombro de su benefactora.

Cuando se marchan los invitados, Pruden se refugia en el dormitorio. En el punto opuesto de la casa, Salvia examina la habitación de Moncha, pero no halla fotos ni documentos comprometedores. Las pertenencias de la criada caben holgadamente en la maleta que está debajo de la cama. Ya la recogerá ella, o un propio. Pasa luego a la habitación de Cuenca, pero no revisa el armario, lo deja todo tal cual porque no descarta que en cualquier momento el huésped aparezca tan imprevistamente como desapareció, con un suministro de garbanzos o leche condensada.

Da una campanada el reloj del comedor. Salvia murmura: «Después de Moncha, nosotros.» Y al colocar sobre la mesa de la cocina las tazas y las cucharillas del desayuno, resume: «Éramos cuatro y quedamos dos». Ni un ruido en el patio, ni un alma en la calle Eguílaz. ¿Se habrán llevado a todos en la noche de posguerra? Salvia entra en la cama y agarra la mano dormida de su esposo. «Cuando vengan –le dice–, vamos juntos». En la bodega de la calle Churruca aparca el automóvil y los señoritos desembarcan entre risotadas y portazos.

En el Arriba desplegado sobre el mostrador de la bodega no informan del episodio nacional de Moncha, pero hay tantas y tantas acciones heroicas para comentar al calor de las copas que el toque de diana del cuartel del Conde Duque sorprende a los parroquianos en tan grato pasatiempo. Será el aviso definitivo para el reo que entró en capilla anoche y a esta hora temprana del día veintitrés de noviembre de mil novecientos cuarenta y tantos camina al paredón mientras vencidos y vencedores de la guerra civil vuelven a encontrarse en la glorieta de Bilbao.

El silencio elocuente

Recuerdo el aula magna de la facultad de Derecho hasta los topes, igual que en los exámenes del Civil de Castro, pero sin el sufrimiento de aprobar la asignatura porque aquel día de diciembre de mil novecientos sesenta y pocos era día de jolgorio: los que estábamos sentados golpeábamos de impaciencia los pupitres, limpios de libros y apuntes, por la tardanza en comenzar la fiesta del Rollo; y los que se amontonaban en los pasillos de acceso a la sala, como Gemma y su cortejo de antifranquistas, protestaban de los empujones de los bedeles, que trataban de abrir paso al decano y a su junta de gobierno hacia la fila reservada a las autoridades académicas, frente al estrado donde se había retirado la mesa del catedrático para instalar el escenario de la juerga, con una colcha descolorida por telón.

Hasta la meta presidencial llegó por fin el decano Prieto con el traje grimoso y la corbata ladeada, él que era la elegancia en persona, y con la cara blanca como la leche de forcejear con los alumnos para ocupar su asiento, pero menos pálido de lo que iba a estar tras el monólogo de Chatín en aquella fiesta del Rollo, esa palidez súbita de los mayores que, para unos ignorantes como nosotros, los universitarios de los años sesenta, significaba algo, aunque no sabíamos si malo o bueno. En esa incertidumbre nos educaron padres y maestros y sólo muchos años después de habernos licenciado o doctorado, de acabar ellos las milicias y nosotras el servicio social, de casarnos y de tener hijos y de ejercer la carrera o el dolce far niente supimos distinguir entre la palidez de mi amiga Gemma, desahuciada por los médicos en una cama de la clínica Ruber, y la de mi madre al enterarse por la teleúnica de la ejecución de Julián Grimau.

En la Facultad, Gemma era muy activa, siempre rodeada de chicos con los que tomaba un bocadillo de tortilla en el bar o consultaba el calendario de los parciales. Por las tardes acudía al café Teide, que estaba en el paseo de Recoletos, enfrente del mazacote de la Biblioteca Nacional donde la mayoría de nosotras nos encerrábamos a estudiar porque daba pereza hacerlo en casa. Pero si a la Biblioteca se accedía tras superar una escalinata fatigosa y la estatua de un egregio cuyo nombre ignoro, Teide estaba debajo de la superficie transitada por peatones y vehículos, por lo que Gemma se sumergía en aquel sótano como por un tobogán, alborotando con su medio tacón las escaleras de mármol de la entrada, pedía una infusión al camarero sonrosadito y se sentaba a la mesa de los intelectuales melenudos y barbados –antifranquistas por la pinta– donde ella era la única mujer y Héctor disertaba sobre la angustia vital, la mesa donde González Ruano escribía por la mañana su artículo para Abc, muy cerca de la que ocupaba García Nieto a la hora de la siesta con alguna apasionada de la juventud creadora con la blusa demasiado abierta para mi gusto.

Alguna vez acompañé a Gemma hasta la puerta de Teide y no me

invitó a la tertulia de sus amigos, me dejaba con la palabra en la boca y, sin decirme adiós, corría a reunirse con los que yo también hubiera querido estar. Y yo cruzaba resentida el paseo de Recoletos, subía la montaña de escalones de la Biblioteca Nacional, rebasaba la estatua del escritor o lo que fuera, accedía al recinto destartalado y mientras ojeaba el Procesal de Guasp o lo que me tocase aprobar en ese momento, imaginaba a Gemma pendiente de la labia de Héctor y estaba convencida de entender ese discurso mejor que ella porque yo tenía la funesta manía de pensar, que decían las monjas de mi colegio, y Gemma no, que se movía por corazonadas. Gemma era esnob, se había colado entre aquellos cultos del café Teide con calzador, que diría mi madre, lo mismo que el decano Prieto se introdujo, a la manera de Moisés por el cauce abierto en el Mar Rojo, entre los estudiantes que copaban el aula magna de la facultad de Derecho el día del monólogo de Chatín.

A Gemma le fascinaban los tipos raros –esos que sobresalen de la masa, puntualizaba–, y porque se reconocía con inquietudes artísticas y políticas, pero no sentimentales, se tragaba las discusiones de la tertulia de Teide sin meter baza, y no por timidez, ya que le encantaba ondear su melenita ante los que le bailaban el agua y colgarse el pitillo de la comisura y echar el humo por la nariz, sino porque evidentemente, digo yo, no daba la talla entre tanto ilustrado. Mimada por aquel grupo, Gemma se sentía la reina de Teide y no quería compartir conmigo su corona o que yo la destronase. La enorgullecía que todos esos universitarios de pelo largo, al tomar la palabra, la mirasen con el rabillo del ojo como requiriendo su venia, que decimos los juristas. O para cerciorarse de que la tenían en el bote, la desengañaba yo, que en el desinterés masculino por la sensibilidad femenina –ya que sólo atraía nuestro cuerpo, aunque Gemma y yo no fuéramos precisamente la Pampanini– encontraba la razón de que los hombres no valoraran mis panqueques de chocolate.

Mil veces me habló Gemma de esos chicos del Teide con sus jerseys de cuello de caja y sus libros y panfletos subversivos. Estaba claro que le caían bien porque sin ellos, dramatizaba, la vida perdía pimienta. Pero, por mucho que los estimase, añado ahora, se olvidaba de sus caras barbudas las tardes de los domingos en que, a semejanza de Dios en el séptimo día de la Creación, suspendía esta actividad selectísima que se traía con ellos, descansaba de tanta polémica sobre lo bueno y lo malo y, por decirlo en el lenguaje de Héctor, asumía las contradicciones de la clase dominante, porque sacaba del armario falda, medias y los zapatos de tacón fino, se daba colorete, se pintaba el ojo y el labio y salía con sus primas Cotolo y Mariní a merendar tortitas con nata a la cafetería Amazonas de la calle Goya y a tontear sin pasarse de la raya en la bolera del Carlos III.

* * *

Gemma me contó que sus padres no compraban libros ni discos, aunque sí cuadros para inversión, y que se ponían de morros cuando la sorprendían con los textos ciclostilados que le prestaba Héctor para que adquiriese conciencia de proletaria. Hasta aquí normal o, en otras palabras, unos padres vulgares y corrientes como los de entonces, y quizá por eso Gemma apenas se refería a sus padres, hablaba de los de Cotolo y Mariní, es decir, de sus tíos, porque daban más juego para la anécdota: el tío Gelete repartía la jornada por las cuatro esquinas del barrio, entre el edificio de la Bolsa, enfrente del Hotel Ritz, y ese bar inglés de la zona de la Puerta de Alcalá que se llamaba Sportman, creo; y su mujer, la tía Linda, era la única de la familia complaciente con las veleidades intelectuales de Gemma y la acompañaba al teatro Español o al María Guerrero o al Bellas Artes de Tamayo cuando actuaban Bódalo, Rodero, Lemos o la histriónica de Amelia de la Torre que la volvía tarumba, hasta el punto de que, días después de haberla visto en escena, aún imitaba sus muecas ante las camareras de Manila y las dependientas de Loewe.

Con la grandilocuencia de aquella tragicómica la tía Linda precisaba, mientras se lamía los incisivos y colocaba ojos de párvula, que estos espectáculos teatrales a los que asistía con su sobrina –y jamás con sus hijas Mariní y Cotolo– eran obras fuertes, aunque no verdes, y un poco pichí pichá, que quería decir políticas, o sea, algo mal visto por Franco, aunque tampoco había prohibido que se representaran en los escenarios de nuestra patria, argumentaba yo, para que luego le criticaran si mandaba mucho, poco o mediopensionista. Gemma repetía como un lorito lo que había oído a Héctor en el Teide sobre el compromiso de los intelectuales y no se atrevía a compartir el entusiasmo de su tía Linda por La dama del alba, de Casona, ya que Héctor lo calificaba de dramaturgo burgués, y eso Gemma, fiada de su tono displicente, lo interpretaba como más malo que bueno y lamentaba no poder consultárselo a sus padres que, al no comprar libros ni discos, aunque sí cuadros, y ser por tanto gente del montón, andaban bastante peces en las cosas relacionadas con la cultura.

Y es que en aquellos años sesenta, en las cosas de la cultura como en las demás cuestiones que nos afectaban a los jóvenes, no sabíamos dónde estaba lo bueno y dónde lo malo. Era difícil establecer la línea Maginot, le dije a Gemma una tarde en que se escapó de su círculo del Teide para preparar conmigo un parcial de Valdecasas. Fumando las dos como chimeneas en la cafetería de la Biblioteca Nacional, aunque sólo ella largaba el humo por la nariz, le describí mi existencia

anodina y vacía, una extraña para mis padres y con la sensación de balancearme sobre un trapecio más sola que dios, arrojada al abismo del universo con la náusea descrita por Jean-Paul Sartre, o como esa marioneta a merced del viento a la que cantaba Sandie Shaw, aquella chica descalza que ganó un Festival de Eurovisión, creo. Entonces Gemma se puso seria y, sin bajar la vista de las moscas prendidas del tubo de la luz, murmuró con el dengue nasal del humo del pitillo: «Estar segura en la vida es una chorrada»; y al oírla, un alivio me acarició el pecho porque por primera vez en mucho tiempo Gemma no tiraba por tierra lo que yo exponía.

Esa tarde se me borraron todos los reproches que había acumulado por los desdenes de Gemma, y Gemma se me acercó tanto tanto como si fuera la hermana que mis padres no me dieron. Y en ese momento de debilidad emotiva no la vi con su apariencia de creída, sino tan vulnerable como yo, que por ser hija de periodista debiera haber nacido más orientada o con mejor mano –¡todavía!– para los panqueques de chocolate. Por eso alguna vez especulé con que mi libro de familia fuese una invención de mi entorno, una tomadura de pelo, vamos, y que yo no hubiese nacido de los que constaban como mis padres sino de gente de circo, se me ocurría, gitanos o húngaros que me hubiesen depositado en el torno de la Inclusa al no poder cargar conmigo, en parte por carecer de fortuna para mantenerme y en parte también por su condición vagabunda, sin domicilio social, que les impedía formar matrimonios católicos, apostólicos y romanos, y que de ahí me habrían sacado por mi cara bonita los que se decían mis padres, que al menos cumplían los requisitos de la ley civil y la religión verdadera. Y también pensé muchas veces, y esto es más verosímil que lo otro, que al ser yo hija única, sin hermanas que me hicieran la competencia, y siendo sosa perdida, es decir, sosa calabaza, debía de tener tan aburrido a mi padre que más de una vez pude ponerle en el disparadero de desheredarme o venderme al morito pititón. Y cuando le contaba esto a Gemma aquella tarde en la Biblioteca Nacional, bajo el fluorescente con moscas, se partía de la risa; nunca la había visto tan entregada conmigo, y acabamos las dos haciendo pucheros, de puro bobas.

Pero la realidad no se acomodaba a estas fantasías mías de desarraigo porque mi padre jamás olvidó traerme la caja de bombones o la colonia de marca que regalaban a los periodistas en las juntas de accionistas de bancos y eléctricas. Mi padre trabajaba en la sección de Economía de la agencia Cifra y difundía sin tocar una coma los boletines que le enviaban las empresas con el ruego de publicación, a veces con la firma de Remitido y otras sin ella, como es propio de una agencia de noticias, sin que a mi padre le importase no figurar como responsable de aquello porque era de natural modesto y había optado

por no destacar. Todas las mañanas él frecuentaba el templo de la Bolsa con un bolígrafo a ver lo que le decían que anotara en su bloc de reportero tribulete, y no llegaba al corazón de la noticia, como se pretendía entonces, ni alardeaba de informaciones de buena tinta, sino que permanecía en la antesala del palacio bursátil o, por expresarlo más crudamente, en la portería de los ujieres, copia que te copia las alzas, las bajas, los enteros y otras ocurrencias de los mandamases. Si le daban una hoja con los datos que había que apuntar lo agradecía y, si no se la daban, los copiaba él. Y como no llevaba la contraria a nadie, ni siquiera se atrevía a decirle a mi madre, cuando ésta se ponía imposible con el dichoso antifranquismo, que menos humos, porque de ese trabajo suyo de recoger en su bloc el dictado de los jerarcas comíamos en mi casa.

Mi padre quedaba al margen de donde se cuecen las cosas, no era propio de él chismorrear con un vaso de whisky en la mano en los círculos del tío Gelete sobre el color de los gobiernos de Franco o las contratas de tal o cual ministro o las picardías del banquero con sus secretarias en los ascensores. A él le preocupaban los informes de Unesa sobre el consumo interno de electricidad o las oscilaciones del mercado de fletes o la evolución del comercio exterior según la Dirección General de Aduanas, y a la hora de la cena me los desmenuzaba al detalle, como si fueran el cuento de irse a la cama; siempre me dijo que era mejor para España importar maquinaria herramienta a exportar aperitivos y postres y nunca me aclaró por qué con la teoría suya privaba a mis panqueques de chocolate de ser apreciados en Italia o Portugal, por ejemplo, donde estoy segura de que arrasarían. Eso pertenecía a los misterios que no se desvelan a los menores de edad, y ni atendía a mis preguntas sobre la cuestión, cargadas de lógica, ni abría la boca cuando mi madre protestaba por las barbaridades que soltaban los noticiarios de la teleúnica.

* * *

Abarrotábamos el aula magna para examinarnos del Civil de Castro o aplaudir los disparates de la fiesta del Rollo, recitábamos como papagayos los artículos de cualquier código y, aunque cada vez nos faltaba menos para acreditarnos de profesionales del Derecho ante la sociedad española, seguíamos sin deslindar lo bueno de lo malo –o, en términos jurídicos, lo justo y lo injusto–. A veces, cuando nos lo preguntaban las personas de edad al estilo del padre Ripalda –decid, niños, cómo os llamáis, Pedro, Juan, Francisco, etcétera–, nos encogíamos de hombros o respondíamos con un silencio que quería decir no sé de lo que me habla, y otras veces nos dejábamos arrastrar por el pronto.

Así le sucedió a Gemma en la clase de Religión, que al ser una de las asignaturas marías junto a Gimnasia y Formación del Espíritu Nacional y, por tanto, sin trascendencia académica, ya que incluso te la aprobaban en secretaría por la cara, no merecía el relieve que le concedió con su arrebato, cuando el cura que impartía la materia dijo que las mujeres de no sé qué parte de la América descubierta por Colón se preñaban por mirar a la luna y Gemma se alzó del pupitre, como impulsada por un resorte, y se marchó del aula con el taconeo de aplastar los peldaños del Teide, ella dijo que por dignidad femenina, yo pensé que para hacer pis, y todavía tengo dudas de si su escandalera fue adecuada o exageró. Y por lo mismo que Gemma nunca logró cerciorarse de si Héctor menospreciaba a Casona al calificarlo de autor burgués, yo tampoco estaba convencida de que Chatín, después de su actuación en la fiesta del Rollo, pudiese encajar como pareja de Gemma.

Porque vayamos al grano, decía yo para despabilarme de la soñarrera que me producía el Laboral de Bayón: un tipo como Chatín, que pertenecía a la cáscara amarga de los artistas, que largaba monólogos en los espacios públicos y alternaba con pirujas en antros donde se empinaba el codo, ¿cómo vas a meterlo en una familia trufada de miembros de la jurisprudencia, la milicia y el estamento eclesiástico? A poco sentido que almacenases en la chola, ¿qué pintabas tú y tus colegios de pago del brazo de un baldragas sin redención posible, que aspiraba a romperte la cosita para canjear por una pensión vitalicia ese momentín?

En resumidas cuentas, y volvía a las páginas de Bayón, espesas como el chocolate de mis panqueques, una tarde tonta en que tus padres se iban de casa y los vecinos del rellano estaban de vacaciones, podías ligarte a un cachas en la Biblioteca Nacional o en una cafetería como Teide, enamorarlo con tus panqueques de chocolate y pegaros un achuchón por el que llegaras a quedarte en ropa interior, fíjate dónde pongo el límite; todo eso te lo podías permitir, ojito, si ocurría en un plisplás y ni tu portera ni su hija Aldonza se enteraban de que te habías dado un homenaje, bueno, vale, visto y no visto, a confesarte con fray Legísima en los carmelitas de Ayala y no vuelvas a exhibirte con la minifalda crema ni ofrezcas tus panqueques a beneficio de inventario.

Pero invertir a conciencia en un arribista como Chatín no era echar una cana al aire, sino algo minuciosamente regulado por los códigos y las costumbres: significaba unir tu nombre al suyo en las invitaciones al enlace nupcial, adoptar su apellido en las reuniones sociales y transmitírselo a los hijos que engendraras, ya que te habías comprometido ante la Iglesia y el Estado, en tu parroquia atestada de amigos y deudos, a cederle tu cuerpo para la procreación hoy, mañana

y siempre, aunque te zumbara la cabeza o te escocieran los bajos. Lo que quería decir, que en ese día tan cargado de emociones en que arrojabas el ramo de azahar a las solteras de la pandilla y bailabas el vals con el elegido de tu corazón y cortabas con él la tarta de bodas, cuando al fin os quedarais solos en la alcoba, debías abrirte de piernas para que esa noche y las restantes de vuestra vida él te escarbara y ahondase con responsabilidad y deleite, venga y dale, por dios y por españa, entre las sábanas de ese tálamo, vulgo cama de matrimonio, que no se había adquirido a un trapero ni al primero que llamó a tu puerta, sino al ebanista de confianza de tu madre, porque sobre la base fabricada por ese artesano con materiales de garantía para que resistiera los embates de dos cuerpos apasionados –y si no os apasionabais, malorum causa– teníais que sustentar la sociedad de afectos e intereses que anudaba vuestro vínculo... Por ello, ese repertorio de letra grande y pequeña que componía el libro del matrimonio requería que, antes de dar el primer paso con un caballerete, te lo pensaras.

Porque analizándolo desde el lado positivo, Chatín era tan poco cultivado que congeniaría sin dificultad con unos suegros como los padres de Gemma, que no compraban libros ni discos, aunque invertían en cuadros de contemporáneos, esos que un niño los pinta mejor; y si lo cotejabas con el resto de la familia, no cabía la menor duda de que, por picaflor y borrachuzo, Chatín caería de pie al atolondrado de tío Gelete, por ejemplo, que ya a media mañana andaba tan entonado que suscitaba la burla de los que le oían pedir whisky con aceitunas a los ujieres de la Bolsa y matildes al camarero del Sportman.

Pero, por el lado negativo, Chatín, aunque era un frívolo de aquí te espero, no combinaba con las ñoñerías de las primas de Gemma ni con las inquietudes artísticas y políticas, pero no sentimentales, de los rebeldes del Teide, pues no habría resistido ni dos minutos de conversación con Héctor ni una sesión de compras por las boutiques de Serrano con Cotolo y Mariní. Y tampoco pegaba nada, pero nada de nada, con la prestancia de la tía Linda las tardes que no iba al teatro con Gemma, cuando salía a dar una vuelta por las cuatro esquinas del barrio de Salamanca más pintada que un coche y de tal modo peinada y vestida que en caso de apagón no nos dejaba a oscuras, pues aunque sólo fuera para ver los escaparates de Loewe y picar algo en Manila se componía como una madonna de catedral, de forma que parecía, hablando con propiedad, una romántica.

* * *

Yendo al teatro Goya con la tía Linda a ver una de Buero Vallejo

sobre ciegos franceses cuyo título no me dijeron, Gemma se cruzó con Chatín a la altura de Viena Capellanes, y aunque le pareció más desastrado que nunca y con ojeras de pervertido, empinó las cejas como siempre que afrontaba algo singular, así que tuvo que calmar la curiosidad de la tía Linda, a la que el cotilleo excitaba y te molía a pellizcos para que confesases tus miserias. Gemma le contó la mitad de la mitad y no le dijo que ese chico era escoria, balarrasa, paleto y gamberrete, sino actor de teatro y cine. ¿Como Fernán-Gómez?, preguntó la tía Linda acariciándose los incisivos con la lengua y alumbrando en sus ojos la envidia de otros mares.

Ni punto de comparación, aseveró Gemma, que tenía muy clara su predilección por Chatín, quizá por su proclividad a los estrafalarios, y eso que él no había pronunciado todavía su famoso monólogo de la fiesta del Rollo que puso blanca la cara al decano Prieto –con esa palidez tan intrigante de nuestros mayores– e indignó a los miembros de la junta de gobierno: el responsable de Formación del Espíritu Nacional le indicó alzando el brazo que se largase del aula magna por antiespañol y masón, le incoaba expediente y lo expulsaba hasta septiembre, como mínimo; el cura de Religión, con las manos entrelazadas para el rezo, convocaba a legionarios y paracaidistas a una cruzada contra nosotros, pecadores; el profesor de Gimnasia remedaba las fintas de Fred Galiana y otros estilistas del cuadrilátero antes de abalanzarse sobre Chatín a machacarle los higadillos, y los estudiantes sin saber qué opinar del jaleo, porque lo que estaba ocurriendo en aquel templo de la ciencia jurídica sonaba a malo, aunque quizá fuera bueno.

Chatín no era de Madrid ni tenía familia aquí, vaya usted a saber de dónde venía, en cualquier caso no de un sitio destacado en los mapas como la Barcelona de Addy Ventura, perla del mediterráneo, porque Gemma hubiera corrido a decírmelo. En aquellos años sesenta, Chatín se alojaba en una pensión barata de Argüelles y tocaba la pandereta en la tuna, y eso le separaba de nosotras, las empollonas de buena familia. Porque, primero, los tunos gozaban de una fama pésima y, segundo, repetían curso un año y otro, porque en vez de encerrarse en la Biblioteca Nacional a hincar los codos para ser hombres de pro el día de mañana y merecer como esposa a una de nosotras, mataban el tiempo metiendo mano a las extranjeras o jugándose las pestañas al tute en tascas de obreretes de suburbio donde una no podía ni asomarse del pestazo a humo y panceta.

Aunque, si lo pienso detenidamente, Chatín debía tener refinamientos de dandi porque citaba a sus colegas de la tuna en Mozo, la taberna de la calle Serrano especializada en patatas bravas, que se reservaba el derecho de admisión y no consentía que la fritanga de la cocina contaminara los salones de atención al público. Antes de

que llegaran los colegas ya les aguardaba él con la consumición mediada y apostado en la barra, más cerca de la puerta que del fondo del local para que nada más entrar se topasen con el guaperas de Chatín perfilado como un galán de la pantalla, con el limpia arrodillado ante sus zapatos y dándole que te pego al betún y al cepillo. Y mientras echaba el humo o sacudía el cigarro en las espaldas del que le lustraba los mocasines, Chatín soltaba dos o tres verdulerías o contaba una de indios donde fardaba lo que dios no sabe. Creía el pánfilo que con su planta de niño bien del barrio de Salamanca dejaba con la boca abierta al señorío capitalino, cuando la gente rica de Madrid debía de considerarlo un cachondo de provincias que no tenía donde caerse muerto.

Y yo, cuando volvía de estudiar en la Biblioteca Nacional el Romano de Ursicino o el Político de Agesta o el Mercantil de Garrigues o el Internacional de Mariano Aguilar o los apuntes de Bujanda que me prestaba Remigia, y enfilaba mi querida calle Serrano, si no había tenido la precaución de cambiar de acera para evitar la taberna de Mozo, me emperraba en mirar al cielo con el ceño fruncido, como si viniese de la tertulia del Teide y me acaparasen los pensamientos profundos sobre las cuestiones abstractas, porque el saludo de Chatín comprometía, tú dejabas de ser una señorita para convertirte en una cualquiera si, al introducirte en su campo de visión, él cortaba la charla con los amigotes, mordía el palillo del pincho de bravas con tomate y por una esquina de su boca tentadora decía algo semejante a «la mujer es un animal de lujo».

Chatín no se atrevía a tanto conmigo, pero como me relacionaba con Gemma y con sus inquietudes artísticas y políticas, mas no sentimentales, alzaba a mi paso el cubata, como si presentase armas al Santísimo, mientras el limpia le esmaltaba el calzado. Siempre con bebida en la mano y sorbiéndome con la vista por delante y por detrás, al estilo de los caraduras de entonces, que llevaban rayos equis en las gafas de sol, pero sin escupirme una fresca por el colmillo ni aludir a mis panqueques de chocolate, famosos merecidamente entre los paladares sabios, así recuerdo después de tantos años a Chatín, sopesando con pupila de enterado mis volúmenes ceñidos por el jersey de angorina y la minifalda y, en aquella ocasión de la fiesta del Rollo, imitando al vejestorio de Azorín delante del decano Prieto y de su junta académica y de unos ingenuos como nosotros, los universitarios de aquella quinta, con ganas de follón, pero dentro de un orden.

* * *

En aquellos años sesenta mi padre pregonaba que los polígonos del plan de desarrollo transformarían a España en una potencia industrial,

mi madre cantaba a Serrat hasta volverse ronca y muchas montábamos en un Seiscientos para que se nos alborotase el pelo, como predicaban los ye-yés, pero nadie de nosotros poseía en propiedad coche ni moto, salvo el amigo pintoresco de Chatín que, en un Coupé guarro a más no poder, sacaba a pasear por la calle Velázquez al galgo que dormía en la fresquera de su cocina. El hombre no pertenecía a la tuna, como Chatín, y tampoco tenía nombre cristiano porque le llamaban Willy, usaba sombrero tirolés como los calvorotas, se machacaba el músculo en el gimnasio de Lagasca y organizaba timbas hasta la madrugada en su domicilio de la calle Hermosilla, entre Castelló y Núñez de Balboa, un piso muy grande, con más habitaciones que un hotel.

Willy hacía Políticas y cateaba siempre o nunca se presentaba a los exámenes, que es otra forma de verlo. Me lo había presentado el mariposa de Falele, el de la cachimba humeante y la gardenia en la solapa, en la librería del padre de Lourdes de la calle General Oráa, y hablé de él a Gemma una tarde que vino a buscarme a la Biblioteca Nacional, después de su ración de inquietudes artísticas y políticas en el Teide, para atravesar juntas la plaza de Colón y despedirnos, como de costumbre, en el cruce de Goya con Serrano, porque, si no había imprevistos, en ese punto se despedía el duelo, como decía mi padre, y Gemma seguía por Goya a su casa de Lagasca y yo por mi bonita calle de Serrano hasta la de Lista, que aún la llamábamos así por inercia, en vez de Ortega y Gasset, que era lo correcto.

Por lo general, yo cambiaba de acera para no ver a Chatín en la taberna de Mozo con los descarados de la tuna, que podían comprometerte con su piropo o ponerte encarnada de vergüenza y hacerte tropezar de nervios al fijarse con descaro en tus atributos femeninos. Pero aquella tarde, Gemma, en la esquina de Goya, no se despidió de mí a la francesa, como cuando bajaba los escalones del Teide para reunirse con los intelectuales melenudos dejándome con la palabra en los labios, sino que insistió en subir conmigo por Serrano hasta mi casa de Lista; y yo, que después de mencionarle lo del galgo y las timbas de Willy, empecé a largar de teatro y de filosofía como una cotorra para que me supiera tan inteligente como sus contertulios del café y me diera la oportunidad de conocerlos y, si procedía, de endulzarlos con mis panqueques de chocolate, sentí ese silencio que Gemma notaba en Teide cuando Héctor analizaba la angustia vital, ese silencio que, días antes, me había impresionado en el aula magna de la Facultad con la intervención de Chatín en la fiesta del Rollo.

La fiesta del Rollo –habrá que explicarlo ahora que ya no se celebra y ni siquiera la recuerdan los que la vivieron– consistía en imitaciones y parodias de la autoridad académica; en las dos horas que duraba el escarnio, catedráticos y adjuntos quedaban por los

suelos y el decano Prieto se cubría con las manos la cara, abochornado de que se burlaran de su elegancia de pincel, y todos nos divertíamos pero en buen plan, por lo que no me entra en la cabeza que Franco suprimiera un acto así. ¿Qué ganaba con eso –pregunté una vez a la tía Linda con un rencor que me dejó asustada, porque nunca imaginé que me fuera a dar tan fuerte contra el Caudillo–, qué ganaba el Generalísimo de tierra, mar y aire quitándonos ese desahogo, si ya era una gloria nacional y había vencido a gentes mucho más importantes que nosotros, como los comunistas y los masones, y tenía todo el derecho del mundo a fusilar o encarcelar por ser centinela de Occidente?

Ya no me contestará la tía Linda porque ha pasado demasiado tiempo desde que se lo pregunté. La verdad es que ha pasado mucho tiempo de todo: hace años que las autoridades académicas acabaron con la fiesta del Rollo, hace años que se demolió Teide y que pasó a mejor vida, espero, el camarero sonrosadito y que sustituyeron la taberna de Mozo por un comercio de lencería o de lámparas, tanto me da; hace años que tiraron el teatro Goya y la bolera del Carlos III y que murieron el decano Prieto y el articulista González Ruano; murieron también Sartre y Camus y también enterramos a Franco, quién nos lo iba a decir, después de una agonía larguísima en la que tuvo tiempo de arrepentirse de haber prohibido la fiesta del Rollo y autorizarla in articulo mortis, digo yo. Y hasta Azorín, que parecía tan inmortal como el Caudillo, salió cadáver de su piso de la calle Zorrilla, frente a las Cortes de las que fue diputado antes de que viniera la República y se liara la guerra nuestra.

En nuestros años de Facultad, Azorín aún largaba discursos por la radio, no sé si también por la teleúnica, y en aquella fiesta del Rollo Chatín le imitó de cielo en el tablado del aula magna. Chatín resultaba golfo y descarado, aunque había que tener cuidado con él porque era tuno de pandereta y en un tris te la armaba: me acuerdo de cuando Pureza Lambán, en clase de Penal, le suplicó: «¡Manos quietas!», que yo eso oí, aunque otras oyeron: «Tócame las tetas», y entonces el penene del pantalón desabrochado, ese que nada más pisar el aula nos voceaba «¡quieren callar!», interrumpió su disertación sobre el estupro, alzó la vista a la bancada de la última fila que ocupaban en exclusiva Chatín y Pureza Lambán, y ante la expectación general proclamó «¡a ver esos tortolitos!», hasta obligarles a ponerse en pie.

Y sin concederles la palabra ni el turno de alegaciones, les conminó a repasar la manumisión del Derecho Romano –una cosa es manumittere y otra mittere manum, detalló–, pero no en las aulas donde impartieron doctrina Jiménez de Asúa o Cuello Calón, sino en el Parque del Retiro. Y mejor que entre los setos y las madreselvas donde los guardias multaban por abusos deshonestos, en la Casa de

Fieras del Paseo de Coches, aconsejó, porque al ser ustedes dos, precisó, dos bestias en celo, según cabía colegir de cómo trasvasaban sus flujos en este recinto universitario y ante sus compañeros de curso, les encajaba practicar la zoofilia.

Y cambiando radicalmente de registro, como si no hubiera sucedido nada que alterase el orden público, el penene de la bragueta descontrolada profirió el celebérrimo: «Decíamos ayer»; y regresó en un suspiro del Parque madrileño y su estatua del Ángel Caído para continuar en la sede jurídica de la Universidad Complutense con la regulación penal del estupro, exhortándonos a todas, y no sólo a la infatigable Remigia, a tomar apuntes de sus palabras mientras con el índice de la mano derecha ordenaba salir del aula a Chatín y a Pureza Lambán.

Ella se marchó tragándose las lágrimas y colorada como las amapolas y él tan campante y entero, muy en hombre, y fue como si el penene de la bragueta descarada los enviara a los burdeles de la calle Echegaray porque a partir de ese día lo tuvimos clarísimo y ninguna de nosotras –ni por supuesto Chatín– volvimos a dirigir la palabra a Pureza Lambán, excepto Alfonsa Castiñeira, siempre compasiva con el menesteroso porque era un callo de fea.

Redoblamos las atenciones a Chatín para que olvidara la charranada de aquella calentorra y tuviera bien presente que ella era una excepción en el elemento femenino y no la regla general; y como por genética nos atraía él más que ella, de mil modos decentes intentamos que el hombre levantara el ánimo, que lo suponíamos frustrado por la peripecia, lo saludábamos con los ojos cuando aparecía a mediodía por el bar de la Facultad con trazas de haber pasado la noche en vela por el intríngulis amatorio, igual que nuestro Don Quijote de la Mancha con su señora del Toboso; y aunque él ni nos miraba, porque era lógico que respirase por la herida de Pureza Lambán y nos juzgase a todas por el mismo rasero, si paraba a encender un pitillo o conversar con algún mandolinero de la tuna, andábamos con la antena puesta y nos partíamos de risa con la primera palabra que modularan sus labios de vicio, como si nunca hubiéramos oído nada tan chistoso ni elocuente.

* * *

Así yo, que procuraba dosificar mi sonrisa de muñequita linda, que decía mamá, para ponerme el listón tan alto que espantara a los moscones, creí que me meaba con la parodia de Chatín en aquella fiesta del Rollo. Estaba para comérselo, pero como nadie de mi alrededor se reía sofoqué mis carcajadas en el pañuelo de ositos. Con el tembleque de Azorín y la voz aflautada del Caudillo, Chatín

proclamó delante del decano Prieto y de su junta de gobierno que «lo más importante de la vida es la salud», algo que también podía haber dicho Franco en el discurso de fin de año moviendo la manita de firmar sentencias de muerte, como mascullaba mi madre, por lo que no entendí que se produjera en el aula magna ese silencio de cuando no se sabía si lo que se desarrollaba ante nuestros ojos estaba bien o mal, ese silencio que me dejó colgada de la brocha y sin el soporte de la escalera, como decía Aldonza, la hija de mi portera, ya que convertía mi risa en una inconveniencia.

Chatín seguía moviendo la mano de arriba abajo, igual que Franco en la teleúnica, mientras decía lo de la salud con la suficiencia de cualquier médico, y en una de esas subidas de la mano hizo lo que nunca se le había ocurrido a Franco, que fue cerrarla a la altura de su sien y mantenerla ahí una eternidad, regodeándose lo que no está escrito en los manuales mientras advertía, con el mismo acento de Cantinflas –y con ese contraste literalmente te meabas–, que lo más importante de la vida no era ya la salud, sino la vida misma, y por eso el quinto mandamiento decía bien a las claras lo de no matarás, porque nadie tenía derecho a cargarse a otro por muy omnipotente que fuese. Chatín dijo esto en tono de riña, como si en vez de ser españoles de tradición católica y apostólica fuéramos negros del Congo Belga en torno a la perola donde se cuece el misionero entre espasmos. O sea, nos trató como salvajes del domund y esa desconsideración, que tenía su pizca de provocación o de tomarnos el pelo, según se mire, motivó el disloque estudiantil en el aula magna.

Chatín con la mano en la sien me recordó las estampas de la guerra nuestra, pensé que imitaba a aquellos milicianos sin patria ni dios de los libros prohibidos, lo que no dejaba de tener mérito en un tipo que se dedicaba a brincar como un canguro con la capa de cintas y la pandereta de castañuelas en honor de las eminencias extranjeras que desembarcaban en el aeropuerto transoceánico de Barajas para adherirse a nuestra democracia orgánica. Así, con el puño junto a la sien y la voz de pito del Caudillo, mientras expulsaba las palabras con el dengue de Cantinflas a sus cuates, reiteró Chatín en aquella fiesta del Rollo que lo más importante de la vida es la vida misma, como si no supiéramos todos que para esa redundancia no hacían falta alforjas, y aguantó, tan pancho, la reacción del público universitario de la capital de una España grande y libre.

Y quizá porque no esperaban una rebotada de este género en un piernas como Chatín, que ni enredaba contra el Régimen en las células de la Fude ni representaba Escuadra hacia la muerte en los teatros de cámara ni elucubraba sobre lo divino y lo humano en el bar de Filosofía y Letras, los miembros de la junta de gobierno de nuestra facultad de Derecho, siempre más señora que Filosofía o Políticas y

con poca experiencia por tanto en el exabrupto, lo reprobaron desde la primera fila de pupitres del aula magna: el decano Prieto se tapó la cara consternado, el cura de Religión reclamó la ira del dios de los Ejércitos, el falangista de Formación del Espíritu Nacional mentó a los luceros de guardia, el de Gimnasia amenazó a Chatín con una ensalada de tortas en el Paraninfo y detrás de mí, un esmirriado de gafitas que no parecía universitario sino de clase media, con aire de chupatintas, sacó un vozarrón de aquí te espero para interpretarnos aquel sinsentido: «Tiraron a Grimau por la ventana –chilló con rabia– y medio muerto lo fusilaron».

Y demandando «libertad sindical» se marchó del aula magna entre el abucheo de la mayoría y los aplausos del grupo de Gemma, sin que Chatín pareciera estar conchabado con él. Así que cuando me enteré por mi madre de quién era Julián Grimau y se lo conté a Gemma, convencida de que no lo sabía, resulta que en el círculo del Teide mentaban a ese comunista una tarde sí y otra también. Y aunque me dio la impresión de que Gemma estaba menos informada que yo, que había oído decir a mi padre que si Franco se lo había cargado sería por algo –y eso a mi madre le sentó peor que los coros y danzas de la teleúnica en la demostración sindical del primero de mayo–, sostuve con plena tranquilidad de conciencia que pensaba de ese Grimau lo mismo que la tía Linda del teatro políticamente comprometido, es decir, que ni bueno ni malo sino pichí pichá, o sea, que Franco se lo había quitado de enmedio porque le caía fatal. Así es la vida, que dijo Chatín con entonación mejicana a los que le insultaban en la fiesta del Rollo por su monólogo, el que está arriba se merienda al de abajo y tampoco hay que escandalizarse, pensaba yo, por esos desajustes de la convivencia.

* * *

El caso es que a partir de aquella parodia de Azorín en el aula magna de la Facultad, Gemma me pidió que no cruzase de acera para evitar la taberna de Mozo y que averiguase cosas de Chatín, cuantas más mejor, porque desde que la tía Linda y ella se lo encontraron a la puerta de la Viena Capellanes de Goya cuando iban a ver la obra de Buero sobre los ciegos franceses –con una pinta de harapiento y melancólico que sólo le faltaba el mico al hombro y el acordeón en bandolera para conseguir el atractivo bohemio–, Gemma se lo imaginaba con una vida turbulenta de artista y necesitado de cuidados femeninos.

Y yo, que tenía muy presente la mirada de ese frescales a mi pechuga rebozada en el jersey de angorina, que se hubiera lanzado a devorármela con cuchillo y tenedor igual que Carpanta el pollo asado

–y al representarme a Chatín chupa que te chupa mi blanca doble me venía el sofoco de los días lila–, le transmití lo que había oído al blandorro de Falele, con su cachimba y su gardenia, en la librería del padre de Lourdes de la calle del General Oráa, que cuando Chatín no estaba paladeando un cubata en Mozo y midiendo a ojímetro tus relieves femeninos es porque había ido con los de la tuna a Las Palmeras, una sala de fiestas con pirujas que existía en la glorieta de Quevedo, junto a la delegación del Seu, en la que se bailaba agarrado hasta quitarse el aire, y casi siempre se sumaba al cachondeo Willy, el calvorota de Políticas, que conducía un Coupé sucísimo donde ellos y las mujerzuelas de Las Palmeras se metían con calzador, que decía mi madre, y tras dar tumbos por medio Madrid, fornicaban contra el sexto mandamiento en la propiedad particular de Willy, el palacio de la calle Hermosilla con más aposentos que un hotel y un galgo arrogante en la fresquera de la cocina.

Chatín era un bala, lo mismo que sus mandolineros del pulso y la púa, con tanto fervor por los estudios como los padres de Gemma por la cultura, que no compraban libros ni discos, aunque sí cuadros para inversión. Y no es menos cierto, como decimos los juristas, que Gemma se pirraba por dar el campanazo con quien destacase en sociedad por lo bueno o por lo malo –¿alguien puede fijar la separación entre ambos conceptos?–, pues a partir de aquella famosa fiesta del Rollo bebió los vientos por Chatín sin atender a mis recomendaciones de prudencia. Y como Gemma no tenía otro tema de conversación que el acróbata de la pandereta, cuando aquella tarde me comunicó que no se quedaba en Goya para continuar hacia su casa de Lagasca, como siempre, sino que me acompañaba a la mía de Lista –u Ortega y Gasset– por la acera de la taberna de Mozo, sospeché por el silencio que sobrevino entre nosotras que buscaba el vis a vis con Chatín.

En el recinto de las patatas bravas lo encontramos, en efecto, jugando a los chinos con Willy y otros más, y yo, en vez de fruncir el ceño y embobarme en las musarañas, que es lo que me pedía el cuerpo, mostré la sonrisa de muñequita linda para no malquistarme con Gemma, pero Gemma me la heló. Porque, olvidándose de mí, se acercó a Chatín gritando su nombre y apellido y, apartando de malos modos a los que le rodeaban, le apoyó la pechera en el antebrazo como una fulana de Las Palmeras, que yo lo vi, y luego le besó sonoramente en la mejilla, algo que dejó volada a la escogida clientela del establecimiento y por lo que temí que el encargado le llamase la atención o la echase a la rúe sin contemplaciones, porque en aquel tiempo el beso entre nosotros los humanos –que nada tenía que ver con el indecente de las películas–, no se estilaba como saludo ni en la intimidad conyugal.

Por ejemplo, Cotolo, cuando le presentaban a un chico, le daba la mano floja y decía mucho gusto bajando la vista, y Mariní, en el mismo supuesto y con la voz apagada decía un placer; la tía Linda, como todas las señoras mayores de cierta posición y gran mundo, mostraba la mano para que se la besasen los hombres con una reverencia; Remigia, de puro tímida, dejaba caer el boli sobre el cuaderno donde tomaba apuntes y movía de izquierda a derecha la mano libre como un limpiaparabrisas, pero sin tocar la del caballero; Aldonza, la hija de mi portera, se plantaba, quieta parada, a lo que el chico quisiera hacer con ella, lo mismo sacarla a bailar que la conversación de rutina: ¿te llamas?, inquiría él, y ella pronunciaba su nombre al estilo del padre Ripalda: Teodora, Francisca, Aldonza, etcétera; y él insistía: ¿estudias?, aunque también podía preguntar: ¿trabajas?, y ella respondía lo que procediese: trabajo o estudio, tras lo cual se daban por presentados y a volar. Y por último Lourdes, estuviera sola o con el barroco de Falele en la librería de su padre de la calle del General Oráa, apagaba el cigarrillo en el cenicero de Cinzano colocado sobre el mostrador, encima de las novedades literarias que de milagro no ardían, y al obsequioso que tenía delante le espetaba: muchas gracias / las que tú tienes / me faltan las tuyas / muchas para servirte / pocas para agradarte /.

En cuanto a mí, yo daba la mano con la franqueza de mi madre, es decir, con la crudeza de un varón o, en otras palabras, de igual a igual con mi oponente, sin esbozar genuflexión ni nada similar. Abanicando las pestañas para hacerme la extasiada ante el desconocido y con mi sonrisa de muñequita linda, así saludé a Chatín, cordial, pero sin propasarme, mientras Gemma le abrazaba como la yedra, que era la canción preferida de los que se te arrimaban en los bailes lentos de los guateques. Más confusa que si me hubieran pillado en un renuncio, me retiré a los aseos de Mozo para reflexionar sobre el trance en que me ponía mi amiga y decidir si yo, por solidaridad con la que en la Biblioteca Nacional consideré tan próxima como si fuera mi hermana, debía hacer manitas o caritas e incluso darme el lote hasta el sujetador, pero no más allá, con alguno de aquellos devoradores de patatas bravas que cuando se ponían sensibles te cantaban Clavelitos. Así dejé pasar un rato de cortesía, y cuando regresé al grupo de Willy y los tunos creyendo que Gemma reclamaría mi ayuda empinando las cejas, ni me miró, de amartelada que estaba con el bergante de Chatín.

* * *

Dos años después de licenciarse en Derecho, Gemma se casó de blanco en San Fermín de los Navarros, pero no con Chatín, sino con un jurídico militar mayor que ella que había enviudado de una

Reyzábal. El noviazgo fue visto y no visto, y como Gemma se entregó a él de hoz y coz, quizá para borrar el patinazo de liarse con Chatín, no quiso firmar las oposiciones a Registros que le recomendaba el tío Gelete y ante la perplejidad de los más dejó de ser la que era, ya que empezó a acompañar a sus padres a las subastas de pintura contemporánea y a sus primitas Cotolo y Mariní a las boutiques y se pirraba, quién lo diría, por las sortijas de Nicols y los zapatos de Lurueña, ella que había ido a la Facultad de uniforme, como los melenudos del Teide, con un jersey negro muy holgado para subrayar que en una mujer no importaba la facha, sino las inquietudes artísticas y políticas.

A partir de entonces, no volvió a mencionar esas inquietudes y compró en Zorrilla las telas de sus trajes y se vestía en Balenciaga, creo, y se hacía la manicura en Micifuz y fue de los últimos cardados de aquella época de ilusiones del primer plan de desarrollo; prácticamente no se lo quitó hasta que se operó en la clínica Ruber de la enfermedad que la obligó a usar gorrito por la quimioterapia durante los pocos años que aún aguantó saliendo a la calle con jerseys que le venían grandes porque el cáncer había devorado como una piraña aquella pechera monísima que restregó en el antebrazo de Chatín.

No tenía la edad de Cristo cuando murió rodeada de su marido militar, que reincidía en quedarse viudo, y de sus padres incultos, pues ya ni siquiera invertían en cuadros de promesas del arte actual. Murió en la misma clínica donde la operaron sin éxito de su cáncer galopante y donde a los nueve meses de casarse dio a luz a su único hijo: lo llamó Héctor, igual que el sabihondo del Teide. A éste lo vi en el entierro de Gemma, andaba de profesor de dibujo en un instituto de Aluche, también vi a Cotolo y Mariní con sus esposos, y a Chatín, que estaba igual que cuando la fiesta del Rollo, y a Willy, con muchas arrugas y sin el galgo, como es de cajón en los actos fúnebres.

Para mi pasmo vi también a Pureza Lambán y a Alfonsa Castiñeira, con las manos enlazadas como si fueran pareja –y vete a saber si no lo eran–, vestidas de un oscuro que parecía alivio de luto y con un desafío en la cara que denotaba lo preparadas que venían para afrontar nuestro desprecio. Y también vi a la tía Linda, que tras la muerte del tío Gelete había cerrado su casa y residía a mesa puesta donde los carmelitas de Ayala con unos achaques de los que no hablaba, porque daba apuro mencionar lavativas y baños de asiento en una charla de inquietudes artísticas y políticas. Aunque no era eso ni la ausencia de Gemma lo que le impedía ir al teatro a butaca de patio, sino la crisis de dramaturgos, porque, como especificó paseando la lengua por los incisivos y fisgándonos la pinta hasta decir basta, no había vuelto a pisar una sala de espectáculos desde que Gala se pasó a

la novela.

Yo callé, porque ignoraba si era bueno o malo lo que con el engolamiento de Amelia de la Torre decía la tía Linda ante el cadáver de Gemma, más pintado que una corista por los de las pompas fúnebres. Y este silencio mío me recordó el que se produjo poco después de aquella accidentada fiesta del Rollo en el bar de la facultad, cuando el delegado de curso, que era de comunión diaria y quería vengarse de Chatín por el escandalazo que había promovido con el asunto de Grimau, se dirigió al rincón donde Chatín y Gemma hacían manitas y caritas como novios formales y anunció de forma que todos lo oyéramos que Chatín no participaría en nuestro viaje de fin de carrera –y eso que, por falta de presupuesto, íbamos a Fátima– porque no pertenecía a la promoción. Gemma tenía el expediente en regla y estaba en su derecho, añadió, pero Chatín no, ya que en los cinco años de licenciatura sólo había aprobado el Natural de primero y las tres marías de segundo: Religión, Formación Política y Gimnasia. Y apostilló con guasa: «Creías engañarnos y sólo te engañas a ti, farsante».

Chatín, que era locuaz, se quedó mudo y ruborizado por la humillación, desapareció de su cara aquella jactancia con que nos miraba después de su imitación de Azorín, de repente nuestro bar, siempre tan jacarandoso aunque estuviera en un sótano, se convirtió en un cementerio, y yo diría que por toda mi facultad de Derecho y hasta por la Universidad Complutense de Madrid se extendió ese silencio elocuente de las ocasiones históricas. Y entonces Gemma, que estaba in albis del comportamiento académico de su prometido, pues ingenuamente creía que mal que bien iba aprobando todo, y que ni movió una ceja cuando aquel chivato tildó a Chatín de falso y chapucero, se puso en pie sin soltar la mano de su chico y, taladrando con la mirada al delegado de curso y a los demás testigos de aquella escena cainita, profetizó retadora: «Chatín será bolonio», como si acabaran de darle el premio extraordinario de licenciatura y le estuviera preparando la maleta para perfeccionar su doctorado o lo que fuese en la Bolonia de Italia, junto a los lumbreras.

Por ella, al menos, no iba a quedar, y desde ese día dejó la pandilla del Teide para dedicarse en cuerpo y alma a Chatín, iban a estudiar a una taberna de la calle Augusto Figueroa muy concurrida de ciegos del cupón, Gemma empeñada en que Chatín obtuviese matrículas recitando los códigos como un lorito y Chatín invirtiendo más tiempo en jugar al futbolín o en tocar la pandereta por los mesones del Madrid de los Austrias que en preparar apuntes o sacar los parciales, pese a lo cual Gemma insistía en sacar apuntes y prepararle los parciales, y no sólo por amor o despecho o quizá orgullo o lástima o por la vanidad de que su pirueta sentimental –y no artística ni

política– anduviese en boca de todos, sino porque al juntarse con un inútil como Chatín había quemado sus naves y en las aulas y en el bar sus compañeros, aunque con disimulo, la rehuíamos.

Gemma estaba señalada por todos, lo mismo que Pureza Lambán al gritar «¡manos quietas!» o «tócame las tetas» a Chatín. Y no porque estuviéramos capacitados para discernir lo justo de lo injusto –que tardaríamos lo suyo en aprenderlo, y algunos no lo lograrían nunca–, sino porque, en aquellos años del primer plan de desarrollo, quien abrazaba la causa de la extravagancia sabía que arriesgar en sociedad tenía un precio y que no era prudente sobrepasar ciertos límites si no quería sufrir el ostracismo de Pureza Lambán o castigos de superior cuantía, como manifestaba guiñando el ojo aquel adjunto de Penal de la bragueta ventilada que definía la muerte sospechosa como la que da que pensar.

Porque para la mayoría de los universitarios de entonces –aunque no lo formuláramos tan abiertamente como lo sentíamos–, la defensa de unas inquietudes artísticas y políticas, e incluso sentimentales, no debía llevarnos al extremo de sacrificar nuestros intereses y la posición familiar. Otros que vinieron después hicieron lo contrario, supongo que por chinchar a Franco y mojarnos la oreja. Pero en nuestros años sesenta, sólo se rebelaban algunos infelices con una generosidad un tanto atolondrada, por qué no decirlo, y entre ellos sitúo a Gemma, más sensible que ni sé. Con decir que cuando Chatín la besaba en la mejilla se le saltaban las lágrimas...

* * *

Desde que Gemma se emparejó con Chatín fui menos a la Biblioteca Nacional, pero una tarde me planté en Teide. Como me daba corte aparecer sola fingí estar citada, y por eso saludé al grupo de Gemma en la confianza de que me animaran a sentarme con ellos y reemplazarla en la tertulia, mas como no respondieron a mi saludo, y eso que para caerles en gracia me había embutido en la minifalda crema y el jersey de angorina y estaba dispuesta a chivarme del plantón que Gemma les daba los domingos al sustituir su instructiva compañía por la insustancial de Cotolo y Mariní, me marché. Había dejado mi tarjeta, como quien dice, y porque contaba con la simpatía del camarero sonrosadito regresé una semana después con otro vestuario pero también resultón, y ni estaban ellos ni el camarero ni tampoco García Nieto con alguna despampanante de Filosofía y Letras o del Ateneo que recitara sus poemas de juventud creadora.

Por eso, aun a riesgo de parecer un plomo, volví al día siguiente con el traje de chaqueta que me cincelaba las caderas, me adelanté a ocupar la mesa de los intelectuales para que no tuvieran más remedio

que aceptarme, me coloqué donde se ponía Héctor pensando que así le forzaría a charlar conmigo del yo y mi circunstancia y de esto y aquello, pero no se presentaron los melenudos que yo esperaba sino el calvorota de Willy, el amigo de juergas de Chatín, que bajó los escalones de mármol del café con la indecisión del extraviado, depositó el sombrero tirolés en el mostrador, pidió media combinación al camarero sonrosadito, encendió un pitillo y, con el codo en la barra, paseó su mirada por el local con cara de náufrago o, como decía mi madre, más despistado que una burra en un garaje.

Contra mi voluntad me descubrió, y debía andar sin el apremio de alimentar al galgo en la fresquera o de pasearlo por la calle Velázquez porque agarró el sombrero y la bebida y se sentó a mi lado sin pedir permiso, aunque de eso tenía la culpa yo, porque al exhibirme en un café más sola que la una me exponía a que se me faltara al respeto debido a una universitaria. Por instinto abaniqué las pestañas y ensayé la sonrisa de muñequita linda, aunque temí que los intelectuales melenudos me retiraran el crédito si me pillaban con aquel superficial en la misma mesa donde sus lenguas trepidantes evocaban sin descanso a Marx y Hegel.

Pero los amigos de Gemma no aparecieron en toda la tarde, con lo que me entretuve con Willy, que charlaba por los codos, como decía mi madre, pero no de literatura ni de Grimau ni de la rabotada de Chatín en la fiesta del Rollo y menos del galgo ubicado en la fresquera de su cocina, sino de coches de ocasión, era un lince para las gangas en un mercado tan volátil como el del automóvil. De este modo se enrolló sin dejar de mirarme el porte y, porque tuve el pálpito de que no le caía gorda, le di carrete, que decía mi madre, presintiendo que un redactor financiero de la agencia Cifra como mi padre no iba a fruncir el ceño si me veía de parranda con ese truhán de Willy que a todas luces dominaba la regla de tres sencilla y el debe y el haber.

Así cayó la noche, y cuando deduje que los melenudos no venían y que con eso naufragaban mis pensamientos de realizarme como intelectual, porque ya no tendría otra meta en la vida que licenciarme en Derecho y opositar a la Administración Pública o pretender la asesoría jurídica de alguna empresa registrada en el bloc de mi padre y desposarme en San Fermín de los Navarros con la música de Lohengrin y dar a mi marido mi apellido y los hijos que dios nos pidiese, y convertirme en una burguesa de cabellos largos e ideas cortas, que hubiera afirmado Héctor en este café Teide del paseo de Recoletos tras leer a Schopenhauer, miré con el rabillo del ojo al tipo del sombrero tirolés que paseaba con un galgo por la calle Velázquez.

Examiné sus manos curtidas en los naipes de Heraclio Fournier, en el volante de su auto y en las curvas de las pelanduscas de Las Palmeras, pero no en manuales de jurisprudencia ni en los apuntes de

la incansable Remigia; advertí que esas manos disolutas rozaban las mías, al principio por la casualidad de buscar el paquete de tabaco y enseguida sin soltármelas, aunque yo tampoco se las retiraba; y como mi corazón empezó a brincar ante la eventualidad de estrenarme con aquel sultán en su picadero de la calle Hermosilla, con más aposentos que un hotel y un galgo de guardia junto a la fresquera de la cocina; y como mi cara ardía con la emoción típica del ven y ven, que cantaba Sarita Montiel en la teleúnica, pues por una parte me intrigaba el gesto del camarero sonrosadito cuando me viera de ligue y por otra me envanecía que ese experto en bellezones se hubiera prendado de mis encantos naturales –y quién sabe si acabaría enamorándose de mi corazón solitario y convirtiéndose en el príncipe que te hace tilín–, acepté abandonar el café donde se habían hundido mis esperanzas de congraciarme con los cerebrines de Gemma y trasladarme en el Coupé churretoso de Willy desde la catacumba del Teide al palacio de la calle Hermosilla, entre Castelló y Núñez de Balboa, que nos acogió como a recién casados en su luna de miel.

Después de enternecernos con el galgo dormidito junto a la fresquera de la cocina y a punto de introducirnos en su dormitorio para pasar a mayores, caí en la cuenta de que a pesar de nuestra desenvoltura guardábamos secretos, pues ni yo había averiguado lo que significaba el nombre de Willy ni él me había preguntado cómo alcanzaba el paraíso terrenal con mis panqueques de chocolate. Noté entonces que me subía por el cuerpo esa sensación que arrastraba como una penitencia desde que nací mujer y empecé a tratar a las personas y que mantenía oculta bajo siete llaves como algo vergonzoso e indigno de compartir. Con lo que, sin tener la seguridad de que Willy fuese el interlocutor idóneo y no llegara a molestarse por lo que iba a decirle, porque de lo trastornada que estaba yo en aquel momento no distinguía entre lo malo y lo bueno, sin encomendarme a dios ni al diablo rompí el silencio que amordazaba a los de mi generación en las ocasiones heroicas; y a fin de que Willy no se confundiera conmigo ni yo me reprochara haberlo engañado, antes de ofrecer mi cuerpo a su lujuria de varón corrido y manchar con mi sangre de virgen las sábanas gastadas por las piculinas de Las Palmeras, confesé, con los ojos radiantes y la mandíbula tensa, pero sin derramar una lágrima ni temblarme la voz, lo que lamentablemente no iba a oír ninguno de los que yo hubiese querido que me escucharan.

«Y es que no te lo vas a creer –le previne, frenando su acometida de pulpo; y en ese instante me pareció que Gemma repetía mis palabras en la cafetería de la Biblioteca Nacional bajo el fluorescente con moscas y que desde un pasillo de la Bolsa mi padre recogía mi frase con su bolígrafo de reportero tribulete y que mi madre alzaba la

oreja con la atención que nunca prestó a mis asuntos y que las monjas de mi colegio se alertaban de mi funesta manera de pensar y que la tía Linda me pellizcaba para que no callase ni debajo del agua y que Remigia repartía como pan blanco los apuntes de mi discurso y que Pureza Lambán y Alfonsa Castiñeira agradecían que hubiese expresado su punto de vista y que Chatín, con el puño en alto, me declaraba su portavoz y que toda mi facultad de Derecho aplaudía mi intervención puesta en pie, igual que los procuradores en Cortes las arengas del Caudillo, y que Héctor y los melenudos del Teide se rendían a mi savoir faire como si yo encarnase a Simone de Beauvoir–. Y es que no te lo vas a creer –insistí para hacerme la interesante–, pero en el fondo de mi alma –y aquí suspiré a propósito–, soy una incomprendida.»

Delicado

A Ángeles Encinar

Le vigilé por orden de mis superiores y continué haciéndolo cuando nadie me lo mandaba. Desde su casa de la calle Lombía, junto al Palacio de los Deportes, compartíamos el autobús 21 o el metro de la línea Goya-Argüelles hasta la universidad, el ministerio o donde él tuviese que ir, y yo era testigo a distancia, pero sin perderlo de vista, de sus reuniones y almuerzos con familiares o amigos. Él ignoraba este acoso y nada sabía de mí; yo, por el contrario, sabía mucho de él. Una relación descompensada porque, de cambiarnos los papeles, no le habría despertado yo la curiosidad que él me inspiraba. Pero, frustraciones al margen, el asedio –o mi preocupación por su persona– duró más de veinte años, aunque él no se enterase. Aquel adolescente de trenca, bufanda y melena matriculado en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense siguió obsesionándome cuando se peinó con raya y usó traje y corbata. En su físico –de alfeñique, dicho sea en mi descargo– y en sus modales de señorito ofrecía el aspecto vulnerable que revelan las fotos. Por eso le llamé Delicado, aunque encarase las adversidades con fortaleza. Aburridamente metódico, incapaz de salirse del carril y nada dúctil para las componendas, en el episodio más dulce de su carrera profesional clavó el aguijón de sus ojos en los destinatarios de su discurso y reiteró que el hombre es esclavo de sus actos, por lo que, si se pasa de rosca, debe asumir las consecuencias de su desatino. ¿Habrá mayor chantaje –me pregunté al oírlo– que la grandeza moral?

* * *

En el curso académico de mil novecientos setenta y tantos, llegábamos a la Complutense a media mañana. Desde el amanecer, más de mil números de policía armada se desplegaban por la zona apretujados en jeeps, prestos a brincar de sus asientos e invadir el campus ante nuestro aviso de desórdenes. Se nos había asignado el área correspondiente a las facultades de Filosofía y Letras y Derecho, con el jardín que las unía; limitábamos al este con la facultad de Ciencias y al oeste con el badén que desembocaba en Políticas y Económicas. Nadie nos vetaba el acceso al recinto universitario, pero nada más entrar éramos identificados por aquellos a los que podíamos pedir la documentación. Nunca un secreta fue menos discreto. A simple vista, la diferencia entre los estudiantes y nosotros nos impedía pasar desapercibidos. Éramos mayores que ellos y también de otro pelaje. Por eso, cuando intentábamos camuflarnos entre aquellos pipiolos en las aulas o en el bar, resaltaba la disparidad.

Nuestro oficio marca modales y tiene sus códigos. Ellos también los

tenían y era tan alta su excitación que no nos permitíamos arrancar carteles ni borrar pintadas, aunque fueran ilegales. En lo posible, aplazábamos la confrontación a cuando no había más remedio. Yo me informaba en la gruta de los bedeles que estaba en la antesala del vestíbulo y, por ese principio de no correr riesgos, no me adentraba en el edificio si no había asamblea. Ramón, el bedel confidente, me sopló quién era Delicado. Por primera vez escuchaba su nombre de guerra –Richard– y estudié su foto después de una revuelta donde no destacó. Cuando a los dos días lo encontré en el Paraninfo, en la parada del autobús E, lo seguí porque iba solo. Bajó en Moncloa y fui tras él por la calle Isaac Peral hasta el bloque de viviendas de la profesorera. Ahí se paró junto a la garita de control, pero no preguntó al portero por ningún inquilino, de lo que deduje que se había citado con otro desharrapado, y no catedrático ni docente. La posibilidad de desactivar una conexión subversiva sin mover un dedo era demasiado atractiva para desperdiciarla. Pero Delicado debió figurarse que habíamos cazado a quien él estaba esperando porque después de 7,21 minutos, se puso en marcha como un furtivo. Por la calle Donoso Cortés, en ese tramo empinada, cruzamos Hilarión Eslava. Al llegar a Gaztambide no dudó en girar a la izquierda y, tras pasar un garaje y una tintorería, se metió en el primer portal. Me pareció un recurso de principiante porque aquella no constaba como su casa y tampoco yo la tenía fichada como nido de revolucionarios. Disimulado en la acera contraria, me entretuve en fundar una célula comunista tras cada ventana de aquel inmueble de cinco plantas. Llegaba a la conclusión de que faltaban ventanas o sobraban grupos cuando apareció Delicado. Lo acompañaba el director de Arriba y montaron juntos en el coche oficial, aparcado allí mismo.

Ante sorpresas de este calibre suelen temblarme las criadillas. ¿El director del diario más adicto al Régimen coqueteaba con la antiespaña –frivolidad típica de los periodistas– o nada sabía de las veleidades ideológicas de aquel sujeto? Una placa en el portal me guió a la delegación de propaganda falangista del primer piso. No podía imaginar que en aquella dependencia, tan aséptica como una compañía de seguros, recibiría información de mi personaje. El responsable del centro me contó con voz sonámbula que Delicado y el director de Arriba figuraban entre sus colaboradores. Concretamente, Delicado redactaba editoriales de cuestiones económicas para los periódicos de la cadena del Movimiento. El mismo artículo aparecía en Soria, Cádiz o Palencia y le publicaban varios al mes. En contraste con la opinión del bedel Ramón, en la oficina no tenían queja de su manera de ser ni de su calidad de página. Su último trabajo versaba sobre la exportación de manzana asturiana y se titulaba «Reinetas imperiales». No le pagaban gran cosa, pero supongo que le ayudaba a

costear sus estudios y la pensión. En eso iba pensando mientras bajaba por Gaztambide hacia el bulevar de Alberto Aguilera cuando, en la confluencia con Rodríguez San Pedro, el vaivén de mis criadillas operó en mi sensibilidad como el costalazo de Saulo. ¿Y si Delicado jugara a dos barajas y fuera cierto tanto lo que decía el bedel Ramón como el jefe de la oficina falangista? En ese supuesto, me contesté eufórico, cuando Delicado se manejara contra la subversión sería mi compañero y, si lo hacía contra el Régimen, me bastaría un informe para su detención y mi ascenso.

Por conveniencia del servicio fui fariseo al reprochar a Ramón que hubiera incluido a Delicado entre los ilegales. Callándome el dato de que colaboraba con el Régimen a través de su inteligencia periodística –ya que también había infiltrados en la prensa del Movimiento–, lo definí como un neutral, sin afiliación política. La mirada de Ramón fue tan descalificadora como sus palabras: «Eres un pánfilo», afirmó. Me disponía a replicarle cuando en el vestíbulo de la facultad se convocó a asamblea. Los militantes la anunciaban dando palmadas y cerraron la puerta de la calle para que la policía no la impidiese. Desde la covacha de los bedeles contemplé el auditorio: los barbados de costumbre y varias monjas, alguna con guitarra para las canciones de denuncia. En la fila de delegados de curso que desde el primer piso arengaban a la masa estudiantil, distinguí a mi personaje en un lateral y medio ocultándose. En el guirigay democrático, no me percaté de si también alzó su mano para aprobar una marcha al Rectorado. Los guardias, al conocer la noticia de la manifestación a través de nuestras radios, desocuparon los jeeps con elasticidad envidiable y acordonaron el edificio universitario, de modo que quien quisiera salir de él tenía que esquivar sus defensas reglamentarias.

A las 13.35, cuando la facultad de Filosofía y Letras era un clamor antifranquista, abandoné la oficina de los bedeles y trepé por la escalera abarrotada. Aspiraba a identificarme ante Delicado y salvarlo de golpes o detenciones. Pero no pude acercarme a él ni a otros dirigentes porque una barrera de secuaces los protegía. Empezaban a corearse las consignas de movilización y, aprisionado por aquella masa férvida donde las monjas aspiraban al martirio y los barbudos al Palacio de Invierno, bajé levantando el puño la escalera que había intentado subir. Quizá la misma mano que cerró la puerta de la facultad volvió a abrirla. Todos gritamos entonces: «Disolución de cuerpos represivos». Confiaba en mi catadura para evitarme reveses, pero nada más acceder al exterior comprendí que entre las peculiaridades de mi profesión está la de ser un peligro para mis compañeros. No tardaría en suscribir mi observación el funcionario que me embistió con la porra en ristre. Como su talante no invitaba al chalaneo, estiré mi pierna por donde él debía circular para disuadirlo

de su obcecación conmigo. Tan ciego iba el hombre que el trastazo sonó a música celestial en el círculo estudiantil. Exagerando mi egoísmo, ni le practiqué los primeros auxilios ni me opuse a que varios jóvenes se ensañaran con sus hechuras como cuervos con la carroña. Preferí escapar a delatarme y corrí a la explanada de tierra que enlazaba con Económicas y Políticas.

En la marea de pánico, una chica perdió un zapato, otra ondeaba la melena con un terror contagioso. Como en un mal sueño, retengo la costalada de un uniformado al que su montura arrastraba por aquella planicie igual que un fardo. Un momento miré a mis espaldas y obtuve el mayor regalo que podía soñar. Detrás, exactamente detrás de mí, corría Delicado. La maniobra era tan sencilla como la que me había llevado a derribar al agente del orden. Debía disminuir velocidad para provocar un encontronazo con él y, ya en tierra, clavarle las esposas. Nadie entorpecería mi maniobra ya que allí cada cual actuaba a su aire. Pero en el debe y el haber del libro que maneja san Pedro estaba escrito que mi zancadilla al policía merecía sanción. No hay otra interpretación para el percance que alteró mis planes. Súbitamente mi figura atlética trompicó, doblé las piernas, besé el suelo y, ya tumbado todo lo largo que era, rodé como una pelota por el terraplén. Con la compostura perdida, pero innato el sentido del deber, mientras me precipitaba por el abismo con endiablada presteza intentaba explicarme el contratiempo sin acudir a san Pedro y su inflexible libro, y sólo después de tocar fondo, al descartar responsabilidad mía en el suceso, pues no acusaba esguinces ni torceduras, deduje que el azar, y no la perfidia típica de mi oficio, había forzado a mi protegido a tropezar conmigo y tirarme. El caso es que, encontrándome pasivo y magullado, de cara al sol y con la respiración acelerada, un número subido a un caballo garboso se encaprichó de mí. No me importó darme a conocer y alcé el carné y la placa para que supiera con quién alternaba. Pero aquel hombre debía de ser pariente del que yo había lesionado a la puerta de Filosofía y Letras porque de un fustazo desechó mis acreditaciones, me marcó un cardenal y, sin darme cuartel, se marchó al galope con un engolamiento odioso mientras yo, buscando mi identidad por aquel descampado, maldecía la descoordinación de los cuerpos policiales.

* * *

Tras unos días de baja médica, cuando retorné al campo de batalla me informó Ramón de que en mi ausencia Delicado había dirigido la palabra a sus compañeros en el seminario de Crítica Literaria. Después de oírle disertar sobre la bolsa de trabajo estudiantil con una concepción marxista del reparto de riqueza que ponía los pelos de

punta, Ramón censuraba mi lenidad con ese súbdito de Moscú. «Eres un pánfilo», repitió. Sobre la mesa de Ramón estaba el periódico Arriba con un editorial titulado: «La vida de la bolsa». Campanillearon mis criadillas y, porque indudablemente correspondía a la pluma de Delicado, ya que mantenía la misma tesis que contaba Ramón, se lo metí por las narices al bedel sin revelarle su autoría. Aquella mañana no se anunciaban desórdenes, por lo que fui al despacho falangista de la calle Gaztambide con la intención de sorprender a Delicado en su salsa. No estaba él, pero sí un individuo que se declaraba su amigo. Era un chino, exiliado del paraíso comunista, me dijeron, que había analizado el pensamiento político del fundador de Falange Española, José Antonio Primo de Rivera, en dos volúmenes de letra diminuta y prosa espesa. El chino sostenía que todos los grandes hombres de la Historia eran cortos de estatura. A Franco, concretamente, le consideraba un crisol de razas, porque además de bajito, era tripudo como Sancho Panza, rubiasco como los arios, con ojos de morito y con laconismo asiático. Este chino joseantoniano era partidario de gasear a todos los que rebasaran 1,65 metros. Dado que el fundador de Falange superaba esa talla, sospeché que, como suele ocurrir a los investigadores al concluir su magno quehacer, estaba hasta las narices de su biografiado.

Hablamos también de Delicado, al que mencioné por su alias de guerra, Richard. El chino lo llamaba Caíto y estaba encantado de que no sobrepasara la estatura media. Me despedí de él, tomé el metro y, citando correctamente el nombre de mi perseguido, comparecí en su pensión. Oculté mi condición de policía, siempre alarmante, y me presenté como compañero de la facultad. Delicado no estaba pero, gracias a mi estratagema, pasé a su cubículo y examiné a mis anchas lo que constituía para el bedel Ramón su arsenal marxista: los dos volúmenes de pensamiento joseantoniano del chino y un banderín del Real Madrid. Mi irritación hacia mi confidente crecía conforme mis investigaciones me dibujaban a un joven muy alejado del revolucionario que me había descrito. Como Delicado tardaba y yo aún no había almorzado, me trasladé al bar de enfrente. Eran las 15.32 y me hallaba en la calle más castiza del mapamundi, la de los Abades, en el corazón de los barrios bajos madrileños. Reclamé el menú del día y, como cabía esperar de la ubicación del establecimiento, me dieron un cocido de tres vuelcos y, de regalo de la casa, una copita de ojén. Luego el farias con el coñac de marca. Luego un sol y sombra, luego una palomita. Saboreaba un pacharán cuando vi a Delicado con una jovenzuela. Para satisfacción del chinorris de las tallas, era algo más baja que él, portaba una guitarra y tenía aire de teresiana. En aquel tiempo, las órdenes religiosas copaban la matrícula femenina en Filosofía y Letras. El rostro de aquella virgen me sonaba

de haber interpretado canciones de protesta en las asambleas de la facultad. Con la euforia del alcohol ingerido salí del bar y pregunté la hora a Delicado. «Las 16.42», me contestó en el mismo tono con el que abogaba ante la teresiana –lo recordaré mientras viva–, «por la indisoluble alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura en la lucha sin tregua contra el imperialismo capitalista.»

Ante esa alocución, impropia de un editorialista de Falange, mis criadillas parpadearon: ¿debía matizar mi animadversión al bedel Ramón e incluso reconocer su perspicacia al descubrir en mi frágil criatura a un comunista de tomo y lomo? Regresé al bar, cayó la sexta copa, esta vez de chinchón seco, y Delicado continuaba prendido de la guitarrista, que hablaba por los codos. Antes de que me desequilibrara la séptima, volví a la calle y esta vez pregunté a la muchacha por la farmacia más cercana. Sólo quería comprobar si era del barrio, pero no debió de entenderme porque las copas trasegadas enredaban mi lengua. «La vietnamita se porta», advirtió a Delicado antes de manosear en su bolsón y, sin responder a lo que le había solicitado, depositar en la palma de mi mano una peseta con la recomendación de que no la gastara en vino. Arrojé la moneda rubia en el mostrador de la casa de comidas y me la canjearon por un chupito de anís Las Cadenas, de finísimo paladar. Desde la ventana del antro observaba sonreír y quitarse la palabra al estudiante y la teresiana, confraternizar, en definitiva. Podía aplicarles las presunciones del bedel Ramón y llevármelos presos, pero me inclinaba por considerarles dos sentimentales inocuos, que cuidaban de una ciudadana del tercer mundo –la vietnamita– por vocación de destino en lo universal.

Eran las 17.02 cuando el planeta giró al revés. Con amplio vuelo de su larga falda, que debió absorber toda la basura histórica del madrid chulapo, la teresiana se introdujo en el portal de la pensión de Delicado con un lacónico: «Me piro con la vietnamita». Como no había previsto que la moza pudiera habitar donde mi personaje, su arranque me dejó aturdido y sin un chipirón relleno, obsequio de mi tabernero, que por pretender llevármelo a la boca en aquel instante se precipitó al suelo como un gargajo. En vez de irse con la chica, Delicado quedó en la acera, mirando a ambos lados. ¿Norma de seguridad? Tocaron a rebato mis criadillas cuando diez segundos después Delicado entró en el portal. Si le seguía ahora, pensé, presenciaría una escena subida de tono en el fangoso interior de aquel inmueble. En el trámite de recoger el chipirón y pedir la dolorosa invertí treinta segundos, el tiempo que Delicado tardó en volver abrochándose la bragueta. Intrigado, no me moví: ¿echó un polvo en las escaleras o había meado en su pensión? Encargué un gin-tonic de Larios mientras Delicado, impaciente, oteaba la fachada del edificio. ¿Cubría a la teresiana por

ser su compañera de guerra o algo más íntimo? Con la misma desazón con que aguardó a su contacto en la profesorera de Isaac Peral paseaba Delicado por la acera de la calle de los Abades. ¿Y de la vietnamita, qué?, me preguntaba yo. ¿Sería hija de la teresiana y el chinorris?

Posaba el gin-tonic en la mesa después de un largo trago cuando en el piso segundo de la casa –la pensión estaba en el primero– se abrió el balcón y la teresiana mostró a Delicado dos dedos de su mano derecha en el signo de la victoria. Eran las 17.34 horas y yo deduje: son vecinos. A las 17.35 la teresiana volvió a la calle con una falda diferente. Irá de sabatina, supuse. A las 17.36 la teresiana abrió la funda de la guitarra como si fuera su escote y en su interior no estaba el instrumento de cuerda sino un mazo de folios que, evidentemente, traía de su dulce hogar. Con el desengaño, caí del guindo: la vietnamita no era un bebé, sino una multicopista. En ella había confeccionado la teresiana los papeles que ahora exhibía en la calle con el candor del que nunca ha delinquido. Al estar tocada por la gracia de Dios, supuse que sus panfletos convocarían a eucaristías y misas de campaña. Con la expectativa se regocijaron mis criadillas y el libro de san Pedro castigó mi irreverencia porque de un espasmo desbaraté mi gin-tonic. Rodó el líquido por la mesa hacia el suelo de la taberna y los menudos hielos que poblaban el vaso se aferraron a mis partes sexuales como gatitos revoltosos. Sin restaurar mi estado, me largué a toda mecha: Delicado y la teresiana se dirigían a la plaza de Lavapiés y yo los seguí, abierto de piernas. En el metro nos introdujimos los tres –yo en otro vagón y húmedo de cojones– y tras pasar las estaciones de Sol, Callao, Plaza de España y Ventura Rodríguez nos apeamos en Argüelles. Por las calles Hilarión Eslava y Donoso Cortés me arrastraron al inmueble de Gaztambide donde se mandaba propaganda falangista a nuestra España grande y libre mediante procedimientos legales. El estudioso de Primo de Rivera aguardaba en el portal y sin respeto a la integridad de la muchacha se abalanzó sobre su guitarra. Eran las 18.13 cuando el chino atrapó los folios, se los llevó al pecho y los elevó sobre su cabeza con el entusiasmo del creador al recuperar la obra extraviada. ¿Versaría sobre enanos?

En otro informe hablaré de la cortesía de los orientales. Aquella tarde, mi obsesión por Delicado me indujo a una actuación insana. Analizando su complicidad con la teresiana y la vietnamita, no sabía si me hallaba ante un patriota o un comunista, ante un exterminador de la humanidad o un clérigo de misa y olla. Tomé la misma línea de metro que me había llevado a Argüelles y con humildad de hormiga que rehace el surco deshecho por la bota cruel, recorrí las estaciones de Ventura Rodríguez, Plaza de España, Callao y Sol buceando un

rastro de clarividencia en las cuatro esquinas de aquel transporte fétido. Ya con la entrepierna seca, afloré a la superficie de Lavapiés. Enfilé la calle de Tribulete y luego la de Mesón de Paredes reclamando orientación a mi extravío y ya me acercaba a la de los Abades –donde mi deber me impulsaba a registrar la pensión de Delicado y la vivienda de la teresiana, pero mi corazón me conducía al antro en el que regué mi horcajadura– cuando en la calle del Oso me paró una muchacha con una falda de percal planchá y unos zapatos bajos de charol. Se llamaba Manolita, y verdaderamente nunca sabe uno a qué carta quedarse en este oficio mío, ya que por cinco duros en la cama de una pensión de mala muerte hallé frotando las albóndigas de sus pechos la luz que Aladino sonsacó a su lámpara: por influencia del oriental de las tallas mínimas, aventuré, Delicado no sería falangista ni comunista sino prochino, al igual que su compañera de viaje, la teresiana de la guitarra. Infiltrados los tres en esa oficina de la calle Gaztambide, que era tanto como introducirse en los riñones del Régimen, debían de haber sembrado la biografía de Primo de Rivera de aforismos de Mao Tsé Tung. Se manejaba Manolita en la palangana poscoital con el bárbaro impudor de la gente del arroyo cuando un espontáneo bailoteo de mis criadillas me animó a desvelar la maniobra, incautarme del material –esa vietnamita huérfana– y poner a disposición de la justicia a los tres componentes de esa célula, en la seguridad de que sería condecorado por mis servicios.

A las 20.30 informé en las oficinas centrales y quizá exageré las tintas porque mis jefes destinaron a la Operación Gran Muralla siete jeeps y un vistoso escuadrón de caballería. En el bar de mis ocho copas y del brazo de Manolita –que para la ocasión lucía peineta y falda de volantes– viví aquel desfile de la Victoria, como da fe el testimonio gráfico adjunto (soy el segundo de la izquierda). Entre caracoleos y relinchos de équidos y montados, Ricardo Pérez García, alias Richard, salió esposado a las 23.20 horas de la pensión situada en el primer piso del número 3 de la calle de los Abades y entró en dependencias de la Dirección General de Seguridad a las 23.40 de la noche. Doce horas después tenía yo la cabeza como un bombo de las protestas que había levantado nuestra actuación. Dejar suelta a la teresiana, que debió de presenciar los hechos desde su ventana del segundo piso y a partir de ahí enredó lo que no está escrito, fue nuestro error. Todos los organismos oficiales de propaganda del Régimen, además de obispados, nunciatura y catequesis, nos exigían la libertad del inocente entre improperios a nuestros seres queridos. Oponerme a esta presión era arriesgado, máxime cuando mi jefe, en relajada comunicación con la Casa Civil del Generalísimo, había puesto mis cojones en prenda de que la detención sería revocada. Tras un interrogatorio de paripé en el más ilustre despacho de la antigua

Casa de Correos, el encartado Ricardo Pérez García, alias Richard, quedó en libertad sin cargos a las 19.15 horas, cuando la Casa Civil de Su Excelencia, próxima ya la hora de la cena, rabiaba por ofrecer al Generalísimo una tortilla con mis huevos. No saqué fotos de la salida de Delicado, que me recordó a la de los triunfadores de la tauromaquia cuando traspasan la puerta grande de la Monumental de las Ventas. Me repugnó el lascivo abrazo de la teresiana a su héroe en la calle del Correo. Y no volví a palpar las albóndigas de Manolita porque mis superiores me desterraron al Pozo del Tío Raimundo a encenderle los Ideales al padre Llanos.

* * *

Partía de Atocha la camioneta del extrarradio que me dejaba en un punto equidistante del Pozo y la Celsa, el poblado calé. Nada tenía contra los gitanos, sino contra los que en el barrio colindante atizasen disturbios. El Pozo permanecía mudo, absorto en su miseria radical, en días laborables. Pero en el fin de semana recibía tantas visitas, al menos, como habitantes censados. Venían los catequistas en Seiscientos con paquetes de tabaco o comida y después de la misa acudían con los hombres del Pozo a la taberna de Megalio mientras las mujeres se reunían en torno a alguna enferma o embarazada. Esos benditos de dios charlaban de lo divino y lo humano con los residentes, les soltaban consignas y a media tarde regresaban a Madrid con la conciencia tranquila, el zapato embarrado y la ropa con un humo que sólo evaporaba el tinte. Yo estaba en aquel páramo en situación precaria, apuntaba en una libreta lo que intuía sospechoso y con ello redactaba un informe los domingos en mi buhardilla de la calle Galileo mientras me enteraba por el Carrusel Deportivo de Vicente Marco del resultado del Real Madrid, el equipo favorito de Delicado. De esos informes míos no recibí opinión de los jefes –ni se me criticó ni me obligaron a retractarme– y debieron de archivarse o destruirse sin echarles un vistazo, porque en ese periodo histórico el interés de la Brigada no estaba en mi persona sino en las circunstancias: de aquella efervescencia política derramada por las cuatro esquinas de la capital de España, con el Caudillo fuera de juego, el presidente bajo tierra y mil sindicalistas procesados, llegaban al Pozo del Tío Raimundo ecos desvaídos.

Precisamente para protestar del acoso franquista a los sindicalistas clandestinos, los del Pozo se encerraron en su iglesia. Las mujeres llevaron colchonetas, y los niños, bolsas de ropa. Los activistas no pensaban desistir hasta recibir contestación de las autoridades a sus demandas (eran tantas que me dio pereza consignarlas). Hay muchas maneras de preguntar y muchas de responder y en aquel paraje del

Pozo yo no atiné con las adecuadas. Por falta de entrenamiento me desbordó este reto. Ante mi impericia, nuestros mandos enviaron a los guerrilleros de cristo rey, que si nunca antes habían pasado por allí, en aquella oportunidad se hicieron célebres. Un atardecer cayeron sobre el poblado provocando y pegando. En la taberna de Megalio, donde yo a esa hora repostaba licor de garrafa, inflaron a patadas a un cliente por hacer el crucigrama del periódico que aborrecían. Abierto el camino por la avanzadilla patriótica, afluyeron más de cincuenta jeeps nuestros por aquel memorial de lodo. No hubo conversaciones de paz, los agentes entraron en la iglesia repartiendo mandobles, se llevaron por delante al curita, expulsaron a los corresponsales extranjeros y detuvieron a unos cuantos vecinos. En nuestro feudo de la Puerta del Sol se les tocó por inercia y sus denuncias por torturas fueron archivadas por los jueces de orden público.

Aquel foco subversivo, aunque contenido hasta entonces, cobró relieve. Los catequistas empezaron a visitarnos también en martes y jueves y, en vez de agruparse en la vivienda del padre Llanos, lo hacían en la iglesia. Allí les daban cabezal y manta y comían y se aseaban por turnos. En los momentos relajados, la teresiana interpretaba a la guitarra canciones de compromiso con los pobres. Así dejamos crecer este encierro –ellos lo llamaban vigilia– y cuando pretendimos abortarlo era adulto. Pero la orden de nuestros jefes fue taxativa y nada discreta. Cuando todo Madrid se enteró de que iban a desalojar de su iglesia a los mártires del Pozo, se fletaron autobuses de solidaridad con los encerrados. Curas, monjas, frailes, catequistas, sacristanes, consiliarios de Acción Católica, alguna vidente y órdenes mayores y menores afluyeron a aquel templo convencidos de que nadie podía sacarles a la fuerza de la Casa de Dios sin violar el concordato. Estaba yo en la taberna de Megalio, asomando la jeta por la cortina para ventilarme la mona de orujo, cuando vi a Delicado. Al instante, mis criadillas vibraron con el interrogante más famoso que el de Hamlet: Delicado, ¿vienes a esta tierra de misión como falangista o como prochino? Él caminaba animoso y en la soledad de los elegidos puesto que no le acompañaba el especialista en Primo de Rivera. Acaso se lo prohibía el budismo o había regresado al Imperio Amarillo a defender a los enanos. Delicado se reunió con su teresiana en la iglesia y todavía me pregunto: «¿Quién cuidaba de la vietnamita? ¿Una au pair?» Hubiera querido desearle suerte, porque la iba a necesitar.

Estaba la Casa de Dios de bote en bote cantando Pange lingua gloriosi cuando nuestras fuerzas de seguridad rodearon con caballería el exterior del templo y con una compañía de uniformados el interior, donde se desplegaron a la manera del cordón de una bolsa que al apretarlo cierras la boca de entrada. Bloqueados por partida doble, los

resistentes no tenían salida. Ordenamos ataque cuando se daban la paz en Cristo, por lo que no plantearon batalla. Si evadían el cerco de los agentes, aún debían librarse de los caballos, que acometían con contundencia cuando alguien aspiraba a burlarlos. No sé a quién se le ocurrió subir al campanario y tocar a rebato, porque el frenético tintineo y los ayes de los mártires constituyeron un coro más patético que el oído hasta entonces. El grupo de Delicado insistió más de mil veces en el No nos moverán, y como, en coherencia con su canción, no se dispersaron con las primeras embestidas, se les sacó en volandas. Comprimidos por los flancos de los caballos, los que trataron de escurrirse entre las patas fueron pisoteados. Esposados los condujimos a los jeeps y, aunque no me tocó en suerte Delicado, me serenó verlo en la bancada del coche celular. Pronto me iba a declarar aquel finolis si pertenecía al Régimen o a la órbita judeomasónica. Aunque era su segunda detención y no experimentaba ya el canguelo del novato, su silencio daba a entender que esta vez no le salvaba ni la caridad cristiana. Rondé por su espalda absorbiendo su finura intrínseca y, sin mediar provocación, le arreé con la palma de la mano derecha en el cogote. Lo que se llama una colleja. Delicado dobló la cerviz como ante una fatalidad y yo me escabullí. Podían conjurarse las potencias del universo para dejarle en libertad y mis superiores desterrarme con los moritos a la marcha verde del Sahara, pero esa hostia no se la quitaba ni el padre Llanos.

A solas con la noche en la explanada del Pozo, confesé a las estrellas que más gratificación había obtenido mi mano en el cogote de Delicado que en los promontorios torácicos de Manolita. La estampa de la prostituta en la palangana encampanó mis criadillas, unos compañeros me acercaron en automóvil a Tirso de Molina y desde allí bajé andando por Mesón de Paredes. Sonó medianoche en el reloj de la Puerta del Sol. La calle estaba desierta, pero tenía fe en encontrarme a las profesionales del amor y, concretamente, a Manolita. No percibí movimiento en la zona, como si el Ejército de Salvación hubiese barrido a los transeúntes. Con afán busqué el portal de la calle del Oso donde Manolita me había introducido para gozar de su cuerpo. Apelé a tres viviendas y se me franqueó una. Por una escalera mohosa accedí a un prostíbulo disimulado. En el teléfono de pared del pasillo se apoyaba una muchacha. No eran de charol sus zapatos ni de percal su falda, por lo que con la desfachatez de mi oficio le pregunté dónde iba con mantón de Manila. Como achantó la mui, quise saber dónde iba con vestido chiné. Antes de que me confesara su gusto por las verbenas y los toros de Carabanchel, le rogué me diera señas de la mujer que yo buscaba por las cuatro esquinas del Madrid franquista. Añadí que se llamaba Manolita y dibujé en el aire las canicas de sus pechos. Con un hilo de voz, la

muchacha no me dijo que la desconociera sino que en su vida había oído un nombre tan raro. Le invité a decir el suyo y balbució Blandina, la santa patrona de las criadas, aunque sus familiares la apodaban Mantecas, quizá por esmirriada.

¿Era una enigmática? Resignado a sus excentricidades, penetré en un dormitorio mísero, con una cama excesiva, exaltada por un baldaquino verdeoliva. Por la misma tarifa de Manolita abordé el único asunto que me interesaba, ese vecino de la pensión ubicada en el numero 3 de la calle de los Abades, bífido de falangista y prochino, en cuyo cogote me había vengado de su conducta contradictoria. Preferí mover la lengua de Blandina antes que su cuerpo, convencido de que iba a proporcionarme información sobre la trayectoria de Delicado que podría utilizar al interrogarlo en nuestras mazmorras. Mil veces le repetí mi duda: ¿lo desvirgaste, Blandina/Mantecas? Pero hablaba a la pared, porque la esencia de humo de Blandina dormía bajo el baldaquino verdeoliva. Salí de allí a escape, no fueran a cargarme un servicio que no había disfrutado. Intenté colarme de incógnito en el inmueble de la calle de los Abades donde debían celebrar una reunión ilegal el chino y la teresiana con la vietnamita escupiendo panfletos, pero el sereno me amenazó en lengua gallega con enviarme a la Dirección General de Seguridad. No necesité su concurso para llegar a ella. Estaba abarrotada por la celada del Pozo, la noche parecía mediodía. Cuando me interesé por mi pupilo, me contestaron que ningún organismo del Estado lo había reclamado. En la trena lo vi con otros seis. Se pasaban un cigarro, hablaban de películas y de vez en cuando Delicado se acariciaba el cogote donde yo había depositado mi despecho.

Por sugerencia mía, se aisló a Delicado de sus secuaces, se le tuvo a dieta y cuando pretendía descansar se le sacaba de la celda o se le mantenía bajo vigilancia para evitar que durmiera. Pese a lo cual, dos días después de ser detenido, el muchacho se presentó entero en la sala del interrogatorio y con la delicadeza que me encocoraba. En favor de su inocencia apeló al gabinete de la calle Gaztambide. Yo había adoctrinado a su personal, por lo que nadie compareció a defenderlo. Dos compañeros se ocuparon de él conforme a la clásica alternativa de asedio y remanso, chillido y susurro. En ningún momento perdió la educación. En la primera pausa, salí de mis sombras con la cuestión primordial bailándome entre los dientes: ¿Perteneces a María Santísima o a la antiespaña? Delicado me daba la espalda, bajó la cabeza como si presintiera que le tocarían de nuevo el cogote y la tentación de abatirlo se me impuso a la de averiguar la verdad. Nadie me miraba, Delicado estaba a mi merced. Elevé el pie derecho a la altura de un yudoka y lo descargué sobre su occipucio. Esperaba que reaccionase con la flexibilidad del junco, pero se me

tronchó. Su perfil chocó contra la mesa, tiró la silla y cayó al suelo de bruces. ¿Falangista o prochino?, inquirí pateándole. Estaba exánime y un hilo de sangre corría por el suelo. Del botiquín lo trasladamos al hospital de La Paz. Por fortuna para mí, el aparato comunista de abogados y plumillas no reaccionó con la celeridad de otras veces. Mis compañeros me ampararon subrayando lo aleatorio del golpe, pero los jefes me retiraron del foco de la noticia. En tan críticos momentos para la nave del Estado, con el Caudillo cascadísimo, los comunistas en alza y nuestro ministro de la policía en la presidencia del gobierno, me enviaron a tramitar el carnet de identidad por los pueblos del alfoz. Se resquebrajaban los hombres y las tierras de España mientras yo departía con los pedigüeños del carnet glasofonado.

* * *

La hipocresía izquierdista aprovecha altercados como este para pedir la luna. Pero los tribunales de orden público, a la hora de impartir justicia, no admitieron las denuncias de la teresiana y del círculo cristiano del Pozo y sí el procesamiento de Delicado por manifestación y propaganda ilegales. En tan peculiar coyuntura, cuando acontecimientos de gravedad superior desbordaban nuestra capacidad de encaje, lo pragmático hubiera sido echar tierra sobre el asunto. Pero quien debía tender la mano a la reconciliación era el delincuente, no el brazo armado de la ley. Nunca aceptó Delicado que el mal anidaba en la endeblez de su organismo, ya que de poseer una constitución física vigorosa yo no le habría causado con mi acción ni un rasguño. Él se consideraba «una víctima de la tortura franquista practicada impunemente por los esbirros policiales en sus lóbregos calabozos». En fin, la revolución es cosa de hombres, no de sucedáneos, y Delicado tenía músculos de gelatina y sesera de cemento. Por terco lo sentamos en el banquillo hasta que, viendo perdida su causa, pues iba a chuparse más cárcel que el cerrojo de su celda, se avino a pactar con el Estado de Derecho.

Unas semanas después del accidente en nuestros sótanos de Seguridad, Delicado recibió el alta médica con la perspectiva de una intervención quirúrgica dentro de unos meses y la secuela de revisiones que, entre pitos y flautas, a lo peor le ocupaban la vida durante un año o dos, nada que no pudiera soportar con ánimo constructivo un brillante opositor a cátedra como mi niño. Su percance, comparado con la fenomenal barahúnda política de nuestra amada España, era una menudencia. Con todo, a mí me interesaba él y no que un rey sustituyera a un caudillo. Desde que me dotaron de una Olivetti para desenvolverme por los pueblos del cinturón con el cuestionario de reglamento, me desconecté del tejemaneje patriótico.

Mis compañeros andaban todo el día en la calle sofocando algaradas o interviniendo conversaciones en los altos despachos; por contraste, mi tarea se reducía a cubrir las necesidades burocráticas de unos paletos. Pero de mi cabeza no se iba el ser humano al que había enviado al hospital por no aclararme si era falangista o prochino. Esa intervención mía se había instalado en mis venas como un trombo que paralizaba mi actividad. Escribía en la Olivetti, por ejemplo, el nombre de mis clientes y tenía que tirar la hoja a la papelera porque había puesto el de Delicado o la calle donde residía. Así funcionaba mi cabeza en ese tiempo.

Mientras estuvo ingresado, me acerqué a La Paz los fines de semana. Para pasar desapercibido entre sus familiares y amigos me disfracé de ecologista, pero acabé informando de mi profesión a la enfermera Crespo. Necesitaba controlar la alimentación del enfermo, sus análisis clínicos y las visitas de parientes. No parecieron exageradas mis pretensiones a quien había soportado las derivadas de asistir en la misma planta al Caudillo moribundo. Pero con pupila y mano obscenas, la enfermera Crespo me suplicó que en mi recorrido por el hospital eligiese un disfraz menos excitante. Tras un escrupuloso examen de sus dotaciones pectorales, que dejaban en mal lugar a las de Manolita, prescindí del pañuelo de scout y de las botas de montañero en mis visitas a Delicado, pero no del tapabocas ni de las gafas de sol cuando por un prurito samaritano –que la enfermera Crespo estimaba sicalíptico– le quitaba la cuña o lavaba sus genitales. Mi poca destreza y, por qué no decirlo, resabios policiales, me inducían a toqueteos indoloros de sus partes blandas. Delicado se plegaba a estos ejercicios mecánicos, incluso me pareció que rezaba. Su piedad, lejos de conmoverme, me indisponía con él, de modo que, al menos en dos ocasiones, mientras la enfermera Crespo clavaba una inyección en sus nalgas fibrosas, le pellizqué en la pantorrilla sin que de sus labios brotara un gemido.

En aquel escenario político orientado a la reconciliación de los españoles, Delicado había perdido facultades tras su percance. No conservaba memoria de los que le atendían, como la enfermera Crespo, y eso me garantizaba impunidad. La teresiana compartía esta amnesia porque en una ocasión –y en pago de aquella escandalera que armó cuando la primera detención de su chico– volqué deliberadamente un vaso de agua sobre su falda hippie. No lo pensó un segundo y, sin reparar en dónde se hallaba ni quién le causaba el estropicio, se la quitó de golpe para secarse y secarla. Tenía los muslos gordos y el culo rastrero, era la antítesis de Delicado, enjuto y larguirucho. Parecía su madre, no entendí qué hacía mi ángel con ese mamarracho, pero en aquel tiempo posterior al Caudillo y para resarcirse de su moroso tránsito al Valle de los Caídos, las parejas se

dislocaban, hombres y mujeres formaban tríos y cuartetos y desembocábamos en divorcios y mariconadas. Con caricias muy selectas insté a la enfermera Crespo a que reconviniera a la impúdica porque no íbamos a convertir el recinto sanitario en un burdel. La teresiana transigió a regañadientes después de haber invocado la libertad de manifestación para mantenerse en pelota. Al verla vestirse, Delicado expresó su decepción con abucheos y aullidos a través de la imponente máscara que cubría su cara y sólo destapaba sus ojos.

Que no se impacientara, pensé, ya le quedaría tiempo de cargar de hijos a esa culibaja. En las interminables jornadas hospitalarias, Delicado declaró a sus padres y amigos haber reflexionado en los sufrimientos de la humanidad. Aseguraba que, en cuanto saliese de La Paz, quería apurar el placer ahora que había conocido el dolor. Metódico hasta la exasperación, detallaba su agenda de compromisos en los años próximos: cursillos, conferencias, viajes... En aquel periodo convulso en el que nadie sabía lo que podía suceder dentro de unos minutos en su casa y en el país, Delicado había programado el número de sus descendientes, sus nombres, el colegio donde pensaba llevarlos y hasta su orientación universitaria. La teresiana se le adhería como si constituyera su apéndice y de antemano aceptaba lo que sobreviniese. Reventaba de orgullo cuando él, con aparatosidad sacerdotal, reiteraba urbi et orbe que se proponía con ella apurar el cáliz ¡hasta las heces! Todo, todo, todo –insistía a través de la ranura que le permitía la máscara–, todo iban a compartirlo... excepto la música de guitarra, porque ya le advirtieron los médicos de La Paz, en un dictamen del que guardo fotocopia, que con mi patada de yudoka en los sótanos de la Puerta del Sol le había dejado sordo.

Para lo que hay que oír... Desde que Delicado no captaba el sonido, la resonancia del universo se instaló en mis tímpanos alterando mi discurrir cotidiano. No podía sostener una conversación sin quejarme de los gritos de mi interlocutor, las bocinas de los automóviles me erizaban, la alada brisa del Guadarrama me soplaba como un huracán y en mi pacata existencia, pues nunca me marqué un fox trot con una churri en una sala de baile, una banda sinfónica enquistada en mi cerebro me zarandeaba con garbosos pasodobles desde que salía de mi buhardilla, hasta el punto de que constituía un espectáculo verme marcar el paso por la calle Galileo igual que un turuta en su jura de bandera. A través de su libro del debe y el haber, san Pedro me conminaba a partir de ahora a oír por mí y por Delicado, es decir, a asumir el doble del sonido que una persona soporta. Para paliar este abuso de los cielos ensayé los tapones de cera, pero como era mi cerebro el responsable de doblar la potencia, de nada me servía tabicarme las orejas. En estas circunstancias, ver desplazarse por la ciudad a Delicado sin la perturbación del ruido me revolvía las

criadillas: qué envidia ser sordo, me decía bajito para no calentarme la sesera, y más de una vez procuré lesionarme ahí donde herí a Delicado para que la fuerza bruta ejerciese su terapia. Pero como no conseguí ese beneficio, busqué la fórmula de que Delicado adquiriese de manera artificial el sentido ausente. Y no por generosidad ni arrepentimiento: Si yo había aumentado mi capacidad auditiva en la dosis exacta en que le privaba de la suya, se trataba de trasvasarle lo que me sobraba, en la creencia de que al proporcionarle audición, además de hacerle un bien, me quitaba una molestia.

Por la tara de Delicado frecuenté las tiendas especializadas en audífonos y sonotones. Pasaba las horas muertas examinando esos remedios de las deficiencias auditivas. Yo oía más de lo debido, pero fingía lo contrario para ejercer de cliente –y así continuar vigilando a mi muchachito– en los centros que él visitaba. De él aprendí gestos de incomprensión, como adelantar la cara a los labios de mi interlocutor o llevarme el índice a la oreja para advertirle de mi defecto al tiempo que me disculpaba con una sonrisa... En los establecimientos me probaba los artificios que le recomendaban los otorrinos. La teresiana le convenció de que debía usarlos, pero él voceaba que sacaba mayor rendimiento a sus oposiciones si no le distraían barullos ni charlas. La teresiana argumentaba: ¿cómo iba a entenderse entonces con el preparador y con el tribunal? En fin, qué no podrá una mujer, aunque sea culibaja... En el mejor local de Madrid, Delicado se sometió a experimentos reparadores con la misma mansedumbre con que aguantó en La Paz mis sobos y pude comprobar, desde la mesita donde una dependienta me mostraba un catálogo de ofertas y yo desplegaba mi batería de muecas, que su reacción al incrustar el aparato en su oreja después de dos años de sordera absoluta fue la de un salvaje de taparrabos que conectara por primera vez con la civilización del megáfono. El establecimiento disponía de la afelpada compañía del hilo musical. Delicado mostró su estupor ante una armonía que no estaba acostumbrado a percibir, luego se tambaleó, como si fuera a desmayarse, y al fin, lo que no le había visto hacer ni cuando le aticé la colleja ni el patadón en la testa, se echó a llorar. La teresiana volcó su boca en el aparato que le reconciliaba con el mundo. «No te asustes –le aclaró–, es Mozart.»

* * *

Mozart o la armonía de las esferas, ¿cómo se lo iba a perder? Pues el muy borrico se lo perdió... Como si hubiera tomado rabia a todo lo que entra por el oído, no volvió a escuchar música ni se le vio en un concierto. Convirtió en norma su retirada de la vida social, así que ni un recital ni un cine ni un partido de fútbol del Real Madrid. Eso me

ahorraba yo en localidades, en un momento en que mi posición económica no era boyante. La cacareada democracia, con su Constitución y toda la pesca, arrambló con nuestra vieja guardia de secretas y con una porción significativa de mis ingresos al ser apartado de las misiones de riesgo. Con mis nuevos jefes se producía una situación análoga a la de Delicado conmigo. Yo lo ignoraba todo de ellos, pero ellos sabían demasiado de mí. No hizo falta enarbolar mi hoja de servicios para orillarme. Les opuse un argumento sólido: yo ofrecía mejores prestaciones a la sociedad porque oía más que mis compañeros. Mis superiores celebraban mi tesis con carcajadas, lo que tiene su mérito en un ambiente tan eléctrico como el nuestro, pero no me echaban una mano. No descarté la jubilación anticipada que me proponían los sindicatos, pero antes debía descubrir alguna fisura en la trayectoria de Delicado que me rehabilitara ante mis jefes. Necesitaba justificar mi seguimiento y mi agresividad con él. Total, que redoblé la vigilancia sobre mi personaje, aunque un hombre como Delicado, que va de casa al trabajo y viceversa, y los domingos pasea por el barrio con su mujer y sus hijos, da poco juego. Un día que solicité para asuntos propios, me atreví a lo que hasta entonces no había ensayado: penetrar en la facultad de Filosofía y Letras de la democracia. Reconocí sin dificultad a Ramón, el bedel, aunque le habían llovido canas, me adentré en el vestíbulo sin que me abuchearan los estudiantes y pasé al aula de mi señor catedrático, donde ninguno de los cincuenta oyentes me interpeló sobre el fuero universitario. Delicado exponía la lección magistral, algunos tomaban apuntes, no nos llegaban del exterior cánticos ni palmadas. En fin, un tostón.

Dejando a mi catedrático con la palabra en la boca, escapé por la puerta trasera del aula sin saludar a Ramón, que revolvía en su mesa papeletas de examen. Reverberaba el Paraninfo, enfrente tenía la facultad de Derecho y, en medio, aquel jardín por el que en nuestra época galopaban los jinetes de color gris. Sobre ese césped acampaban ahora parejas o grupos: jovialidad y posturas indecorosas. Vencí la tentación de acercarme a la parada del autobús E –que ahora se llamaba G– y me dirigí a la facultad de Económicas por el mismo camino que seguí aquella mañana de la manifestación en que derribé a un compañero y otro me atizó más que a una estera. En la boca del terraplén me detuve y lo que consideraba un abismo se salvaba ahora con una escalinata. La civilización ponía coto al desnivel por el que yo rodé a tumba abierta. Debatí si aquella costalada se debió a deméritos míos o a una zancadilla de Delicado. Mas, ¿cómo averiguar la verdad? Mi relación con el catedrático de Metafísica de la Complutense, esa relación secreta para mí e inadvertida para él, me invalidaba para preguntarle. Imaginemos, me decía, que ante la amenaza terrorista

Delicado acudiese a nosotros. En el caso de que yo estuviera mejor situado para esta misión que otros compañeros, ¿quién tenía bemoles para nombrarme protector del que en su día envié al quirófano? Por mi mala fortuna, no existía otra posibilidad de relacionarme con Delicado que esta vergonzante.

Ahora reconozco que debiera haberme pasado a la seguridad privada. Alguna vez fantaseé con que visitaba a Delicado en su casa de Lombía, junto al Palacio de los Deportes, para exponerle la gama de servicios de mi empresa y sugerirle recomendaciones para su esposa e hijos. Ni bancos ni industrias se oponían a contratar tipos de mi calaña y habría ganado más dinero. Pero mi dependencia de Delicado me impidió dar el salto. Me equivoqué, lo tengo claro, pero en mi comportamiento no mandaba yo, sino esa obsesión que me esclavizaba desde que le vi en la parada del Paraninfo del autobús E. Mucho había llovido desde entonces, como dice el libro de san Pedro. Delicado tenía una familia y compaginaba la cátedra universitaria de Metafísica con unas reuniones en el Ministerio de Justicia de la calle de San Bernardo que pudieran depararle un cargo. Mis criadillas acogieron sin bailoteos este rumor que, de confirmarse, valoraría, en mi opinión, la alta capacidad de intriga de la teresiana. Aquella tarde en que esperaba su salida del Ministerio en una cafetería de la calle del Pez con un cubata de ron, experimenté un sobresalto equiparable a cuando me encharqué los cojones en la taberna de la calle de los Abades. Y es que me había pasado la existencia especulando sobre si Delicado era falangista o prochino y bien cerca tenía la orientación política de mi protegido, que si recibía alguna prebenda en el Ministerio de Justicia coronaría una carrera ejemplar de demócrata cristiano. Sólo por esta adscripción entendía su elección de la teresiana para madre de sus hijos y la santa paciencia con que soportó mis manoseos en el hospital de La Paz. Pero a veces, como en este caso, lo obvio es lo más difícil de ver.

Sediento de verdades tajantes, a la mañana siguiente, después de dejarle en la estación del metro de Argüelles, rumbo a su cátedra de la facultad, me dirigí al Pozo del Tío Raimundo. No encontré la línea de camioneta, que había sido sustituida por el transporte municipal. Hice el trayecto en un suspiro y sin identificar el paisaje. El Pozo, ese badén de lodo del que emergían una iglesia, una taberna y las casas encaladas, era en la actualidad un barrio urbanizado de altos edificios. No tenía sentido preguntar allí por los antecedentes cristianos de Delicado porque aquellos vestigios en los que se sazonaba mi duda se los había tragado el tiempo. En el transporte que me devolvía a la glorieta de Atocha tuve la sensación de resucitar a un difunto. La alegría de los jardines del Paraninfo o la colmena de viviendas del Pozo no encajaba en mis rememoraciones ni las alentaba. El actual

paisaje de paz se resistía a recordarme humos, barro o terraplenes y también dejaba sin sentido palabras como prochino o falangista. El Delicado que trotaba por abismos o se encerraba en iglesias estaba enterrado, lo mismo que el Caudillo, el presidente y todos mis ministros de Gobernación. Mas, si aquellos años y estos eran incomunicables, ¿por qué me empeñaba en lo contrario a costa de mi empleo y mi tranquilidad? ¿O es que no tenía otra cosa que hacer en la vida y si me privaba de ella era como cuando Delicado apagaba el sonotone para sumergirse en el silencio?

Especulé con que nombraran a mi meapilas director general de asuntos eclesiásticos, pero el cargo tuvo otro cariz. Desde entonces le protegimos, lo que me complicó el seguimiento de su persona. Mis compañeros estaban con él los días laborables –de casa al despacho en coche oficial, ida y vuelta, con comidas de trabajo a mediodía– y sólo me lo dejaban libre, si el ministro no se lo llevaba de viaje, los fines de semana, justo cuando yo quedaba exonerado de entregar carnets de identidad, así que me acercaba en metro desde la estación de San Bernardo a la de Goya y en la plaza de Dalí lo veía paseando con los dos mayores. La teresiana aparecía al rato con las dos pequeñitas y en los días templados se sentaban los seis en alguna terraza a tomar el aperitivo. Me admiraba su voluntad de anonimato cuando otros con menos martirio alardean de medallas. Se le encomendó la puesta en órbita de uno de los organismos más prestigiosos de la democracia, el Laboratorio contra la Tortura. Asistí a la toma de posesión y ahí escuché las palabras admonitorias que cito al principio de estos papeles. Con el aguijón de sus ojos parecía localizarme cuando dijo aquello de que cada cual arrastra de por vida las consecuencias de sus acciones. ¿Era un mensaje al tipo que le desgració en la Dirección General de Seguridad? Ninguno de los que le aplaudieron aquella tarde –esa fauna de antiguos melenudos ahora con tripita cervecera, esa fauna de damas venerables que extraviaron en ensoñaciones su juventud–, sabía mi aportación a su éxito. Que nadie me menospreciase porque, ¿existiría el torturado sin su verdugo? El propio agasajado pareció admitir esta posibilidad cuando, al terminar su discurso, humilló la cabeza al cariño de su auditorio, como si deseara sentir de nuevo mi mano o mi pie sobre su cogote. «La democracia nos separa –me conmoví–, pero nos necesitamos.»

* * *

Encajonada entre la avenida de la Ilustración y el arbolado del Parque Norte, la calle Antonio López Aguado es una fugada del barrio del Pilar que desde la avenida del arzobispo Morcillo baja en pendiente hasta la calle de Finisterre. El coche oficial de Delicado la

cruzó detrás del autobús 83, que se detuvo en las dos paradas establecidas, una al principio de la calle y otra, a su final, enfrente del edificio donde en un piso de alquiler se instalaba con humildad manifiesta el Laboratorio contra la Tortura. Arrancó el autobús y el coche de Delicado trató de aparcar, demora suficiente para que, al privarse de la cobertura del autobús, que continuó su ruta virando a la calle Finisterre, los terroristas vascos lo ametrallaran a placer. El chófer y el escolta fallecieron en el acto; sólo Delicado, que viajaba en el asiento trasero, quedó con vida. Lo extrajeron del coche, que desnortado se encaramó a la acera, y se lo llevaron al hospital más próximo, que era el mismo donde fue a parar tras mi interrogatorio. Ingresó sin pulso y después de seis horas de quirófano se le pasó a la zona de cuidados intensivos donde trabajaba la enfermera Crespo. Me enteré mientras almorzaba unas lentejas en mi buhardilla de la calle Galileo, al ver en televisión a la teresiana gordinflona trepando por las escaleras del centro sanitario. Del estupor pasé al abatimiento porque me quitaban la ocupación de los veinte años últimos. De tener a Delicado bajo mi vigilancia, ¿se habría cometido este atentado? Es un reproche que desvío a mis superiores. Mi instinto de policía, adormecido en el limbo de la periferia madrileña, se reavivó: no terminé las lentejas, atrapé la cámara y un bigote verbenero y tomé un taxi a La Paz. Temí que hubieran acordonado el edificio, pero no pasé ningún control y subí a la planta de la enfermera Crespo. Estaba demacrada y al abrazarme aprecié que había perdido un pecho. Me confesó que la radiaban.

También me dijo la enfermera Crespo que lo de Delicado tenía tan mala pinta que preguntaron a la teresiana si quería mantener a su marido intubado o lo dejaba morir. La teresiana no quiso ensañarse con el director del Laboratorio contra la Tortura y se retiró a su domicilio de la calle Lombía sin hablar con los periodistas. Le preocupaba la reacción de sus cuatro niños al no volver a ver a su padre. Bajo la supervisión de la enfermera Crespo, me adosé el bigote y cambié de calzado para entrar en el área de los agonizantes. Delicado yacía en una penumbra que apenas me permitía retratarlo con la cámara a través del cristal que nos separaba. No obstante enchufé y así advertí que, a consecuencia del accidente o de su estancia en el hospital, no tenía el aparato auditivo en su oreja. Delicado se iba al otro barrio sin enterarse de lo que el mundo tramaba a su alrededor. No hacía falta ser médico para dictaminar que se hallaba en las últimas. Cada cierto tiempo, una respiración que parecía ahogarlo alzaba su pecho. Me puse en su piel: ¿protestaría ante el libro de san Pedro de que no le dieran más cuerda para terminar todo lo que planificó? Mis criadillas repicaron cuando se me ocurrió que Delicado desearía poner cara al individuo que tan

decisivamente había invadido su existencia. Mi evocación debió de espolearlo porque intentó incorporarse de la cama y buscarme por las cuatro esquinas del mapa. Estaba desnudo y presentí en ese gesto el final. Una vez más, nuestra compenetración fue absoluta y murió sin conocerme. Inmediatamente, médicos y enfermeras revolotearon en torno al cadáver. Yo me retiré después de apagar la cámara. Andaba por los pasillos de La Paz como si me hubiesen extirpado medio cuerpo, pero aliviado de tener información privilegiada.

Me despedí de la enfermera Crespo y salí del hospital de La Paz. Bajando por el parque Norte, llegué a donde ametrallaron a Delicado. La calle Antonio López Aguado, un arquitecto de la España del siglo XVIII, estaba tranquila. El autobús 83 pasaba nutrido de viajeros por el escenario del crimen. Un poco más arriba de donde se perpetró la canallada, avisté una cafetería de nombre peruano. Ante una exquisitez del señor Mahou –cerveza fresquita y amarga–, decidí dar carpetazo a mi investigación sobre Delicado. Pero había tres maneras de rematar el caso.

La primera consistía en tomar el autobús 83 en la misma parada donde se apostaron los asesinos y apearme en Moncloa para conversar con el responsable de la oficina falangista de la calle Gaztambide. Desde que me desterraron al Pozo del Tío Raimundo no había vuelto por allí y ahora caía en la cuenta de que había pasado suficiente tiempo como para que aquella dependencia hubiese corrido el destino del periodo histórico al que pertenecía. De ser así, como era probable, había perdido un testigo para reconstruir la connivencia con la prensa del Movimiento del joven demócrata cristiano que, mientras exhortaba en las asambleas de la facultad a derrocar el Régimen, lo apuntalaba con editoriales sobre las tierras de pan llevar. Quizá desde la calle Gaztambide me enviaran a la oficina que heredaba los papeles de la antigua y en la que podía agenciarme una factura con la cantidad que le abonaban por sus artículos. Si no encontraba nada que atestiguase su pasado corrupto, me rendiría. Pero lo poco que hubiera lo guardaría en los archivos de la Brigada... Y no me olvidaría de recordar a mis superiores la lista de publicaciones democráticas que se desvivirían por difundir los antecedentes oscuros de un político ejemplar.

En el barrio de Argüelles terminaba una línea de metro que en su día me unió con la estación de Lavapiés. En mi mano estaba repetir ese recorrido si optaba por cerrar el caso de Delicado sin pasar por la oficina de Gaztambide. Iría en metro a la plaza de Lavapiés y por las calles de Tribulete y de Mesón de Paredes me veía desembocando en la de los Abades. Allí buscaba el número 3, subía al primer piso y pronunciaba ante quien me atendiera el nombre y los dos apellidos del catedrático asesinado. Si la vivienda continuaba dedicada al mismo

uso, ¿habría alguien capaz de relacionar la nueva víctima del terrorismo con aquel estudiante de Filosofía y Letras que estuvo en esa casa de huéspedes hace veinte años y que, detenido una noche, fue rehabilitado al día siguiente gracias a la enamorada del piso de arriba que daba aire a la vietnamita con el garbo de una churrera? Tenía el pálpito de que, si no en esa calle de los Abades, en la paralela calle del Oso existía la persona capaz de identificarlo. Pensaba concretamente en la mujer que me saltó a la vista cuando buscaba a Manolita por las cuatro esquinas del barrio de Cascorro, esa mujer que no tenía densidad corpórea sino esencia química, la que del abigarrado santoral femenino sólo consideraba inteligible su nombre de Blandina. Mi corazonada de que Delicado tuvo con ella su primera experiencia carnal me instaría a recabar de aquella entelequia, interesadamente amnésica si no retribuía sus confesiones, los detalles de esa sexualidad primeriza que tanto apetecen cuando el protagonista blasona de honesto. ¡Carnaza, pues, para el husmeador de honras y virgos, que también teníamos en la Brigada sibaritas de ese plato!

La tercera opción para liquidar este caso no buscaba desacreditar a mi protegido y reivindicarme ante mis superiores, sino sacar la máxima rentabilidad a la película de sus últimos momentos. Hubiera podido subastarla entre los periódicos intachables, pero mayor satisfacción me daba ser decente. Me imaginé en el despacho de la vivienda luctuosa de la calle Lombía, aspirando el perfume del padre de familia y con un lejano murmullo de niños. Ante mí comparecía la viuda, marcada por un dolor que no aplacaría la más refinada venganza contra el causante de su aflicción. En los últimos veinte años, ella y yo nos habíamos ocupado del mismo hombre desde trincheras contrarias. No pretendía alcanzar con ella la compenetración que tuve con su esposo porque no lo permitía nuestro modesto inventario de coincidencias –aquella limosna recibida en la calle de los Abades y el vaso de agua que arrojé a su falda en el hospital de La Paz–. Mas la muerte de Delicado no clausuraba nuestra historia. Con desigual fortuna la teresiana y yo habíamos cerrado las reivindicaciones clásicas, pero no las heridas personales, esas que no cambian el mundo pero sí tu vida porque una memoria ansiosa de acaparar pormenores las encona con su revisión exacerbada. En el rostro inconsolable de la teresiana advertí que acababa de entrar en el infierno donde yo llevaba tiempo instalado y ese orgullo de traer a mi terreno a quien te descalificaba éticamente me compensaba de los desdenes de los míos. En ese territorio de la desesperación absoluta en que no hay salida ni retroceso, tenía clara mi victoria sobre el permanente chantaje de su esposo. Porque al entregarle mi testimonio sobre la agonía y muerte de su marido, estaba seguro de percibir, en el inevitable roce con su piel, su desconfianza en la especie humana.

Terminal

«En la madrugada del viernes primero de agosto, el compositor Alejandro Blázquez falleció en Madrid, barrio de Prosperidad, en su domicilio de la calle Vinaroz, próximo al Auditorio Nacional de Música, donde está previsto que su Divertimento para guitarra, percusión y metales inaugure el viernes 17 de octubre la temporada de abono 2008-2009 de la Orquesta Nacional de España (ONE), en programa compartido con Saint Saëns y Grieg...»

Goya Martínez, del gabinete de prensa del Ministerio de Cultura, redactó esa nota con los datos que le proporcionó el trompeta jubilado de la Orquesta Nacional de España Vitín Lanuza, que era amigo del fallecido. En la mañana del viernes primero de agosto del año 2008, Goya Martínez volvió de sus vacaciones reglamentarias en el mediterráneo ibicenco y no hacía un minuto que se había sentado a su mesa cuando el impaciente Lanuza telefoneó: «¿Está abierto el Ministerio? –interrogó malicioso–, ¿queda alguien en la capital de la gloria?» Con el auricular del teléfono entre la oreja y el hombro, el bolígrafo en una mano y ajustándose con la otra el tirante de la camiseta, Goya entendió mal lo que le contaba Lanuza –¡hablar de un muerto cuando fuera de aquella Casa de las Siete Chimeneas estallaba la vida!– o el felón de Lanuza intentó confundirla para corroborar esa maledicencia inventada por él que corría de mesa en mesa en el café Gijón: «El Ministerio lo ignora todo y si sabe algo se equivoca.» De cuanto le transmitió el rencoroso Lanuza, la memoria de Goya Martínez retuvo un antecedente formal: «Bécquer murió en Madrid, barrio de Salamanca.» Esta referencia, que la ciencia periodística desecha por literaria, es más cierta que la información aportada por el abyecto Lanuza sobre la fecha, la hora y el lugar del fallecimiento de su amigo. Porque Blázquez había muerto en un hospital de Madrid, y no en su casa, en la noche del jueves 31 de julio y no al día siguiente. El jefe de Goya, Bonifacio Salcedo, que supo la muerte de Blázquez antes que Lanuza, tenía la obligación de corregir este desliz, pero no quiso perder la primicia: había que insertar la necrológica en la red y difundirla en televisiones, emisoras de radio y diarios de pago y gratuitos. «A toda máquina –apremió Salcedo a Goya–, antes de que nos achicharremos en este horno.»

Mientras Goya Martínez desplegaba una actividad desusada para un primero de agosto –o, en su caso, no nos engañemos, para cualquier laborable del año–, Bonifacio Salcedo contemplaba desde la ventana de su despacho, a la manera de un general el desfile de sus tropas, el mínimo movimiento de la plaza del Rey. Le habían faltado dos meses para burlar las leyes de la vida y los caprichos de la Providencia y ofrecer el estreno mundial del Divertimento de

Alejandro Blázquez como un homenaje al compositor octogenario. Ahora el acto de gloria se convertía en póstumo y ni el más avieso representante de la oposición derechista –por no mencionar al esquinado de Lanuza– podía reprochar a Salcedo imprevisión o incuria: encargó la dirección de la orquesta a su titular, que designó entre los profesores de la plantilla a los solistas de la pieza, todos plegados de antemano al criterio del maestro y admiradores de su obra. El historial de disputas de Blázquez con las autoridades políticas, con rupturas de lo acordado y pactos al límite, aconsejaba estas precauciones con los intérpretes de la partitura, pero no afectó a la negociación del contrato que, por la decadencia física del maestro, ahogado por una tos perpetua, prescindió de aportaciones picajosas. Es cierto también que, con el paso de los años, la intransigencia de Blázquez había cedido y ahora se reía al escuchar anécdotas del cascarrabias que fue. Por ejemplo, cuando prohibió la grabación de su obra camerística al Cuarteto de Madrid, si la compañía discográfica no suprimía los requisitos de la letra pequeña. O, la más sonada, la suspensión de la gira americana de la compañía de zarzuela Nuestra Natacha, de la que era máximo responsable, que de Argentina retornó a España sin pasar por Chile y Uruguay, como estaba convenido. Nunca se supo por qué lo hizo Blázquez, ocasionando perjuicios salariales al elenco y un incidente diplomático. Cuando las elucubraciones se agotaron, el ministro del gobierno anterior le emplazó a responder y Blázquez le colgó el teléfono en presencia del primer concertino de la Nacional con una frase estupenda para arrancar un pasodoble: «Ese bribón no me torea.»

Debía haber pronunciado esas palabras la parte agraviada y no quien armó el follón, pero el hecho de que la administración ganadora de las elecciones, políticamente opuesta a la anterior, olvidara lo sucedido, tendiera puentes con el músico y éste se dejase querer, dio alas al artífice del acercamiento, no otro que Bonifacio Salcedo, para presentarse en el domicilio del compositor a primera hora de una mañana de mayo sin haberlo consultado con el ministro ni anunciarse previamente. Eugenia, la criada de Blázquez, abrió la puerta, y cuando Salcedo se introdujo en la gruta del Fingal, la emoción le borró el discurso preparado. «No es urgente», repetía tímido y, a la vez, eufórico de estar a un palmo de donde desayunaba el autor de la ópera exótica La estrella de Corinto. A la manera del corredor de la maratón, Salcedo añadió, sin aliento: «No es oficial». Eugenia entró con el recado en el dormitorio y de ahí salió la réplica del compositor: «No son horas», que Eugenia transformó en el vestíbulo en: «Tiene mucha tos». Quince segundos pasaron, cada uno más largo que un siglo, sin que el maestro respaldara ni con un carraspeo la mentira

piadosa de su sirvienta. Bonifacio Salcedo dio a Eugenia una tarjeta con su dirección y teléfono y subrayó la palabra barítono que escoltaba su nombre y apellidos. Luego, suplicó el minuto de gracia de los condenados a muerte. Eugenia ni otorgó ni negó, entornó la puerta del piso, vio que Salcedo inflaba el pecho, que en muda dedicatoria levantaba la mano derecha hacia la habitación de Blázquez y que su garganta modulaba: do-mi-sol-do /do-sol-mi-do. Remató su actuación con un calderón modesto y aguardó el veredicto del sabio. ¿Se caería de aplausos el ático, la calle Vinaroz, el barrio de Prosperidad? «No son horas», repitió el compositor desde la cama, en el tono con que se reprueba su melopea a un borracho. Pero Bonifacio Salcedo –¡juventud, egolatría!–, no apreció repulsa en las palabras de su mentor, sino la preocupación, verdaderamente paternal, de que desgastase la voz tan temprano en una cascada de arpegios. Y aquella mañana de mayo, Salcedo, aunque no estrechó la mano del maestro ni le vio la cara, regresó feliz al Ministerio, como recordaba hoy, en este primer día de su vida sin Blázquez, mientras miraba desde su despacho el universo de la plaza del Rey.

Cinco años llevaba Eugenia en el ático de la calle Vinaroz –vestíbulo, dos dormitorios, saloncito, cocina y un desván habilitado para el piano– y no necesitó instrucciones para aprender al vuelo las manías de su jefe: lo despertaba con el desayuno, le calentaba la bañera, le cambiaba la muda y cuando a media mañana lo veía encerrarse en la habitación del piano, convenientemente acondicionada para no molestar a los vecinos, descolgaba el teléfono, prendía en la puerta del piso el aviso de «ausente» y salía a hacer la compra en las tiendas de la zona –por las inmediaciones de Sánchez Pacheco, rara vez en el mercado de López de Hoyos–, de modo que si algún atolondrado como Salcedo desobedecía la indicación del letrerito y con ansia de saludar al compositor llamaba al timbre, se le podía dormir el dedo de pulsarlo porque nadie le iba a atender. Eugenia tenía cincuenta y cinco años, estaba contenta con el trabajo y con su jefe y sólo se quejaba de que en presencia del maestro no se permitiera otro sonido que el del piano. Por eso no había en aquel piso televisión ni radio. Su sobrina Marilén le había comprado un transistor en los decomisos de la calle Arenal y Eugenia, al quedarse sola, lo encendía con el dial en la onda media de la cadena Ser. Esto ocurría después del almuerzo, cuando Blázquez, que había perdido a su esposa hace tiempo y recientemente a su única hija, soltera, en un accidente de automóvil, se permitía una disipación en su monótona existencia de octogenario: levantaba los manteles mientras Eugenia, en la cocina, aún estaba con el postre y, sin echarse la siesta ni reposar la comida, se colocaba la chaqueta de fantasía y la pajarita de lunares,

tomaba el borsalino y, tras cerciorarse del dinero de mano, de las llaves y de la documentación, se dirigía por Vinaroz a la calle Pradillo y de ahí a la avenida del Príncipe de Vergara, montaba en el autobús 52 hasta la plaza de la Cibeles y por la acera de los impares del Paseo de Recoletos llegaba al café Gijón, donde tenía tertulia con cuatro músicos jubilados de la Orquesta Nacional: los violas Amadeo Requinto y Josechu Bazterrica, el clarinetista Pablo Ansorena y el trompeta Vitín Lanuza, ese malévolo Lanuza que, en su afán de desacreditar al Ministerio de Cultura, plagó de errores el comunicado de Goya Martínez sobre la muerte de Blázquez.

Blázquez volvía a media tarde del Gijón, colgaba el borsalino del perchero y la chaqueta de fantasía del galán de noche, se desprendía de la pajarita, revisaba lo que hubiera de correo, comentaba con Eugenia la actualidad y picaba algo de cena. Pronto le atrapaba el sueño, se retiraba al dormitorio y ya no daba señales de vida hasta la mañana siguiente, cuando Eugenia le despertaba con el desayuno y tornaba a girar la ruleta de la existencia, como dijo a Eugenia el viola jubilado Amadeo Requinto desde la zona de urgencias del hospital donde Blázquez luchaba con la muerte. Con su móvil, Requinto informó de la desgracia al domicilio de la calle Vinaroz a la hora aproximada en que Blázquez regresaba de la tertulia del Gijón. Eugenia recordó que Blázquez llevaba dos o tres días desasosegado y olvidadizo y había que ayudarle a encajar la manga de la chaqueta en el brazo, pero ella relacionaba esos desajustes con el estreno del Divertimento y no con un descalabro arterial. Requinto expuso que Blázquez había llegado al café a la hora española del reposo –es decir, la siesta– y que cuando comentaba su viaje en el autobús 52 desde la parada de la Plaza de Cataluña, perdió el habla, giró la cabeza y golpeó con la frente en el mármol de la mesa, arrastrando tazas, platos y cucharillas. La tertulia se ubicaba en el lateral izquierdo del café, según se mira desde la barra, más cerca del fondo que de los aseos, y enseguida acudieron clientes y el personal del establecimiento. En la mesa que antaño ocupó Gerardo Diego con otros poetas, había un médico que, tras un vistazo al desvanecido, urgió a ingresarlo en la Princesa o el Gregorio Marañón. Sin esperar a una ambulancia, Lanuza y Ansorena lo tumbaron en el asiento trasero de un taxi y en otro les siguieron los violas Requinto y Bazterrica. Los cuatro, tan carcamales como Blázquez, acongojados por esta insolencia del destino. En la antigua mesa de los poetas, el médico conversaba con los que le demandaban un diagnóstico, un sosiego, una esperanza. El camarero Bárcena se apenó cuando le oyó decir: «Será un milagro que llegue vivo al hospital. De aquí salió muerto». Al hablar con Eugenia, Requinto no ocultó la gravedad del compositor, pero puntualizó que

las urgencias del hospital habían recibido un ser vivo, no un cadáver. Mas si en vez de Amadeo Requinto, tan amigo de la facundia como de la meticulosidad informativa, hubiese estado al teléfono el anarquista de Lanuza, ya habría trastocado el mensaje para embrollar al gabinete de prensa del Ministerio de Cultura –estuviese o no Goya Martínez– y desprestigiar así al gobierno socialista y al Rey de España.

Terminó de hablar con Requinto y Eugenia se sentó en la cocina. Era la zona más fresca de la casa, en el transistor enumeraban las autopistas atascadas por los vehículos de los que iniciaban sus vacaciones y Eugenia imaginó a Blázquez agonizando en una camilla bajo una claraboya, entre monjas, enfermeras y los poderosos cirujanos que pinchan y cortan. Porque estaba como un flan, recurrió a su sobrina Marilén, que trabajaba de cajera en Alcampo de La Vaguada y en agosto empezaba sus vacaciones, aunque no iba a salir de Madrid por falta de dinero. Con voz neutra para no presionar con su interés, la invitó a hacerle compañía, pero Marilén se proponía festejar su último día laborable con los compañeros y prometió ir mañana, cuando se despertase. «Para entonces el señor habrá muerto», murmuró Eugenia mientras el transistor ponderaba las aglomeraciones de público en aeropuertos y estaciones de autobús y tren. Clavó la vista en la fecha del calendario de pared –31 de julio, jueves– que ponía fin al periodo más venturoso de su vida laboral. Pero, ¿y si Blázquez se recuperaba de esta y tosía de nuevo cuando ella entrase en el dormitorio a despertarle con la bandeja del desayuno? Pues que rodaría otra vez la ruleta de la existencia, como había dicho el amanerado de Requinto, y quizá ese sesgo fuese más desfavorable para Eugenia que la pérdida de su colocación, porque a partir de entonces tendría a Blázquez todo el día en casa, con lo que se le habría acabado el respiro del transistor cuando él se marchaba a la tertulia, y no sólo debería ocuparse, como ahora, de la compra y la limpieza, sino del seguimiento minucioso de sus numerosos achaques –tensión, glucosa, bronquios, colesterol–, y todas las mañanas tendría que suministrarle con el desayuno la ración de pastillas y el sorbo de jarabe hasta que llegara el día en que Blázquez no contestase a su saludo matinal y eso significaría que ella había dejado de ser la criada y la enfermera de ese hombre del que Eugenia destacaba ahora –con la memoria conmovida por la tragedia de su accidente–, su inquietud extrema y su tos rabiosa de la última semana, como si el aviso de muerte que acababa de efectuarse sobre la mesa del Gijón, y que él debió de intuir días antes en algún fallo de su organismo del que no dio cuenta, le hubiese pillado con la maleta a medio hacer y considerase impropio largarse de esta vida sin depurar, por ejemplo, sus dañados bronquios, porque si el día señalado para su ascenso al

Parnaso tomaba asiento en el Auditorio en tan malas condiciones físicas, iba a ser con su tos de perro el primer reventador de su estreno mundial absoluto.

«¿Quién piensa ahora en el estreno?», deploró el clarinetista Ansorena en el pabellón de urgencias. Era el más abatido de los cuatro contertulios del Gijón que habían trasladado a Blázquez al hospital. El intrigante Lanuza, impaciente de que los médicos no informasen, asediaba a los sanitarios que aparecían por allí, y su nerviosismo irritó al viola Bazterrica, que optó por salir a la calle para no calentarse la sangre y pegarle un mamporro al tontarra del trompeta, como dijo. Su compañero de atril, Requinto, el informador de Eugenia, tenía abierto un Abc por la sección de esquelas y copiaba el modelo en la trasera de una hoja del cuaderno de música. Primero apuntó el nombre y los dos apellidos del hospitalizado, dejó en blanco el renglón de la fecha del óbito y consignó las tres iniciales latinas del descanse en paz. Venía ahora la mención a los deudos y miró a su alrededor como si echara de menos lo que no existía. Blázquez nunca hablaba de hijos, hermanos y otros parientes, así que lo más próximo a él era la criada que le atendió al teléfono. «Su fiel sirvienta», escribió Requinto y Lanuza criticó esa inclusión. «¿Tampoco ponemos a las autoridades del Auditorio y del Ministerio?», se extrañó Requinto. «Que paguen su esquela», mantuvo Lanuza manoseando el borsalino de Blázquez. Una sirena de ambulancia taladró el espacio, circuló con velocidad la camilla de un accidentado de tráfico y Bazterrica regresó al grupo de compañeros con el recuerdo de la hija de Blázquez, muerta en choque de carretera. El cabizbajo Ansorena levantó la mirada del suelo: «La pobre no tuvo culpa», y Lanuza reaccionó con aspereza: «Díselo ahora a ella y a su padre, anda díselo a ver de qué le sirve». En la sala, algunos giraron la cabeza porque parecía armada la bronca y no, era la forma de expresarse de Lanuza. «A este Lanuza –susurró el viola Bazterrica al clarinetista Ansorena– sus padres le pusieron la trompeta de chupete, porque cuando habla, ladra.» Lanuza exigió figurar en la esquela entre los amigos del difunto, y como Requinto se lo reprochase –«¿Tú sí y la criada no?»–, se caló el borsalino de Blázquez y se marchó despotricando. Ansorena y Bazterrica fueron a tomar algo a la cafetería del hospital mientras Requinto permanecía de guardia. Volvió el airado Lanuza y criticó que Requinto hubiera incluido a todos en la esquela: sirvienta, amigos, ministro, la dirección del Auditorio... Cerró el cuaderno Requinto con suma paciencia y entregó una nota en la ventanilla de admisión: «He dicho que cuando Blázquez salga del quirófano, avisen a su criada», explicó a Lanuza mientras lo arrastraba a la cafetería.

«No se acordará de mí», adelantó Eugenia con la voz más solemne de su repertorio. Había arrimado a la mesa del teléfono el silloncito que Blázquez ocupaba al regresar del Gijón y con el transistor encendido para darse compañía consultó los nombres escritos con letra convulsa en el listín de pastas marrones que colgaba de la pared. Desconocidos en su mayoría porque el maestro no recibía en casa, ya que su vida social era su tertulia del café Gijón, muchos estarían en el otro mundo o, en el mejor de los casos, en silla de ruedas. Eugenia examinaba aquel listado sin olvidarse del día de mañana: si moría Blázquez y ella tenía que abandonar el piso y no encontraba colocación en Madrid, era su sobrina Marilén su único refugio y Eugenia no estaba segura de que la chica, celosa de su libertad, la alojase de buen grado. Inesperadamente, entre las hojas del listín apareció el papel con las señas del joven del Ministerio que una mañana cantó en el vestíbulo de casa. Eugenia se preguntó si convenía avisar a un hombre al que Blázquez no quiso recibir. Pero ella no estaba para cerrarse puertas, en cualquiera de ellas podía encontrar trabajo. «Claro que me acuerdo de usted», repuso Bonifacio Salcedo, y en su voz de barítono asomó la inquietud que Eugenia confirmó. Durante un rato Eugenia refirió la desgracia de su señor a un pozo, a una sima, a un sótano lóbrego y hondísimo que no daba señales de recibir su mensaje. Pero cuando calló, aquella voz sumergida saltó a la superficie con dos cuestiones: en qué hospital estaba internado Blázquez y si había parte médico. Eugenia le remitió a los contertulios del café Gijón. Salcedo se atribuyó el mando de la crisis y rogó a Eugenia que no se alejase del teléfono. «Si Marilén estuviera conmigo esta noche –calculó Eugenia–, nos turnaríamos.» Salcedo comenzó a mover la garganta con la modulación: do-mi-sol-do, que entonó aquel día de mayo ante Blázquez y Eugenia elevó la potencia del transistor por si repetía el ejercicio.

«Si estuvieseis en la piel de Blázquez...» La interpelación del insidioso Lanuza no encontraba seguidores: Ansorena mantenía la vista baja, Requinto corregía la esquela y Bazterrica paseaba de uno a otro extremo de la cafetería. Estaba el local sin un alma, con las camareras barriendo y levantando las sillas sobre las mesas, echado ya el cierre, como les habían advertido cuando entraron, que podían sentarse pero que no iban a servirles... «Si estuvieseis en la piel, no de Blázquez», rectificó Vitín Lanuza, «sino en la del amigo más amigo de Blázquez»– y aquí el taimado Lanuza zarandeó por el hombro a Pablo Ansorena con lo que parecía señalarle como tal, pero Ansorena le retiró con brusquedad la mano–, «y os consultaran si preferíais verlo hecho un vegetal, pero vivo, o de cuerpo presente...» Destocándose el borsalino de Blázquez, Lanuza miró al viola Requinto y al clarinetista

Ansorena, los dos en silencio, y miró a Bazterrica que, después de recorrer las cuatro esquinas de la cafetería del hospital, llegaba con ganas de pelea. «Yo no me planteo eso», empezó diciendo Ansorena como si saliera del sepulcro donde le postró su abatimiento. «Yo lo que me planteo en el mismo edificio donde mi amigo se muere es si tiene oportunidad de escuchar nuestra conversación.» Y aquí Ansorena perdió cortedad y su voz adoptó la pujanza del clarinete en el Rondó del Concierto 622 de Mozart. «Y como lo más probable es que Blázquez no nos escuche, tenemos la gran suerte de que no se revuelva en el lecho de muerte y nos descalifique por lo que estamos diciendo o pensando de él, porque mientras él está luchando por su vida, y a estas alturas importa poco si va a quedar como un vegetal o un gusano –dijo mirando a Lanuza–, nosotros somos tan canallas que estamos especulando sobre su suerte como unos bingueros de mierda, de tal modo que si al maestro Blázquez le dieran la oportunidad de oírnos y nos oyera, estaría encantado de perdernos de vista, porque vaya panda de indeseables que somos, tú, Vitín Lanuza, encizañando todo el santo día, y lo mismo digo de ti, Amadeo Requinto y tu esquela, que sólo te falta jugar al uno equis dos con el futuro de nuestro amigo y admitir apuestas, ¿te gustaría que te despidiésemos de este mundo como tú estás haciendo con Blázquez?»

* * *

Sin moverse del silloncito junto al teléfono, como le pidió Salcedo, Eugenia recordó la muerte de sus padres. Cuando su madre, ella era tan chica que ni se enteró, y cuando falleció su padre se habían emancipado sus hermanas, por lo que le tocó la ceremonia completa. Pero hacía años de aquello y habían cambiado las costumbres, incluso en su pueblo no se lavaba ni se vestía al muerto en casa, con la eterna consulta de si se le ponía el mejor traje o el más gastado, ahora la gente se moría en el hospital y el cadáver iba desnudo a la fosa o al crematorio, aunque previamente se le adecentaba de las lacras con que se despedía de la vida y esas maniobras estéticas corrían a cargo de los empleados de la funeraria, unos profesionales que perfumaban y maquillaban al difunto, coloreándole labios y pómulos como si fuese a interpretar una película... El transistor informaba de los desplazamientos circulatorios de la población en el día final de julio y Eugenia se representaba la agonía del compositor, con enfermeras y monjas atentas a su último suspiro, cuando el teléfono del hospital le comunicó que todo había terminado de una manera parecida a como se lo imaginaba, con la advertencia de que el cadáver reposaba en la zona de velatorios, a la que ella y los suyos tendrían acceso mañana, no antes. Pasaban unos minutos de las once de la noche y con alivio

observó Eugenia que ahora tampoco se velaba al muerto en su domicilio, con rezo del rosario, jícaras de chocolate y pasteles. Trajín que se evitaba. Apagó el transistor, buscó un bolígrafo para apuntar el nombre del hospital y los certificados que debía llevar y una vez cumplidos estos requisitos, en el muy impresionante silencio que sepultaba el ático de Blázquez y la calle Vinaroz y las cuatro esquinas del barrio de Prosperidad, bajó la persiana del dormitorio del que fue su señor, cerró la ventana que estaba abierta al calor del verano e inmediatamente se dijo que si ya no volvía a hacer esa cama ni a traer el desayuno a ese cuarto, le urgía deliberar con Marilén sobre su futuro.

«En la generación de músicos de la República, Blázquez encarna la convivencia del populismo y la vanguardia.» Salcedo escribía el obituario del maestro antes de conocer su muerte. Estaba solo, su mujer y la pitusa veraneaban en el chalet de Alpedrete, a media hora de autopista si no había retenciones. Dejó de escribir, hizo gárgaras en el aseo y cuando sonó el teléfono y miró el reloj –las 23.10– intuyó la naturaleza de la llamada. «No se acordará de mí», repitió la voz femenina. «¿Ya?», se impacientó Salcedo. «Eso me han dicho en el hospital –aseguró Eugenia–, que el señor acaba de morir.» En una pausa que Eugenia interpretó de homenaje al difunto, Salcedo confeccionó mentalmente el calendario del fin de semana luctuoso: mañana, viernes primero de agosto, capilla ardiente, sábado 2 de agosto, entierro y, a mediodía, ¡a la Sierra! «Lo primero ha sido llamarle a usted», añadió Eugenia. Salcedo pensó que, de terminar pronto el artículo, podría gestionar su publicación esta misma noche y armar mañana el duelo oficial. «Quedamos en que le informaría –continuó Eugenia–, aunque no son horas y por nada del mundo quiero molestarle». Salcedo carraspeó y por inercia moduló el arpegio do-mi-sol-do mientras Eugenia proseguía a toda velocidad para que no cantase: «No he podido verlo aún; hasta mañana no abren los velatorios.» Salcedo intervino con la energía que se espera de un mando: «Bien, Eugenia, acérquese mañana al hospital y aguarde mis instrucciones porque no sabemos aún si exponemos ahí el cuerpo o en el Auditorio o en el Teatro de la Zarzuela o en el Real; incluso donde usted me llama, junto al piano del maestro, no sería mal escenario, depende de lo que me digan los gerentes, a ver quién queda en Madrid, en todo caso usted no se me escaquee, hágame el favor, que en este asunto es mi mano derecha.» Eugenia saludó: «Buenas noches», contenta de caer bien a quien pudiera ser su patrono, pero Salcedo ya no contestó. «Blázquez abandera formas más estilizadas y con más humor y menos chispa que el chulapo de la Torre de los Lujanes –y Salcedo se enorgulleció de esta alusión a Federico Chueca–. Pero

también aporta esos elementos atonales y dodecafónicos que apreciaremos en octubre, cuando se produzca el estreno mundial absoluto del Divertimento, una obra ilustrativa de esta ambigüedad de motivos que, a diferencia de otras composiciones del maestro Blázquez, no requiere un barítono bragado...»

Requinto agarró el móvil y cuando oyó decir a Eugenia: «No se acordará de mí», un ahogo le subió por el cuerpo y calentó sus brazos al presentir en aquella voz con la que él había conversado hace horas en las urgencias del hospital la noticia de la muerte de Blázquez. Con ese calambre avanzando por la garganta a la cara y de ahí a las sienes, pronto le pasaría factura la vejez, si es que la alcanzaba. Había que controlar la tensión arterial, nada de altibajos emocionales, ¡prohibido el adagio del Quinteto 956 de Schubert!, preferible mantenerse agazapado y con retranca que sufrir síncopas, vivaces y semifusas. Requinto se decía esto mientras repasaba la esquela y, al advertir que le faltaba un dato, interrumpió a su interlocutora: «¿Cuál es su apellido?» Y como Eugenia enmudeciera, porque con los amigos del señor no sabía a qué atenerse, Requinto explicó que lo necesitaba para la esquela porque ella figuraba en la primera línea de los deudos. Triunfó la vanidad y Eugenia dio su filiación. Recordó Requinto al pulguillas de Lanuza reclamando que los contertulios del Gijón figuraran con su nombre completo y su instrumento musical entre paréntesis. Quedaría larga la esquela, se dijo Requinto, pero no es menos verdad que sus cuatro compañeros de tertulia eran los únicos amigos del pobre Blázquez, con ellos había compartido los goces y las amarguras de la existencia. Y esos cuatro no eran cualquier cosa, recalcó Requinto como si Eugenia lo pusiese en duda, habían hecho historia domingo a domingo, en el Monumental, durante los años más duros de España: habían tenido en el podio a Jordá y Celibidache, estrenaron a Rodrigo, acompañaron a Achúcarro y a Victor Martín, los aplaudía Fernández Cid... «Quiero pedirle un favor», adelantó Eugenia ceremoniosa. Pero como Requinto seguía exaltado –«En la mesa del Gijón donde Blázquez ha muerto se sentó una tarde con nosotros Esteban Sánchez, ¿se da cuenta?»–, Eugenia fue al grano: «¿Tiene usted servicio en casa? Piense si le puedo ser útil porque desde que ha muerto el señor no estoy ocupada.» Y remachó al aturdido Requinto: «Por favor, mire a ver, si no con usted, con los de la esquela y con sus músicos famosos, y dígamelo por favor más temprano que tarde, pues aunque ya sé que en agosto se para todo, comprenda que más parada estoy yo.»

Con su mujer refunfuñando porque no la dejaba dormir con tanta llamada, Requinto comunicó la desgracia a Bazterrica y al clarinetista

Ansorena, pero no consiguió hablar con el perdis de Lanuza porque no había vuelto a casa aún, su hermana temía que hubiese sufrido un ataque porque además de sanguíneo y disparatado era aprensivo... Requinto escribió en el borrador de esquela Vicente María Lanuza –y no Vitín– y, entre paréntesis, trompeta, y como en el reloj de la glorieta de Iglesia sonaron las campanadas de la medianoche, no demoró cursar la publicación de la esquela. En el periódico le remitieron a una agencia, preguntó la tarifa y, como le pareció un disparate, el sexto sentido de jubilado le aconsejó consultar a los demás contribuyentes antes de adelantar el dinero. Había prometido a su mujer que echaba el candado al teléfono cuando llamó Bazterrica. «¿Estás con Morfeo?», saludó. Bazterrica y él confraternizaban de antiguo, ¡eran los violas más bromistas de la Nacional de España! Pero el acontecimiento de hoy había desmoronado a Bazterrica: «Necesito tu hombro, Morfeo», susurró, mas ya encizañaba la mujer de Requinto para que su marido terminase la conversación. «Yo digo Morfeo y tú contestas solfeo hasta que nos durmamos, ¿vale?» Esa fue la proposición de Bazterrica a Requinto en la noche triste de la muerte de Blázquez. Por la ventana de la habitación de Bazterrica cantaban los grillos, se amansaba el planeta. No había contestado Requinto, pero Bazterrica insistió en el juego: «¿Morfeo?» Calló Requinto para no enfadar a su mujer y Bazterrica recordó los tiempos juveniles de las giras, cuando los dos violas compartían habitación en pensiones y para que sus familias no se enterasen de que rondaban a las damas venales se preguntaban: «¿Te sigue la poli?» Chilló la mujer de Requinto y Bazterrica, tras unos maullidos de burla, cortó la comunicación. Se había despabilado y salió a dar una vuelta. Desde la colonia de chalets de la Cruz del Rayo, donde vivía separado y sin hijos, al llegar a los jardines de Pablo Sorozábal cantó como siempre: «Rusita, rusa divina / eres una deliciosa golosina», y sin poder contener la emoción atravesó la avenida del Príncipe de Vergara y se sentó en el anfiteatro de la explanada de Ernesto y Rodolfo Halffter, de cara a la sala sinfónica del Auditorio donde dentro de dos meses se estrenaría Divertimento. Otros noctámbulos charlaban y fumaban cerca de él, al ambiente templado de agosto, sin interesarse en su desahogo, que era franco y hondo. A dos pasos, el maestro Blázquez tenía su casa.

Lanuza echó a andar por la avenida del Doctor Esquerdo, rodeó la plaza de Manuel Becerra y, siguiendo el camino que en otro tiempo habría acabado en casa de Blázquez, tomó la calle Cartagena, pero después de cruzar la Avenida de América se detuvo consternado de que el objeto de su expedición, ese anfitrión hospitalizado, no estuviera en el punto al que se encaminaba sino de donde había

partido, así que penetró en el primer bar de copas con un furor obtuso, porque se lió a vida o muerte con el cortinón de la entrada, tratando de zafarse de aquella túnica que se le enredaba en el rostro después de haber agarrotado su cuerpo. El agente de seguridad del bar de copas orinaba plácidamente en el aseo mientras Lanuza se debatía con el cortinaje y eso libró al trompeta jubilado de una expulsión del local. Madrid se vaciaba en esa noche de julio-agosto en automóviles, trenes y aviones, cuando el desequilibrado de Lanuza bajó una escalerita de caracol aferrándose a la barandilla y se arrimó a un taburete junto a la barra. No logró encaramarse a él después de dos tentativas, por lo que quedó a su lado pasándole la mano por la tapicería, igual que al lomo de un animalillo. Desde las profundidades de la barra le llegó un whisky y, a través del hilo musical, una pieza de jazz con solista de trompeta. La mezcla de alcoholes, el desamparo afectivo y la juguetona orquestación le incitaron a posar las manos en la trompeta que un duende había traído de su casa sin que su hermana se enterase y dirigirse a la única mesa ocupada bailando lo que soñaba interpretar. Los jóvenes de la mesa no estaban con ánimo de juerga, por lo que se desentendieron de la mímica de aquel anciano, que movió los labios y pulsó el instrumento imaginario hasta que cambió de canción el hilo musical. Entonces Vitín Lanuza se desembarazó de la trompeta, barrió el suelo con el borsalino y dijo en memoria de quien suponía gravemente lesionado: «Va por Blázquez.» Quedó a la espera de la reacción del grupo cuando sonó un móvil. «Qué querrá mi tía», rezongó la propietaria llevándose el aparato a la oreja. Y por inercia sopló el flequillo que acariciaba su frente. «¿Muerto?», exclamó. Enmudeció su círculo con la grave palabra. Lanuza se acercó a la chica temblando. «¿Blázquez?», preguntó. La propietaria apagó el móvil, sopló su flequillo. «Mi tía es su criada», dijo.

El clarinetista Pablo Ansorena escuchó el aviso de Requinto y, a la manera de los niños que al cerrar los ojos se creen a salvo de un ataque, pensó que como Requinto le había dado la noticia de la muerte de Blázquez cuando él estaba medio dormido o a punto de dormirse, se diría al despertar que había soñado. Se entregó, pues, al oleaje del duerme-vela y con naturalidad le vino, desde más allá del horizonte, la voz de Blázquez en casa de unos amigos a una hora de la noche que podía ser la misma en la que hoy, muchos años después, Ansorena lo evocaba. Desde el pretérito donde se confina a los muertos –aunque Ansorena luchara por mantener vivo a su personaje–, Blázquez repetía una vez y otra ante el escepticismo o el desagrado de los que le escuchaban, pues muy pocas adhesiones recibía su argumentación, que la posteridad es una quimera para el artista y que cuando la muerte llama a su buhardilla bohemia y, en

una actitud nada respetuosa con el cadáver, arrambla con papeles y partituras –de modo que extingue la posibilidad de exhumar hallazgos–, está cerrando una trayectoria artística que no es posible prolongar, porque el que pierde la vida no tiene futuro, de ahí que resulte iluso confiar en la posteridad como redentora de sinsabores y desprecios. Frente a la idea romántica de que el artista encuentra recompensa póstuma a las incomprensiones de su tiempo, Blázquez sostenía que ni siquiera esa pírrica rehabilitación ha de consolar a quien ya ha desaparecido de la tierra. El futuro no es el palenque donde los muertos hacen o deshacen sus prestigios, le escuchaba Ansorena entre las protestas de su auditorio, sino la plataforma donde los vivos proyectan sus ambiciones. El futuro artístico de un creador concluye cuando ya no escucha aplausos.

Al confirmarle la chica del flequillo la muerte de Blázquez, Lanuza se arrepintió de haberlo dejado solo en el hospital. Hubiera sido mejor estar con él hasta el fin que extraviarse en la calurosa ciudad con homenajes de trompeta que parodiaban su sentimiento. La chica había cambiado de planes con la noticia de la muerte, se proponía pasar con su tía esta noche y Lanuza se ofreció a acompañarla a la casa y entregar allí el borsalino y la pajarita de lunares del maestro. Así, estos dos seres que en ningún momento se habrían dispensado interés, se aislaron de los demás y juntos salieron del local de diversión. «Ahora vamos cuesta abajo –observó Marilén en la calle López de Hoyos–, pero en cuanto tomemos Príncipe de Vergara habrá que subir para llegar donde mi tía.» En la madrugada no había tráfico y Marilén, que para andar un poco vestida en víspera de sus vacaciones veraniegas se había puesto una blusa y una falda, se pasmaba de acabar compartiendo ese conjunto con un viejo locatis que gastaba sombrero en agosto. Contra lo que era su costumbre, Lanuza dejaba hablar, pero al igual que los depredadores ventean la aparición de su presa, en cuanto Marilén y él ascendieron los primeros tramos de Príncipe de Vergara, la cercanía del edificio del Auditorio Nacional donde el trompeta podía presumir de haber actuado –en la fila de los vientos, delante de la percusión y con el cogote de los violas por horizonte de su saliva–, desató su locuacidad, hablaba y se detenía para soportar la cuesta, a veces se abanicaba con el borsalino, pero seguía hablando. Llegaron a la plaza de los Halffter, de molestísimo empedrado. Entre grupos y parejas que disfrutaban de la temperatura diseminados por el anfiteatro de piedra –y desde donde Bazterrica, uno más de los congregados, les observaba–, Marilén y Lanuza se dirigieron a la escalera de la izquierda que desemboca en la calle Suero de Quiñones. Pero Marilén tropezó en el adoquinado, Lanuza fue a sostenerla del brazo y de la blusa de Marilén saltó el botón que

ponía límite al escote. Quedó expuesto el sujetador al aire cálido de agosto, brincó el botón entre las piedras con riesgo de que el sumidero se lo tragara. «Jesús», exclamó Marilén cerrándose la blusa con las manos. Y sin preocuparse del botón, enfiló a buen ritmo la calle Sánchez Pacheco con la blusa agarrada mientras Lanuza trataba de alcanzarla con un trote cochinero. Marilén giró a Vinaroz, pulsó el telefonillo y, cuando Eugenia respondió a su llamada, se introdujo en el edificio dejando fuera a Lanuza.

En un vasto desamparo quedó Lanuza en la calle Vinaroz en el tramo comprendido entre Aragón y Sánchez Pacheco, donde estaba la vivienda de Blázquez. Desde el portal atisbó el cierre de la cancela del ascensor e imaginó el majestuoso izado de Marilén hasta el ático. De ahí había salido Blázquez después de comer y en el mismo ascensor bajó a encontrarse con la muerte. Se apagaron las luces interiores de la casa sin que se impulsaran de nuevo y en un vistazo a las cuatro plantas del edificio Lanuza no percibió ventanas iluminadas. «Más vale que Blázquez no vea tirado en la calle a su amigo trompeta –refunfuñó–, soportando el ridículo de un novio antiguo.» Volvieron a encenderse las luces interiores y se puso en marcha el ascensor que Marilén había conducido al ático. Si llegaba algún vecino, pensó Lanuza, ¿se retiraría de la puerta o aprovecharía para subir al domicilio de Blázquez? ¿Y si la chica del flequillo, molesta con el episodio de la blusa, daba a entender que el botón no cayó por accidente...? Antes de que el ascensor se detuviese en el bajo, Lanuza debía situarse junto a la puerta o esconderse como un atracador. «No hago nada malo aquí», se dijo el marrullero Lanuza en la madrugada de su primer día sin Blázquez. Al portal se arrimó Eugenia, nunca se habían visto hasta ahora ella y Lanuza, Eugenia le habló de la dura jornada de mañana en los velatorios y Lanuza le sugirió que si quedaba tan poco tiempo para amanecer lo hospedara, reposaría en el gabinete de trabajo del maestro y depositaría el borsalino encima del piano. Eugenia repitió la fórmula que Blázquez aplicó a Salcedo aquella mañana de mayo: «No son horas.» Y añadió, pensando en su futuro laboral: «Si no estuviera mi sobrina en casa, le haría pasar, ella es joven y si pierde el botón...» «Voy por él», la interrumpió el galante Lanuza como si fuera indispensable para casarse con la princesa del cuento. Eugenia regresó al ático y Marilén la avisó desde la ventana del dormitorio de Blázquez: «No te lo pierdas, tía.» En la noche de la calle Vinaroz, el aspaventoso Lanuza tocaba una trompeta inventada y cuando se aburrió, dedicó su pantomima al difunto alzando el borsalino. Luego tomó la calle Sánchez Pacheco hacia la plaza del Auditorio y Eugenia dijo a su sobrina: «Va por tu botón, no es mal hombre.»

Lanuza alcanzó la calle de Suero de Quiñones y cuando subía las escaleras a la plaza de los Halffter coincidió con quien las bajaba con ganas de bronca. «Te debo una leche desde esta mañana –le amenazó el destemplado llevándoselo de la chaqueta en volandas–, y se trata de una leche histórica, cacho marrano, la leche que te mereces desde los tiempos de Argenta y de Spiteri, la leche con la que nadie te ha callado la boca de trompeta.» Lanuza, que aún no había pisado el suelo de la plaza de los Halffter, en vano suplicaba sujetándose el borsalino: «Déjame, Bazterrica, no estoy de broma». «Has fustigado mi cogote de viola con tus salivas y errores –continuó Bazterrica impertérrito–, desde que te despistaste con Sherezade cuando tenías veinte años y con el Bolero de Ravel a los treinta y con Khatchaturian a los cincuenta y nos sigues amargando la existencia a los que nos jubilamos de ti en la orquesta y ahora te hacemos un hueco en nuestra tertulia, mal bicho, revirado, abanto.» Para cruzar Príncipe de Vergara hacia los chalés de la Cruz del Rayo, Bazterrica lo agarró del cogote. «Ahora en mi casa, telefoneas a tu hermana y la tranquilizas, pirracas, además de mal músico eres garbanzo negro, siempre te mueves en tono menor.» El hostigado Lanuza apuntó carácter: «Mátame ya, viola de chiste, estaré mejor con las vírgenes necias que contigo.» «Te mataré, faltaría más –replicó Bazterrica–, pero antes de que espiches te hago un obsequio.» Sobre la mesa camilla de su casa Bazterrica abrió la mano y Lanuza distinguió el botón de Marilén. «Esa mujer –observó Bazterrica– hace contigo lo que debiera hacer todo el mundo, prohibirte la entrada en una casa honrada.» Lanuza aguantó al teléfono una bronca de su hermana y estaba resentido con la sobrina de Eugenia. A su vez Bazterrica quería jugársela a la mujer de Requinto. Dio la madrugada y la propuesta de Bazterrica se alimentó del rencor al universo femenino: «¿La armamos?» Por la calle Sánchez Pacheco caminaron los dos ancianos a la de Vinaroz mientras Eugenia y Marilén, desveladas por las emociones del día, hablaban del presente y del futuro en la cama de Eugenia. Sonó el telefonillo del portal. Se miraron las mujeres, Marilén sopló su flequillo, «ese locatis nos da la noche con el botón», murmuró. Eugenia se levantó a contestar y Marilén tuvo que acudir en auxilio de su tía, que se había derrumbado moviendo la cabeza, sin aire, con el telefonillo en la mano. «Abajo está el señor –decía–, que viene del hospital y quiere su cama.» Marilén se asomó a la ventana del dormitorio de Blázquez y no vio a nadie en la calle Vinaroz.

* * *

A primera hora del día primero de agosto llegó Eugenia al hospital

con los papeles y aún tuvo que esperar a que abrieran la sala de los muertos. Le desazonaba el ambiente, pero más la incertidumbre de si se encontraría un cadáver o un aparecido. El incidente macabro del telefonillo, poniendo en duda el fallecimiento de Blázquez, había desagradado tanto a tía y sobrina que se propusieron abandonar inmediatamente la casa. Pero cuando amaneció –y aquel ático podía estar embrujado, pero Marilén dormía muy tranquila–, Eugenia no quiso adoptar una decisión de ese calibre sin consultar con Salcedo. Él y los amigos de Blázquez preferirían tener a una persona de confianza en la vivienda hasta que aparecieran los parientes del compositor o se divulgaran sus últimas voluntades. Eugenia acataría su criterio, mas ¿cuándo la recompensaban con un trabajo? Los velatorios del hospital estaban en el sótano, al final de una escalera y de un pasillo ocupado por trasteros. Era un espacio grande, dividido en cámaras aisladas por mamparas. En cada una, el cadáver se instalaba en su caja, sobre un soporte, y alrededor se disponían sillas. Cuando Eugenia accedió a la sala no había otros deudos y no estaban preparadas las placas con los nombres de los difuntos delante de la mampara correspondiente. Sola en aquella nave tétrica, Eugenia desfiló con responsabilidad ante los cadáveres, inclinándose sobre sus rostros como si fuera a besarlos para recordar –con un escrúpulo nacido de la llamada del telefonillo– los gestos del vivo en el hieratismo del difunto. La muerte los uniformaba y el maquillaje contribuía a igualarlos. Conforme recorría la sala sin encontrar a Blázquez, crecía la preocupación de Eugenia. Un estrépito en las escaleras con carrera desordenada por el pasillo quebró el silencio. Una familia gitana que ayer dejó con vida a su pariente se lo encontraba muerto. A Eugenia le sucedía al revés, porque el que murió ayer había llamado luego al telefonillo de su vivienda. Entre el polifónico planto de los gitanos Eugenia terminó su examen y, mucho más inquieta que cuando llegó al hospital, acudió a informarse. Un conserje le dijo, tras repasar la lista de fallecidos, que el nombre facilitado por ella no constaba en el depósito.

¿Dónde estaba el muerto? ¿O seguía suplicándoles asilo por el telefonillo? Eran las ocho de una mañana de seda y Eugenia aguardó con los nervios de punta a los amigos de Blázquez. El primero fue Lanuza, acompañado de un tipo alto que le hacía más pequeño. El camastrón de Lanuza vaciló, como si no quisiera encontrársela. Pero Eugenia no le dio tregua y, sin inmutarse por su peste a sudor y alcohol de quemar, le comunicó que en el hospital ni estaba el cadáver de Blázquez ni figuraba su nombre entre los fallecidos. Lanuza arrugó el rostro mientras su compañero alto se partía de risa. «Espérame dentro, Bazterrica», le pidió Lanuza. Eugenia secreteó: «Anoche, el pobre nos llamó al telefonillo, o alguien se hizo pasar por él.» Lanuza

se abanicó con el borsalino y Eugenia insistió: «¿Cómo se explica usted que no le tengamos de cuerpo presente en el hospital donde me dijeron que había muerto? ¿O es que su pobre amigo anda suelto por las calles buscando una cama y un cacho pan?» Forzado a sincerarse, Lanuza afirmó: «La culpa es del Ministerio socialista», y se retiró envuelto en un olor desapacible. Decepcionada por la contestación de Lanuza, Eugenia telefoneó a Salcedo y la chica del gabinete de prensa le dijo que ya estaba ella sobre la pista gracias al señor –y tras revolver unos papeles, especificó:– Lanuza. El mismo señor Lanuza, añadió la chica, había tenido la gentileza de avisar a los servicios funerarios para que trasladaran el cadáver al domicilio fúnebre de la calle –y volvió a manejar papeles– Vinaroz. Las protestas de Eugenia fueron sofocadas por la chica de prensa: «Si usted trabaja en esa casa, qué le voy a decir que no sepa». Furiosa y confusa, admitió Eugenia que Blázquez pudiera estar en su dormitorio sin saberlo ella, porque por primera vez desde que servía allí no le había llevado el desayuno a la cama. Aunque la hipótesis no se sostenía, como había prometido despertar a su sobrina con cualquier novedad, la ordenó: «Mira a ver si el señor está en su cuarto.» Marilén se molestó de que su tía la incordiase con tonterías. «Pero si está muerto», adujo. Eugenia repitió la orden y mantuvo el móvil en la oreja, pendiente de la contestación de su sobrina.

Mientras imaginaba a su sobrina indagando en el dormitorio de Blázquez –y reconocía que ella hubiera sido incapaz de una tarea semejante–, vio cruzar por la avenida del doctor Esquerdo al señor de chaqueta de fantasía, borsalino y pajarita de lunares que ayer, después de almorzar, abandonó el ático de la calle Vinaroz para reunirse con sus amigos en el café Gijón. El señor parecía proceder del mismo hospital o de algún hotel cercano, donde habría tenido el detalle de alojarse cuando ya tan de noche le dieron el alta, para no molestar a quien le servía en casa. El señor caminaba a buen paso, dispuesto a reanudar su monótono horario de jubilado y enfrentarse al piano en el ático de Vinaroz. Lo perseguía Bazterrica con un neceser del que extrajo una camisa, quizá la mugrienta camisa de Lanuza, que regaló a un negro que vendía La Farola. Marilén interrumpió las ensoñaciones de Eugenia porque la cadena Ser había dado la noticia de la muerte de Blázquez. Ante el hecho irreversible y, por otra parte, tan obvio y consabido, Eugenia no pudo reprimirse y, ya sin el señor del borsalino y la chaqueta de fantasía en la avenida del doctor Esquerdo, lloró las lágrimas que no había derramado cuando le avisaron del accidente y del óbito. Lloró por su sobrina y por ella, indefensas ante un cadáver ambulante y ante unas voces y visiones de ultratumba. En un metro despoblado Eugenia volvió a casa y al salir en la estación de Cruz del

Rayo, muy cerca de la calle Vinaroz, Marilén le confirmó que los servicios funerarios acababan de traer la caja. Desde la plaza de los Halffter, donde Marilén perdió el botón, Eugenia bajó los quince peldaños por los que su sobrina voló agarrándose la blusa y al entrar en la calle Sánchez Pacheco la telefoneó Salcedo. «En el domicilio de Vinaroz – justificó Salcedo–, el maestro está más amparado que en el hospital mientras gestionamos su traslado al Auditorio o al teatro de la Zarzuela, hay que tramitarlo con los responsables de los centros, en menos de una hora los mismos empleados de la funeraria se llevarán el cuerpo a donde instalemos la capilla ardiente, digamos que el llorado Blázquez hace una escala técnica en su domicilio de la calle Vinaroz, a la vuelta del verano pondremos una placa en la fachada.» «¿Está seguro de que es él?», preguntó Eugenia en el mismo tono que cuando demandaba colocación. Salcedo se abismó en ese profundo silencio que ya conocía Eugenia: «Es el último favor, Eugenia, abra la caja y échele un vistazo. Todo está en regla, pero quedaríamos más tranquilos. No quiero ni pensar que durante el entierro sus amigos y el gobierno de España, con el beneplácito de Su Majestad el Rey, estemos homenajeando a otra persona.» «Hoy he visto más muertos que en toda mi vida», declaró Eugenia para librarse de la encomienda.

La caja mortuoria estaba montada sobre un soporte, los empleados la habían colocado a la entrada del dormitorio y, como la habitación estaba en penumbra, con la persiana baja y la ventana semiabierta, por poco Eugenia se la lleva por delante cuando penetró en el cuarto convencida de que el muerto estaba en el desván del piano. Llegó a tocar la madera y, aunque no desplazó la caja, notó que algo se removía dentro, de modo que dio un respingo y salió aterrada al vestíbulo. Sin poner cuidado, preparó una carpeta para Salcedo con los papeles que llevó al hospital y los que dejaron los representantes de la funeraria. Le alivió no ocuparse de testamentos, cuentas bancarias y otras intimidades de Blázquez para las que no se consideraba capacitada. Marilén tenía mejor disposición para los números, una cajera de Alcampo sabe de cuentas y no se la engaña. A la espera de los funerarios se sentó en la banqueta de la cocina y por cómo reaccionaba Marilén ante esta incidencia le pareció que no estaba tan incómoda como ella. Marilén buscaba en el costurero un botón parecido al que se le cayó de la blusa y, como no lo encontraba, se probó un jersey de manga corta de su tía que la exageraba un poco. Eugenia le repitió la pregunta que hizo a Salcedo. «¿Viste al muerto?» Marilén fruncía los labios al mirarse al espejo, ensayó media vuelta y no se disgustó. «¿Era él?», se impacientó Eugenia. Marilén sopló su flequillo y se encogió de hombros porque apenas conocía al señor. Armaba Marilén la tabla de planchar cuando Eugenia se acordó de un

traje de chaqueta severo con el que no desmerecería en los actos fúnebres. Lo trajo a la cocina y, como si estuviese hablando para sí, dijo a Marilén que le gustaría despedirse del señor con un beso. Marilén estaba en sujetador y braga mientras extendía el jersey sobre la tabla: «Yo ya se lo di», dijo soplando su flequillo, y Eugenia admiró su intrepidez. Terminada la plancha, y ya vestidas para el duelo, tía y sobrina entraron en el dormitorio de Blázquez agarradas de las manos y Marilén fue a levantar la persiana antes de abrir la caja. En ese momento llamaron los de la funeraria. Marilén manipuló en la tapa. «Míralo, tía, deprisa». Eugenia rehusó, casi echó a correr: «Ya es tarde, quita, no.»

Desde el ático habitado por el compositor de La estrella de Corinto bajó el féretro a la calle, donde la extrañeza del coche mortuorio había congregado a un grupo. Eugenia, muy elegante con el traje de chaqueta, recogió el saludo de los que otros días a esa hora la recibían de trapillo en sus comercios de alimentación mientras Blázquez tocaba el piano. Comentaron los portadores de la caja que, por el laberinto circulatorio de las pequeñas calles del barrio de Prosperidad, iban a tardar menos andando que en el coche fúnebre, y eso dio pie a que los cuatro incondicionales del fallecido determinaran transportar el cadáver hasta el inmediato Auditorio. Fue Requinto el primero en agarrar un asa del féretro; a su lado acudió Lanuza, con otra camisa pero sin privarse del borsalino de Blázquez, y detrás Bazterrica. Faltaba Ansorena, renuente al coqueteo con la posteridad, pero acabó transigiendo cuando Marilén se colocó al lado de Lanuza para la misma tarea. Imantada por el ejemplo de su sobrina, Eugenia completó el número de seis que sacaron la caja del coche, la alzaron sobre sus hombros y en raro silencio caminaron con torpeza por la calle Sánchez Pacheco hacia el edificio del Auditorio. Requinto y Bazterrica iban delante, detrás Marilén y Lanuza y cerraban la comitiva Eugenia y Ansorena. La escena tenía el aire desgarrado de una espontaneidad sin sentido. Alguien debió de avisar a Salcedo de lo que ocurría, porque en la plaza de los Halffter fue testigo del relevo. En los hombros más profesionales de los empleados de la funeraria, el difunto Alejandro Blázquez entró en la sala sinfónica del Auditorio con la solemnidad exigible. Fuera, con el sol picando en la explanada, Requinto se presentó a Eugenia y Lanuza sacó de un pantalón con lamparones el botón de la blusa que Marilén había perdido en ese maldito empedrado. Marilén lo tomó con una mano y con la otra saludó a quien se lo daba. «Le acompaño en el sentimiento», dijo la cajera de Alcampo a Lanuza. El temperamental Lanuza besó la mejilla de Marilén. No muy distante, los vigilaba Bazterrica.

Quien ese primero de agosto, al cruzar la plaza de Ernesto y Rodolfo Halffter y ver abiertas las puertas del Auditorio, tuviese la curiosidad de introducirse en él, encontraría la sala sinfónica en una desolación ejemplar. No había aficionados en las inmediaciones ni en el recinto, pero se percibía la expectación de los grandes acontecimientos en el número extraordinario de conserjes que, convocados a toque de corneta por Goya Martínez, y algunos raptados de sus vacaciones veraniegas, esperaban que finalizase la exposición del cadáver para echar el telón hasta septiembre. Aunque el día era tan diáfano como correspondía a la estación del año, en el interior del Auditorio se habían encendido las luces y las pequeñas pantallas anunciaban conciertos. Así se prestaba empaque a una ceremonia sin brillo. Podía avanzar el curioso por el vestíbulo deshabitado y adentrarse por cualquiera de las puertas habituales, pues ninguna permanecía cerrada, y ya en la sala de conciertos, y tras llevarse la mano de visera a los ojos deslumbrados por el contraste, pasmarse con las dimensiones del escenario, que concebido para el despliegue de una orquesta moderna, y eso suponía albergar más de un centenar de sillas y atriles, uno o dos pianos, arpas, chelos y varios instrumentos de percusión, resaltaba su grandeza al haber reemplazado ese mobiliario por un féretro, con una corona del Ministerio y otra donde decía: «No te olvidamos», encargada por Bonifacio Salcedo. Estaba previsto que la multitud melómana discurriera como una fila de hormigas por los pasillos del patio de butacas, accediera al escenario a través de los escalones de la izquierda, mostrase su respeto al difunto y se retirase por los de la derecha. Vigilaban el proceso Eugenia y Marilén y, cerca de la puerta, Goya Martínez y Salcedo, con la atención presta por si aparecía algún cargo político. Eran fechas imposibles para que esto sucediese, como indicaba Salcedo a los conserjes del vestíbulo. Pero tampoco asomaba por allí el melómano sin graduación.

En ese breve paseo del féretro por el barrio de Prosperidad, Salcedo había visto plasmada su tesis sobre la ambigua posición del maestro Blázquez entre la tradición y la vanguardia. El artículo de Salcedo se publicaba mañana dos de agosto, día dispuesto para el entierro en el cementerio de la Almudena, donde Blázquez era propietario de una sepultura en la que estaban enterradas su mujer y su hija. Eran malas fechas y, pese a los esfuerzos de Goya Martínez por convocar a los conocidos, como no venía nadie, se adelantó el cierre de la capilla ardiente y se fijó el entierro lo más pronto posible. Salcedo había soñado con alinear una orquesta en la explanada de los Halffter, tocando el segundo tiempo de la Heroica al salir el cadáver y desfilando el cortejo con pompa y circunstancia por un trecho de la

avenida del Príncipe de Vergara hasta el Parque de Berlín, quizá. Pero las orquestas dependientes del Ministerio estaban de vacaciones, de giras o en festivales y la banda municipal de Madrid, aunque libre de estos concursos, tenía compromisos con las fiestas de los pueblos. En el vestíbulo del Auditorio Salcedo coincidió con el clarinetista Ansorena, que le recordó el sepelio del insigne compositor y director de orquesta que murió un verano sin que ninguna formación musical le rindiese honores. Llegó el cuerpo al cementerio, donde ya tenían abierta la fosa al pie de una pequeña cruz. Y cuando se preparaban los sepultureros, una mujer reclinó un transistor en la cruz y lo encendió. En la clara mañana, un dueto cómico acompañó la bajada del cadáver. La mujer no había elegido para enterrarlo otra música de más compostura. Salcedo reprimió proponer a Eugenia y Marilén que actuaran de igual forma en el entierro de Blázquez porque, mientras Ansorena contaba esa historia, le vino a la cabeza una idea que la ausencia del ministro y las autoridades municipales permitía ejecutar sin temor a regañinas. Acaso el enojadizo de Alejandro Blázquez rechazase el homenaje que preparaba Salcedo, pero ¿quién le aseguraba a Bonifacio Salcedo que dentro de esa caja fúnebre yacía el maestro reverenciado?

Cuando todos se fueron, quedó Blázquez como un anacronismo en el escenario de la sala sinfónica. Pero en la sala de cámara situada al otro extremo del edificio, el clarinete de Ansorena, las violas de Bazterrica y Requinto y la trompeta de Lanuza se esforzaban en el empeño que Salcedo impulsaba con su voz de solista. Los cinco ensayaron el homenaje musical a Blázquez hasta la caída de la tarde. A la mañana siguiente, Goya Martínez había citado a la hora del entierro a un periodista gráfico, que recogió con su cámara la salida del féretro a la plaza de Ernesto y Rodolfo Halffter ante unos veinte testigos silenciosos. Eugenia y Marilén fueron al cementerio de la Almudena en el coche de respeto y los contertulios del Gijón con sus instrumentos musicales en el automóvil de Salcedo. El resto se distribuyó en vehículos particulares. Goya Martínez regresó al Ministerio, en contacto con Salcedo para cualquier novedad. En el cementerio, no muy poblado, estaba sin remover la tumba de Blázquez, por lo que les dijeron que hasta la tarde no se le enterraba. ¿Aguardarían hasta entonces? Nadie lo quiso, así que al calor creciente de la hora y en aquel descampado de mármoles y piedras blancas, los músicos rodearon la trasera del coche fúnebre y Salcedo anunció a las quince personas del cortejo que interpretarían un fragmento de La estrella de Corinto. Entre los disparos luminosos del fotógrafo, los violas Requinto y Bazterrica marcaron la melodía que secundaban Ansorena al clarinete y Lanuza a la trompeta con

improvisaciones arbitrarias, ya que Blázquez no había incluido estos instrumentos en su partitura. Tampoco había encomendado el cantabile a un barítono, sino a una mezzo spirituosa, pero por nada del mundo hubiese renunciado Salcedo a su momento de gloria en aquel arrabal madrileño. Simplemente se permitió aniñar su recia voz masculina al cantar: «Soy la mujer que aquí ves / de la cabeza a los pies / Dame dos y toma tres / Así son mis pagarés / ¿Los quieres con interés? / ¿O prefieres al revés?»... El atrabiliario Lanuza, de conducta más que equívoca en este episodio luctuoso, anticipó el fin del espectáculo. En su papel de coqueta con retranca, Salcedo debía preguntar a su amante enardecido: «¿Te gusta el haz o el envés?», cuando el trompetazo de Lanuza dejó sin letra y sin habla al funcionario del Ministerio de Cultura y sembró la duda entre los pusilánimes de si había llegado al cementerio de la Almudena el apocalipsis de la resurrección de los muertos. Pasarían los años, y Salcedo seguiría clamando venganza por la afrenta de Lanuza a sus opciones líricas.

Esa misma tarde, a la hora en que los sepultureros daban tierra a Blázquez en estricta soledad, ocuparon su mesa del Gijón Bazterrica, Requinto, Ansorena y el hediondo Lanuza y hubo un movimiento de pésame de los clientes y camareros. El más afectado parecía Requinto, que temía ser el primero en acompañar a Blázquez si no controlaba sus emociones. Pocos días después, fue Lanuza, el agrio y desacomodado Lanuza, el que trajo la noticia de que se reclamaba heredero de Blázquez un sobrino, hijo de una prima de la mujer que, para tranquilidad de Salcedo, hizo menos caso al estreno del Divertimento que al ático de Vinaroz. Porque quería ponerlo en venta, liquidó con Eugenia, que se fue a vivir con su sobrina mientras sondeaba la posibilidad de emplearse entre los conocidos de Blázquez. Al cabo, ninguno le dio trabajo y fue Goya Martínez la que le encontró hueco en la empresa encargada de la limpieza del Ministerio. Esto ocurrió en septiembre, cuando Salcedo organizó en el Auditorio un ciclo de actividades en torno al estreno del Divertimento. Los violas Requinto y Bazterrica interpretaron esas composiciones de cámara que el Cuarteto de Madrid habría grabado en disco de no prohibirlo el compositor. Y el clarinetista Pablo Ansorena, en su charla titulada «Mi vida con Blázquez», insistió en la tesis del maestro sobre la banalidad de la trascendencia. El autor muere con su obra, dijo Ansorena a un aforo de diez personas. Sus seguidores quizá la mantengan en su corazón, pero ya será de ellos y no de quien la compuso. Por eso Divertimento, recalcó Ansorena ante la inquietud de Salcedo, no es obra póstuma, sino de sus intérpretes y de aquellos espectadores que la adopten. En la pequeña sala de conferencias del Auditorio irrumpió

Lanuza con el borsalino y la pajarita de lunares del compositor, desautorizando a Ansorena con palabras ofensivas.

En el dorado otoño del que Madrid se enorgullece, el viernes 17 de octubre de 2008 se inauguró la temporada de abono de la Nacional. En atril, anticipó José Luis Pérez de Arteaga por Radio Clásica, Saint Saëns, Grieg y el desventurado Blázquez, enterrado hace dos meses. Esa sala sinfónica que albergó su cadáver en agosto encendió todas sus luces al atardecer del día señalado. Salcedo tuvo el detalle, infrecuente en un político, de enviar localidades a Eugenia y Marilén. Sería exagerado atribuir ansiedad a los que se concentraban a las puertas del Auditorio o paseaban por el vestíbulo o apuraban el cava de la cafetería o se acodaban en los anfiteatros. Pero en aquellos bienintencionados corazones había, sí, el deseo de reanudar la rutina de los conciertos, interrumpida desde el mes de mayo. El público glacial de los viernes de abono completó sin prisa el aforo. Cinco minutos antes de la hora de comienzo, en el escenario donde reposó el cadáver de Blázquez, aparecieron los profesores de la Nacional con su violín o su viola o su fagot o su flauta, ellos con esmoquin, ellas graciosamente escotadas. A las siete y media, el primer concertino cumplió la afinación del conjunto con ese «la» que de los metales y vientos traslada a las cuerdas el testigo de la sonoridad. El director subió al podio y, dando la espalda al público, se encaró con los músicos. Enarboló la batuta, se sucedieron las toses. Botaba el corazón de Salcedo, intercambiaron su contraseña de violas bromistas Bazterrica y Requinto, Ansorena cerró los ojos, Lanuza prefirió abandonar su butaca. El golpe de bombo del primer compás asustó a Marilén. Resignado a una partitura de contrastes, el público se complació con la inclusión bufa de La Tarara. Una minoría captó la doble significación de la pieza, popular y de vanguardia, como apuntó Salcedo en su artículo. Al cabo de diez minutos, un efectismo wagneriano remató el estreno del Divertimento para guitarra, percusión y metales. Los aplausos se intensificaron cuando el director felicitó a solistas y concertino y puso en pie a los ochenta y dos intérpretes de la obra. Poderoso e imprudente, desde el segundo anfiteatro descendió un bravo. El director tomó la partitura del atril y la alzó mientras inclinaba la cabeza, quizá contrito. Fue entonces cuando un personaje con chaqueta de fantasía, borsalino y pajarita de lunares que Eugenia identificó con Blázquez, avanzó por el patio de butacas hasta donde se hallaba el director, le arrebató la partitura y se marchó por un lateral. Salcedo maldijo el ansia de notoriedad de Lanuza, pero Ansorena pensó en Blázquez. «No creía en la posteridad –murmuró–, y la posteridad se venga de él.»

Índice

Propuesta

El principal de Eguílaz

El silencio elocuente

Delicado

Terminal

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: mayo 2014

© Manuel Longares, 2011
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2013
Ilustración de sobrecubierta: Eduardo Vicente, Pueblo de Barajas. 1940

Conversión a formato digital: Maria Garcia
Depósito legal: B. 6304-2014
ISBN: 978-84-15863-66-3

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.